

EL VIAJE DE UN FILÓSOFO A  
SELENÓPOLIS,  
CORTE DESCONOCIDA DE LOS  
HABITANTES  
DE LA TIERRA

por

*Don Antonio Marqués y Espejo*

Edición, introducción y notas

Josecarlos Martínez García

Prólogo

José Luis Gómez



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 España

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

® José Carlos Martínez García  
Paipérez Ediciones 2007

1/10/2007

## ÍNDICE

|   |    |
|---|----|
| Prólogo .....   | 4  |
| Introducción .....  |    |
| 1. <i>D. A. M. y E., o el autor arrinconado</i> .....   | 6  |
| 2. <i>La utopía selenita de un filósofo navegante</i> .....                                       | 10 |
| 3. <i>Estructura del Viaje de un filósofo</i> .....   | 15 |
| 4. <i>Selenópolis o el satélite ilustrado</i> .....   | 20 |
| Obras citadas   |    |
| Bibliografía .....  |    |
| I.    Obras de Antonio Marqués y Espejo .....   | 25 |
| II.   Localizaciones del <i>Viaje de un filósofo</i><br><i>a Selenópolis</i> .....                | 27 |
| Criterios de edición .....  | 27 |
| <i>Viaje de un filósofo a Selenópolis, corte desconocida de los habitantes de la Tierra</i> ..... | 28 |

## Prólogo

Permítanme iniciar este prólogo disculpándome por no realizar un ejercicio de erudición acerca de la obra que están a punto de leer; seguramente, muchos de ustedes, o más bien la mayoría, estén mucho más capacitados para esa clase de gimnasias intelectivas que un servidor.

Reconociendo por tanto mis limitaciones en el campo del análisis filológico, osaré compartir con ustedes (a partir de ahora, vosotros, ya que el tuteo es la forma natural que tienen de tratarse los compañeros de viaje) las reflexiones que a un viajero le produce este trayecto por Selenópolis.

¿Qué me aporta a mí, lector del siglo XXI -o mejor, qué me suscita-, este viaje espacial?

Desde la creación de esta obra hasta ahora, muchos han sido los cambios que se han producido en el análisis de la realidad. Las sucesivas influencias de filosofías de corte más o menos pesimista como el existencialismo o su radicalización nihilista (Schopenhauer, Nietzsche, Sartre), los aportes de las doctrinas autoritarias, comunismo y nazismo, con su capacidad de control de masas, y los medios de comunicación con su campaña de unificación del pensamiento (lo que de mala forma ha sido denominado pensamiento global, ya que no todos participamos en la formación del mismo), han provocado la “desindividualización”, una progresiva sensación de vacío existencial, ausencia de escala de valores y un sentimiento de angustia general y generalizada en la sociedad actual. El axioma nietzscheano de “Dios ha muerto” cobra ahora su realidad, no como la llegada del superhombre, sino como la desazón del farolero, sin una referencia en su devenir vital. No encontramos razones para la existencia propia, no encontramos fundamento para nosotros mismos si no es recogiendo del exterior.

Los individuos, carentes de trascendencia y desechando los valores antiguos, se embarcan en la supresión de la angustia mediante el hedonismo más atroz, en vez de erigirse como creadores de una nueva moralidad, buscar un nuevo fundamento para nuestra existencia. Así tenemos la cultura de la inmediatez, de la apariencia y de la pertenencia a grupos para encontrar roles identificatorios que nos permitan ser felices. Ahora ya no somos por nuestros actos, sino por nuestras pertenencias, ya sean físicas o grupales.

En definitiva, esta sociedad no es feliz en lo profundo. Basta con ojear la prensa, escuchar la radio o encender el opio del pueblo para encontrarnos con una sociedad atemorizada e infeliz.

Sorprendentemente, es la propia sociedad, la misma que se encuentra descontenta, la que pone todos los medios posibles para que no cambie este tipo de pensamiento. La sociedad demanda felicidad, pero para establecer unos patrones de felicidad recurre a términos como *calidad de vida*, no medida en términos de felicidad, sino de poder adquisitivo y de longevidad. La identificación de felicidad o éxito social es preocupantemente alta con determinados patrones externos, como es la fama o el dinero. No debemos ser felices, sino consumir más y durante más tiempo. No debemos ser brillantes, sino ricos y famosos.

Es aquí donde la utopía llega para salvarnos.

Si nos atenemos a la definición de utopía, considerando la misma como algo irrealizable, ahora, imbuidos del espíritu de lo pragmático que nos acosa en este mundo, no perderemos el tiempo en quimeras. Sin embargo, la solución a la falta de felicidad

son las cosas que no sirven, inútiles, sin fin práctico y sin sentido las más de las veces. Nuestra salvación es la utopía.

En mi tarea de educador me encuentro que gran parte de las horas que dedico a la enseñanza, las empleo en el aprendizaje de matemáticas y lengua (bien llamadas materias instrumentales), siendo las bases de lo que enseñamos. Los aprendizajes tienen que ser fundamentados en la practicidad y en el mundo, aplicables a la realidad. Si bien esto es muy saludable, en el sentido de que el niño o niña siempre aprenderá mejor si ve lo que está aprendiendo y lo entiende de forma práctica, dando una pequeña (y, porque negarlo, relativamente maliciosa) vuelta de tuerca, ¿no damos una ligera impresión de encaminarlos hacia el pragmatismo? No, perdón, los tiernos infantes no, porque gracias a su bendita inocencia no pueden formar juicios de valor (ya nos encargamos nosotros de recordarnos socialmente que no podemos proporcionar herramientas), así como también le negamos esa formación a los adolescentes (¿para qué generar contestatarios?), o más bien potenciamos una educación universitaria lineal y memorística, con más enfoque hacia el ejercicio profesional.

En ningún momento en el camino del aprendizaje, se han planteado una educación para la elección. Desterrando la filosofía, evitamos conocer pensamientos y formas de pensar diferentes a las actuales. Desterrando las artes, evitamos fomentar unos valores no centrados en lo físico, sino en lo sensible, no damos valor a lo intangible, no damos a conocer el placer de lo exquisito.

Lo no práctico, como es la reflexión vital más profunda, lo no material, el arte, lo verdaderamente humano, el pensamiento.

Leer las utopías, sueños, pensamientos sin interés aplicable, meros ejercicios de pensamiento, deseos de mundos perfectos, plasmación literaria.

Las utopías son sólo eso. Son reflejo de lo humano, señales de la búsqueda de algo mejor. Sueños....

Por favor, seguid soñando.

*José Luis Gómez*

## INTRODUCCIÓN

*Llaman utopía a convertir las leyes de la vida en leyes de la sociedad y llaman sensato a doblegar a los pueblos a sistemas preconcebidos.*

Miguel de Unamuno.

### 1. D. A. M. y E., o el autor arrinconado.

Pocas son las noticias que tenemos en torno a la figura de Antonio Marqués y Espejo. Si escasos son los estudios sobre su obra, más aún lo son los datos respecto a su vida y debemos agradecer los pocos detalles de los que disponemos a Juan Catalina García (*Biblioteca de autores de Guadalajara*).

Antonio Marqués nació un 11 de junio de 1762 en Gárgoles de Abajo, pueblo de la provincia de Guadalajara, situado en plena Alcarria. Posiblemente, la afición por las cataratas que demuestra en el prólogo de este *Viaje de un filósofo*, deba buscarse en su patria chica, pues a pocos kilómetros de Gárgoles de Abajo discurre el río Cifuentes, famoso en la zona por unas cascadas que contemplaría maravillado un joven Marqués.

Sus padres fueron Doña María Lorenza Espejo, de quien apenas sabemos algo más que su nombre, y Don José Marqués, abogado, mayordomo de rentas, alcalde mayor y juez de residencias en los estados del duque del Infantado<sup>1</sup>. Por aquellos años el ducado recaía en Pedro Alcántara de Toledo y Silva, XII Duque del Infantado y heredero también de los títulos de Távara, Lerma y Pastrana. Este personaje tendrá gran importancia en la vida de Antonio Marqués, como después veremos. Don Pedro se casaría en 1758 con la aristócrata alemana María Ana de Salm-Salm, lo que hizo que pasara largas temporadas en París y acabara sus días en Alemania<sup>2</sup>.

Por su parte, Antonio Marqués comienza a los catorce años los estudios en la Universidad Complutense, logrando el 12 enero 1780 el Grado de maestro de Filosofía. Emprende a continuación estudios de Teología, trasladándose en 1783 a la Universidad de Valencia, donde recibe los Grados de bachiller, licenciado y finalmente, un 13 de noviembre de 1783, el de doctor. Precisamente, durante todos estos años de estudio estuvo favorecido por una pensión concedida por el duque del Infantado, a quien dedicará Marqués una de sus primeras obras, *El perfecto orador* (1793).

Al acabar sus estudios, Antonio Marqués toma las órdenes eclesiásticas y se dedica a la predicación. Sin embargo, su gran vocación era la enseñanza, por lo que opositó en dos ocasiones a la cátedra de filosofía de la Universidad de Valencia<sup>3</sup>. Según

---

<sup>1</sup> Destacaré que el primer poseedor de dicho título fue Don Diego Hurtado de Mendoza, también Marqués de Santillana.

<sup>2</sup> En 1803, en el prólogo de los *Recreos morales*, afirma Marqués conocer la lengua francesa por haber residido en Francia durante algún tiempo. Es más que probable que acompañara a Pedro Alcántara de Toledo en alguno de sus viajes a tierras galas.

<sup>3</sup> También opositó en 1780 a una beca vacante en el Colegio Mayor de San Ildefonso en Alcalá, pero quedó en segundo lugar. Tres años después vuelve a opositar a otra vacante de la misma plaza, quedando empatado con otro aspirante, al que finalmente el rey concedió la plaza. De todo ello tenemos noticia en el *Libro de Oposiciones* a dichas becas que se conserva en la Biblioteca de la Universidad Central.

consta en su obra de méritos, Marqués fue miembro del gremio de Maestros de la Universidad de Alcalá y del Claustro de la Universidad de Valencia. Años más tarde, desempeño la colecturía de las Recogidas de Madrid, pero el archivo de dicha institución desapareció en un incendio durante la guerra de Independencia, por lo que todos los datos sobre esta etapa han desaparecido. Hay noticia de que durante todos estos años Marqués es pensionado de Su Majestad por intercesión, una vez más, del duque del Infantado. Ya en 1828 aparece como Beneficiado titular de la Parroquia de Alberique, en la provincia de Gerona; es la última fecha de edición de una de sus obras teatrales, *Anastasia*. Después se le pierde la pista definitivamente y es posible que no fueran muy lejanos ni la fecha ni el lugar de su fallecimiento.

En opinión de la crítica, Antonio Marqués no destacó en su época ni como prosista, ni como poeta, ni como hombre de ingenio y erudición, sino que tan sólo fue uno más de la extensa nómina de literatos hispanos del XVIII que no lograron alzarse por encima de la media. En buena medida, Marqués se contentaba con traducir y adaptar al español obras del francés y del inglés, con mayor o menor fortuna. En aquellos años, las traducciones estaban sometidas a un minucioso escrutinio por temor a la heterodoxia y al galicismo, si bien en este siglo más que de traducciones deberíamos hablar de adaptaciones de textos extranjeros a las costumbres españolas, autocensurados por el mismo traductor, que eliminaba de antemano aquello que pudiera entenderse como inmoral o contrario a las buenas costumbres; pero en ocasiones, las opiniones del traductor-adaptador que no pasarían la censura, se colaban en las traducciones de escritos foráneos, presentadas como ajenas. Entre las traducciones-adaptaciones que realizara Marqués caben destacar los *Recreos morales del ciudadano Hekel* (1803), traducidos del francés, la *Historia de los naufragios* (1804), adaptación de la obra de Jean Louis Hubert Simon Deperthes o la *Colección de viajes modernos* (1807), tomada de un original inglés de John Adams.

Aparte del *Viaje de un filósofo a Selenópolis* que en esta edición presento, y que es una traducción del texto titulado *Le voyageur philosophe dans un pays inconnu aux habitants de la terre* (1761) de Daniel Villeneuve<sup>4</sup>, su libro más importante es *Memorias de Blanca Capello*. Para escribir estas *Memorias*, Marqués se guía por el *Nouveau Dictionnaire Historique* y a partir de la información que allí encuentra, construye un *roman* narrado con energía. En el prólogo se preocupa de dejar claro que la obra no debe ser considerada una novela, sino que lo que pretende el autor es transformarse a un tiempo en historiador y biógrafo para dar a conocer la imagen privada de una figura pública. Sin embargo, en opinión de Ferreras (*Los orígenes*), en las *Memorias de Blanca Capello* nos encontramos ante una de las primeras novelas históricas españolas, eso sí, lastrada por el exceso de moralina que el autor vierte en sus páginas. Lo cierto es que la vida de Blanca Capello ofrecía los suficientes alicientes como para desarrollar una auténtica novela cercana al gusto romántico, pues está llena de pasiones, envidias palaciegas y muertes misteriosas, pero Marqués desperdicia este argumento<sup>5</sup> y las aventuras dejan paso a una serie de discursos morales que acaban

---

<sup>4</sup> Para conocer en profundidad la relación entre el original y esta adaptación al castellano, es oportuno consultar: Álvarez de Miranda, Pedro. "El *Viaje de un filósofo a Selenópolis* (1804) y su fuente francesa". *Actas del XIV congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas III*. New York: Juan de la Cuesta, 2004, 43-53.

<sup>5</sup> Recordemos brevemente el argumento de esta obra: Blanca Capello se enamora de Pedro Bonaventuri, y tras una serie de encuentros y peripecias, huyen juntos a Florencia, donde se casan. Allí, Francisco II de Médici se enamora de la protagonista y empieza a favorecer al matrimonio, hasta que, en extrañas circunstancias, muere Pedro. Al poco tiempo el Gran Duque también enviuda y se casa con Blanca ante la oposición del Cardenal Fernando de Médici. Años más tarde, Blanca y Francisco mueren envenenados y el Cardenal sube al trono.

transformando la obra en uno más de tantos textos dieciochescos que se mueven entre la anécdota y el tratado. De hecho, las intenciones del autor no iban más allá de poner en guardia a los jóvenes de ambos sexos contra “los principios seductores de una pasión” (Prólogo de *Memorias de Blanca Capello*, 3)<sup>6</sup>. Por todo ello, quizá sea esta obra el más claro ejemplo de la incapacidad de Marqués como narrador.

Otra de las dedicaciones literarias de Marqués, con la que sí obtuvo al menos cierto éxito, fue la de autor teatral. En este terreno, compuso varias obras originales, como *Amor y virtud a un tiempo* (1816), estrenada en el teatro de Valencia a beneficio de Josefa García, segunda actriz, *La recompensa del arrepentimiento* (1816), representada en Valencia por la Compañía de Teatro de la ciudad a beneficio de Alfonsa Merino, sobresaliente de primera dama, o *Los compadres codiciosos* (1826), representada en Madrid por la compañía de Rueda.

Incluso sus adaptaciones teatrales de obras francesas tuvieron buena acogida, y así *El aguador de París* (1802), derivado de la ópera francesa *Les deux tours*, se representó en varias ocasiones entre los meses de julio, agosto y octubre en el Teatro de los Caños del Peral de Madrid, e igualmente ocurrió un año más tarde *Matilde de Orleim*, traducción de la obra homónima de Madame Cottin.

Igualmente, en 1806 pidió licencia para editar un periódico bajo el epígrafe de *El plausible*, pero un informe negativo del abate Juan Antonio Melón facilita que se le deniegue el permiso. En aquel entonces, Melón era Juez de Imprentas<sup>7</sup>, y entre ambos personajes si no existía una animadversión previa, si que la hubo a partir de ese momento, por lo menos por parte de Marqués y Espejo. De hecho no se olvida de mencionarlo, por supuesto no de forma directa, en el capítulo IV del *Viaje de un filósofo*:

*Así, a cierto Periodista, atrevido campeón que daba a nombre suyo dos pliegos por semana, se le limitó a la simple literatura con expresa prohibición de poder hablar de ningún modo de las ciencias ni de las artes, sobre las cuales se había el abrogado el derecho de discurrir tan neciamente como pudiera hablar el más inepto sobre la Filosofía de Newton.*

Pero si realmente Marqués destacó en algo como literato, fue como autor de centones. Estamos ante la figura de un gran pirata literario, si esto puede considerarse un verdadero mérito, aunque es evidente que ni fue el primero ni será el último. Marqués era un auténtico experto en apropiarse de textos de otros autores, como sucede en el *Diccionario feijoniano* (1802), donde toma párrafos de la obra del religioso ovetense y los dispone en orden alfabético según su temática, sin molestarse siquiera en redactarlos nuevamente.

Otro de los aspectos claves que debemos considerar para entender a Marqués nos lo proporciona la que fuera su primera obra, *El perfecto orador*, de claro influjo afrancesado. No en vano, todos los ejemplos de buenos oradores que dispone a lo largo del texto, son de autores franceses. Sin duda, Marqués es un claro ejemplo de moralista

---

<sup>6</sup> Por su parte, también Álvarez Barrientos (*La novela*) considera que esta obra sea una novela, si bien Marqués difumina el carácter novelesco del relato para acercarse a los planteamientos de un Pedro María Olive, es decir, contar una historia real para así contribuir a la verosimilitud de la narración.

<sup>7</sup> El abate fue el principal responsable del *Semanario de Agricultura y Artes, dirigido a los Párrocos*, periódico de tirada semanal que se publicó en Madrid entre 1797 y 1808. Melón abandonó la dirección de esta gaceta oficial, no en vano se creó a petición explícita de Godoy, para ejercer la labor de juez de Imprenta.

afrancesado, evidentemente influenciado por quien tanto tiempo fuera su protector, el duque del Infantado, hombre interesado en el estudio de la Química y la Historia Natural, pero desde un punto de vista cercano al enciclopedismo procedente del otro lado de los Pirineos. Tanto el duque como Marqués son buenos ejemplos de la denostada corriente afrancesada que recorre la cultura española durante el XVIII, persuadidos por las teorías de Massillon, Bourdaloue, Fléchier y Bossuet, entre otros. De este modo, Marqués en *Higiene política de España* (1808), se preocupa de introducir temas que incidan en la importancia y el ascendiente de esa civilización francesa de las luces sobre la cultura española, como son la contratación de ayos y maestros franceses en España, o en resaltar las bondades de la moda y las diversiones del país galo, que deben ser copiadas en nuestro país como ejemplo de progreso.

## 2. La utopía selenita de un filósofo navegante

Al igual que ocurre con todo texto literario, para analizar con propiedad el *Viaje de un filósofo* es preciso insertar la obra dentro de la tradición literaria, el género al fin y al cabo, a la que pertenece. Así, el texto de Marqués responde a las características de la utopía clásica. Pero, ¿cuándo podemos hablar de utopías? En mi opinión<sup>8</sup>, tan sólo a partir de 1516, fecha de la aparición de *De optimo reipublicae statu deque nova insula Utopia*, el imperecedero texto del humanista inglés Tomás Moro. A partir de ese momento, se comienzan a escribir toda una serie de obras a imitación de ésta y por generalización del título de la obra del autor británico empiezan a ser conocidas igualmente con el nombre de *utopías*<sup>9</sup>.

Por lo tanto, partiendo de *Utopía*, Antonio Poch indica que las utopías son creaciones literarias que se proponen “construir y describir un modo de vida político, social y común ideal” (*Utopía*, Introducción. LXIX). De este modo, en términos generales, la utopía será la descripción de un Estado perfectamente dispuesto en el ámbito social, político, religioso o científico, en el cuál, además, existirá una propensión natural de los ciudadanos para someterse al sistema. Se trata, por tanto, de ficciones imaginativas incluidas dentro de un relato, que describen modelos de conducta político-sociales localizados “en *ningún lugar* y en *ningún tiempo*” (*Utopía*, Introducción. LXIX).

Al mismo tiempo, las utopías son obras de marcada intencionalidad crítica, y será esa misma intencionalidad la que determine en definitiva la forma del texto; de ahí que las utopías se encuentren llenas de tópicos. La mayoría de textos de este tipo comparten una serie de lugares comunes, muchos de ellos procedentes de la obra de Moro o tomados de los mitemas de la literatura grecolatina. Estos *topoi* pueden dividirse en dos grandes grupos: los de índole geográfica y los de índole político-social.

A los autores y pensadores del siglo XVIII no les será difícil combinar los sistemas tradicionalmente conjeturados para las sociedades ideales con la ideología propia de las ‘luces’, y más concretamente con la corriente de pensamiento que se conoce como *despotismo ilustrado*<sup>10</sup>, tendencia que encontraba en este tipo de textos el cauce idóneo para divulgar y justificar su programa de acción. Esto mismo podemos percibirlo en *El viaje de un filósofo*: la justificación teórica de una serie de proyectos, reformas y avances que, por el momento, sólo han podido ser implantadas en una ciudad lunar, pero que serían plenamente provechosas en caso de introducirse en la España de la época. En este sentido hay que entender el alegato que lanza en favor de los *proyectistas*<sup>11</sup> y de sus ideas en el capítulo VI:

*En la firme persuasión de que no hay proyectos, por raros y por  
estrafalarios que parezcan, que no contengan algunos principios de  
utilidad, se recibían todos con bondad. [...] Aun a los autores de los*

---

<sup>8</sup> Vid. Martínez García, Josecarlos. “Historia de la utopía: del Renacimiento a la Antigüedad”. *Espéculo. Revista digital cuatrimestral*. Año X. n° 30, (julio-octubre 2005).

<sup>9</sup> En realidad, no será hasta el siglo XVII cuando Michel de Montaigne comience a denominar *utopías* a todos aquellos textos en los que se describía una sociedad ideal situada en un paraje remoto.

<sup>10</sup> Maravall señaló que este concepto, creado *a posteriori*, se refiere “de modo general, a la comunión del rey con las reformas propuestas por sus ministros ilustrados, tales como limitar el poder de la Iglesia, reformar la educación, buscar el bien común, etc.” (*Estudios de la historia* 445).

<sup>11</sup> Figura bien conocida en las letras españolas, pues aparece hasta la saciedad en la literatura satírica del Siglo de Oro en la forma de los *arbitristas*. Por otro lado, a finales del siglo XIX se entenderá que los *proyectistas* y los *hacedores de utopías* son la misma cosa.

*proyectos que, buenos en su esencia pero defectuosos o poco susceptibles de ejecución por entonces, presentaban algunos objetos de utilidad para lo venidero, se concedían algunas ligeras recompensas. Así, se premiaba el mérito de la invención, que no suele ser siempre el fruto de los grandes hombres de los primeros empleos públicos, en quienes la sabiduría, la prudencia y el deseo del bien general son circunstancias más apreciables que la de tener un genio creador.*

En lo que respecta al argumento básico de las utopías, prácticamente todas repiten un mismo esquema: un viajero recalca tras una travesía que puede ser real o imaginario en un *no-lugar* alejado en el tiempo y/o en el espacio del punto del que partió. Una vez allí un guía le enseña el territorio, las más de las veces una ciudad, explicándole las costumbres y el carácter de los lugareños así como el funcionamiento de las leyes e instituciones que rigen una sociedad ideal. El viajero actúa como portador de noticias entre el universo real y el utópico, produciéndose entonces un contraste entre el mundo nuevo y la sociedad de origen del viajero, lo que provoca que “el personaje vea súbitamente trastocada su relación con el entorno” (Gabaráin 407). Los comentarios del guía suscitan el asombro del viajero, y del lector<sup>12</sup>, ante una sociedad que presenta una inversión positiva de valores respecto a la sociedad existente. Evidentemente, este modelo es más o menos flexible, pero nuestro *Viaje de un filósofo* se adapta a él a la perfección. El Filósofo está visitando las cataratas del Niágara en el momento en que descubre una aeronave, a bordo de la cuál llega hasta la Luna. En un principio, el viaje se presenta como verídico, aunque al final descubramos con desilusión que dicho periplo no ha sido más que un sueño. El Filósofo al llegar a la Luna se da cuenta de que ésta no es más que un espejo de la Tierra. Una vez allí, comienza su visita por los nuevos territorios, desesperándose al comprobar que *la Luna como satélite de la Tierra a la cual está sometida por las leyes de la gravitación y tal vez por el aspecto convexo de su figura, tenía necesariamente las mismas leyes, los mismos gustos, usos, costumbres, preocupaciones, en fin, que todo era allí lo mismo que en nuestra Tierra*. Es en ese momento cuando entra en escena Arzames, el viejo sabio que hará las veces de guía del Filósofo. En primer lugar, juntos se trasladan hasta la cara oculta de la Luna, la región realmente utópica del satélite, y una vez allí, bajo la atenta supervisión de Arzames el Filósofo va constatando las diferencias entre las costumbres y usos de los Selenitas y las propias de su patria, lo que provoca en él ese *extrañamiento* propio del viajero ante los nuevos descubrimientos. Entre Arzames y el Filósofo se establece un diálogo. El diálogo, que verdaderamente en el Renacimiento era un género en sí mismo, será una de las formas básicas de la utopía renacentista, y por extensión de lo que se considera la utopía clásica. El diálogo conocerá su auge en la Antigüedad con autores como Platón o Luciano y reverdecerá en el Renacimiento, sobre todo entre los humanistas, convertido en método idóneo para la exposición y el contraste de ideas filosóficas, y entre ellas, de los ideales utópicos. Además, permitía presentar cualquier situación como real y cercana al lector, por lo que era un marco oportuno para desarrollar el juego de perspectivas entre el viajero y el guía del que he hablado más arriba.

En el momento en que se inicia el diálogo, comienza realmente la utopía: la acción que nos prometía la obra en el Prólogo, se detiene por completo y empieza la descripción de las ideas y costumbres del pueblo selenita, que contrastarán con la práctica de la Europa del momento, y más concretamente de la España de Carlos IV.

---

<sup>12</sup> A través de la visión del viajero, la utopía “obliga al lector a contrastar la propuesta utópica con su propio mundo” (Gabaráin 406).

Así, no es muy difícil darse cuenta de cómo a través de la sociedad selenita, se produce la crítica de las diferentes actitudes que rigen la sociedad terrestre.

En la cara oculta de la Luna se ha establecido una Monarquía que fomenta la educación como valor principal para *formar buenos y útiles ciudadanos*. El plan educativo que se sigue en Selenópolis se sustenta en tres pilares: la Religión, la Lógica y la Moral. Se conserva la estructura tradicional del esquema escolástico conocido como *Trivium*, formado por Gramática, Retórica y Lógica, pero cambian dos de las materias, encaminando a los jóvenes hacia los principios de la Ley Natural.

Igualmente, el gobierno selenopolita propugna la aplicación del liberalismo económico proteccionista que eliminaba las aduanas que pudieran desfavorecer el comercio interior, establecía un impuesto proporcionado que formaba la mayor parte de las rentas públicas y del que nadie estaba exento, e incluso disponía una serie de controles para asegurar los préstamos. Todo ello era posible gracias a la mejoría de caminos, canales y comunicaciones en general, lo que facilitaba en gran manera las transacciones y el traslado de mercancías

De la misma forma, el Gobierno otorgaba distinciones especiales a agricultores y comerciantes, profesiones en las que se sustentaba la prosperidad del Estado. La nobleza en este caso quedaba para quienes supieran sustentar con honradez su linaje, dado que *para evitar el desorden y la confusión en las genealogías, se juntaba siempre el apellido con el nombre del feudo o dominio que se tomaba: la vanidad de los nuevos nobles debía sentir esto, sin duda, pero no confundiendo los estados con la usurpación de un nombre ilustre inserto en una familia plebeya, los árboles genealógicos se formaban sin dificultad ni error y los grandes disputaban sin orgullo ni inquietud la consideración debida al nacimiento noble, que realza el mérito y virtudes de los que lo sostienen con honor*.

Algunos de los inconvenientes que abrumaban a la sociedad europea del momento habían sido solventados en Selenópolis sin mayor problema. Tal es el caso de la mendicidad, sin duda una de las mayores preocupaciones con la que se enfrentó la Ilustración española. No en vano, este ‘vicio social’ atenta directamente contra el principio de utilidad. Así, *las prudentes medidas tomadas por el Gobierno para acostumbrar sin violencia al mendigo al trabajo, [...] el oprobio y el desprecio aplicados a la ociosidad, habían hecho desaparecer los crímenes que ocasionan la indigencia y la pereza*. Y lo mismo ocurría con el alcoholismo, si bien en este caso desterrado a base de una medicina que hacía al embriagado aborrecer la bebida para siempre. En el caso del juego, los selenopolitas habían optado por prohibirlo, con la excepción hecha de los deportes, siempre que mantuvieran la categoría de aficionado. Tampoco se permitían en Selenópolis las corridas de toros, los saltadores y bailarines de maroma y los bufones, quedando las diversiones reducidas a aquéllas que no significaran amenaza alguna para la moral y el buen gusto.

Destaca igualmente la abolición de la pena de muerte, aplicada sólo a los del delito de parricidio o de lesa majestad y la supresión de la tortura en los interrogatorios como método para hacer confesar al reo, por haberse constatado que ninguna de las dos medidas son plenamente eficaces.

Por otro lado, el autor de la obra, dejando ahora de lado si se trata de Villeneuve o de Marqués, demuestra a lo largo del texto conocer otras utopías, tomando de ellas algunas de las ideas que defiende. De este modo, al igual que ocurría en la república *Utopía* creada por Tomás Moro, en Selenópolis se erigen estatuas a aquellos que se distinguen por su trabajo o por su contribución al bien público, a fin de alentar al resto de la población a imitar su comportamiento cívico. Otro de los usos que asombra al Filósofo es el hecho de enviar *de diez en diez años a viajar por los países extranjeros varios*

*sujetos escogidos para que recogiesen todo lo que pudiera haber por allá de bueno y útil para el Estado y para la felicidad pública.* Algo similar ocurre en *La nueva Atlántida* de Francis Bacon<sup>13</sup>, donde estos viajeros son llamados ‘mensajeros de la luz’.

En cuanto a las leyes que rigen la hospitalidad entre los selenopolitas, tienen muchas similitudes con las propuestas por Tomasso Campanella en su *Ciudad del Sol*<sup>14</sup>. También puede encontrarse en el *Viaje de un filósofo* un descargo de la existencia de la prostitución *para preservar el honor de las mujeres virtuosas de la violencia y de la brutalidad, se permitían las inmorales*. Esta permisividad hacia la prostitución aparecerá ya en la utopía italiana *Mondo Savio*, escrita en 1552 por Antonio Francesco Doni, donde se planteaba la frecuentación de mujeres públicas, apartadas en un barrio especial.

Como ya mencioné al principio de este apartado, la utopía recibe las influencias de los clásicos grecolatinos y el *Viaje de un filósofo* no es una excepción. Así la ideología de Platón está presente en toda la obra. Es evidente sobre todo cuando trata el asunto del destierro de la Poesía de la nación selenita, cuestión que sobre la que reflexionó Platón en *La República*. De la misma manera, en el capítulo VIII, original de Marqués, el autor recupera la imagen de las pitagóricas, comunidad legendaria regida por Pitágoras, el tercer rey sabio de la Grecia clásica, junto a Solón y Licurgo, que aparecerá en muchas utopías.

Por tanto, los textos utópicos nos ofrecen noticia de nuevas sociedades, concretadas en un conocimiento de la diversidad de sus gobiernos y la revelación del carácter humano de éstos para así provocar una comparación entre la sociedad real y la utópica, sociedad inventada que propone un nuevo modelo de convivencia en el que se reúnen las perfecciones de todas las sociedades reales conocidas. El contraste entre ambos modelos de organización es el germen de esa intención crítica del texto antes mencionada. Dos serán entonces las características fundamentales de la utopía: la crítica, a través de las categorías comparativas con la realidad que ofrece, y la relación directa con el momento histórico y personal del autor en el momento de su redacción. Así, los aspectos de la vida del autor serán evidentes en este tipo de textos, lo cual también puede aplicarse para el caso de Marqués, si bien con mayor prudencia, pues en ningún momento debemos olvidarnos que el *Viaje de un filósofo* es una adaptación de un texto francés de Daniel Villeneuve. Con todo, Marqués deja traslucir su personalidad a lo largo del relato en varias ocasiones, como en la velada alusión a su enemigo Juan Antonio Melón a la que ya me he referido con anterioridad, o en ese momento del capítulo IV en el que se refiere a los autores teatrales con estas palabras:

*Bajo la protección de unos Mecenas muy instruidos y en defensa contra la crítica apasionada, vimos en poco tiempo a algunos genios llenos de un nuevo ardor llegar a la cima del Parnaso. Aquel que débil en*

---

<sup>13</sup> La principal institución científica de *New Atlantis* se llama “Casa de Salomón”. En el *Viaje de un filósofo*, capítulo XI, el autor hace una alusión a los *libros de Salomón*, demostrando así que la mítica sobre los tesoros perdidos del rey Salomón, que en el siglo XVIII aún se conservaba intacta. No en vano, durante los siglos XVI y XVII nos topamos con periplos como los de Pedro Sarmiento de Gamboa y Álvaro de Mendaña y Neira en busca del mítico islario de Salomón a través de la llamada *Quarta pars incognita* del globo, es decir los mares australes. Pero no sólo serán españoles y portugueses quienes recorran estos territorios, sino que los holandeses y británicos pretenden extender igualmente su dominio por esta Cuarta parte del orbe.

<sup>14</sup> De este modo, en la *Ciudad del Sol* a los extranjeros se “les hacen grandes demostraciones de afecto, les dan comida para tres días, les lavan los pies, les conducen para que vean la ciudad y su organización, les admiten en el Consejo y en la mesa”.

*su aurora, y a quien una censura rígida hubiera sofocado, eclipsó en su medio día a todos sus rivales.*

Parece bastante lógico pensar que Marqués se está refiriendo a sí mismo, un autor condenado por la crítica y las editoriales, incluso en nuestros días, a permanecer en un segundo plano, a pesar de, en su opinión, sus sobrados méritos literarios.

### 3. Estructura del Viaje de un filósofo

En opinión de Juan Ignacio Ferreras, el *Viaje de un filósofo* es “uno de los libros más sugestivos de estos años” (*Los orígenes* 155). Y buena parte de esa sugestión a la que se refiere Ferreras hay que buscarla en el capítulo inicial de la obra, al que Marqués da el título de *Prólogo*, que es sin duda el capítulo más emocionante del libro y en el que su autor derrochó una mayor dosis de imaginación. En este episodio preliminar, encontramos al filósofo visitando las cataratas del Niágara; allí descubre por casualidad una suerte de aeronave, construida con corcho y cañas, que realiza el trayecto desde la tierra a la Luna. Tras un viaje un tanto extraño y deslavazado, a través de los Cárpatos, de Palestina, de corrientes y espirales aéreas, llega a la Luna<sup>15</sup>. Como digo, este viaje es realmente confuso, ya que termina al pie del mismo monte Sinaí, pero enseguida Marqués aclara que el filósofo ha llegado a la Luna. Comienza entonces a recorrer el satélite para enseguida notar que éste es un espejo en el que se reflejan “las mismas leyes, los mismos gustos, usos, costumbres, preocupaciones” que en la Tierra y además el *mapa-luni* es un reflejo exacto de la geografía terrestre, de ahí que aterrizara a los pies del Sinaí.

El siglo XVIII, en general, fue una etapa viajera. Frecuentemente, la utopía germinará ligada al relato de viajes, en muchas ocasiones extraordinarios. De esta forma, durante todo el XVIII se publican, retocados para el gran público, los relatos de las expediciones de la época, a la vez que se recuperan los antiguos relatos de viajes. E igualmente se desarrollará el gusto por el viaje imaginario, que “hace furor en estos años” (Hazard, *El pensamiento* 33). El viaje se percibe como un proceso que pone a prueba al individuo y terminará por convertirse en una moda que recibirá el nombre de *Grand Tour*.

Así, la travesía que propone Marqués a bordo de una máquina voladora<sup>16</sup>, es un viaje imaginario pero en un primer momento, el autor intenta presentarlo como verosímil, si bien en lo que supone un decepcionante desenlace, Marqués resuelve que todo esta aventura no ha sido más que un sueño. Se sitúa de este modo dentro de una tradición literaria que conoció amplio eco en la literatura española. El sueño es la particular fórmula de las letras hispanas de afrontar los viajes extraordinarios, y a su vez una semilla de la que brotará la ciencia ficción en nuestro país. De hecho, la literatura del Siglo de Oro está plagada de sátiras que se sirven del sueño para sus fines; baste recordar la obra de Quevedo.

Una de las variedades que puede tener el recurso del sueño es el llamado *viaje somniaéreo*: un recorrido soñado por diferentes puntos del universo que solía emplearse con fines didácticos. Era un modo de propagar los conocimientos astronómicos del momento. Así, en 1620, Kepler escribió *El sueño*, un viaje a los planetas conocidos, donde explica entre otras cosas el punto de no gravitación entre la Tierra y la Luna<sup>17</sup>.

De la gran variedad de viajes somniaéreos con que podemos tropezar, debemos quedarnos en este caso con aquellos que tienen como destino la Luna. La mítica en

---

<sup>15</sup> Incluso Ferreras (*Los orígenes* 153) pensaba que realmente el viajero no se había alejado de la Tierra.

<sup>16</sup> Estamos ante uno de los primeros modelos de aeronave aparecidos en la literatura española. Creo que sólo por este hecho el *Viaje de un filósofo* merece ser un texto tenido en consideración.

<sup>17</sup> En las letras hispanas podemos encontrar sin dificultad muchos ejemplos durante el siglo XVIII, como los viajes astrales de Lorenzo Hervás y Panduro o Cándido María Trigueros --el *Viaje estático al mundo planetario* (1793-1794), y *El viaje al Cielo del Poeta Filósofo* (1777), respectivamente--, o el *Viaje fantástico del Gran Piscator de Salamanca* (1724), de Torres Villarroel y los *Avisos del Parnaso* (1747), obra de Juan Bautista Corachán, que sirven como excusa para explicar diversos fenómenos astrológicos y astronómicos

torno al satélite comienza ya en la literatura clásica con la *Historia verdadera* de Luciano, quien sitúa a Ulises en la Luna, y llegará a su cumbre con un autor muy bien conocido, como es Jules Verne. Lo cierto es que durante los siglos XVII y XVIII hay un auténtico aluvión de obras que relatan viajes a la luna<sup>18</sup>. Un buen ejemplo de los que son este tipo de viajes nos lo brinda José Marchena en el *Discurso 4º* de *El Observador*:

*Sin saber de qué podría hablar al público esta semana, y resuelto ya a dejar mi papel para la próxima, me quedé dormido en un profundo sueño. Parecióme que arrebatado en un turbillón era llevado al mundo de la Luna, donde se ofrecían a mi vista objetos desconocidos a los habitantes de este globo (68).*

Volviendo de nuevo al *Viaje del filósofo*, tras el alunizaje, el protagonista toma contacto con una realidad lunar que no es como él esperaba, sino simplemente un reflejo de los males de la Tierra. Entonces, en plena desesperación encuentra al viejo Arzames, quien a partir de ese momento se convierte en guía de su viaje; juntos irán a conocer la cara oculta de la Luna, que casualmente recibe el nombre de América. Llegarán allí atravesando el centro del satélite, en lo que constituye un segundo viaje extraordinario dentro del gran periplo hasta la Luna. La tradición de los viajes al centro de la tierra accediendo a través de un volcán o una gruta, se inicia en 1741 con *Viaje subterráneo de Nicolás Klinius*, del danés Louis Holberg y llega a su máxima expresión con el conocido *Viaje al Centro de la Tierra* de Jules Verne (1863).

El viaje que emprenden Arzames y el filósofo hacia las antípodas de la Luna se realiza entrando por un volcán profundo. Para soportar las altas temperaturas del interior del satélite, ambos se envuelven con pieles de salamandra y sábanas de amianto, cubiertas con un barniz especial impenetrable al fuego. En apenas un par de días llegan a su destino, Selenópolis, finalizando así el *Prólogo*.

A partir de ese momento, las aventuras finalizan, la narración se detiene y comienza la utopía. El texto se convierte entonces en un diálogo en el que Arzames adquiere un mayor protagonismo, consistente en la descripción de las excelencias de la sociedad selenopolita. En los capítulos primero y segundo, refiere el modelo educativo de este pueblo a todos los niveles, comenzando desde la niñez. No sería muy atrevido decir que estos dos capítulos constituyen algo similar a un tratado educativo al estilo renacentista. En primer lugar, Arzames detalla los cauces que se siguen en la educación de los niños; los selenopolitas se han decantado por un modelo educativo estricto, muy similar al régimen espartano, donde *se cría con dureza a los niños desde la cuna, tiempo en que la naturaleza se fuerza a toda suerte de impresiones*. Así, describe el proceso educativo que se sigue hasta los catorce años, edad en la que cada cual elige el trabajo que más le gusta, que por lo general suele coincidir con aquél para el que está más preparado. Después de esto, explica brevemente el sistema que siguen para la educación de la mujer, un sistema ciertamente progresista para la época que equiparaba el aprendizaje de la mujer al del hombre. Por último, se centra en analizar los errores más comunes que surgen a causa del desconocimiento de la lengua materna, recalcando la importancia del aprendizaje de la misma.

Los dos capítulos que siguen están dedicados a analizar el estado de la literatura en la nación selenopolita. Las letras de este pueblo se ajustan al principio de utilidad,

---

<sup>18</sup> Por citar sólo algunos, las ficciones de Francis Godwin *-El hombre en la Luna (1638)-*, John Wilkins *-The Discovery of a World in the Moone (1638)-*, Cyrano de Bergerac *-El viaje a la Luna (1657)-*, o el español Domingo González., quien propone un viaje a la Luna en una máquina propulsada por una bandada de gansos.

por encima del resto de criterios. De esta manera, la Poesía apenas tiene cabida entre la literatura selenopolita, dado que la poesía no se ajusta al principio de naturalidad:

*La Poesía rimada sería sin duda superior a la prosa poética si pudiese agrandar a un mismo tiempo y con igualdad al entendimiento y al oído, pero se queda muy atrás porque no puede satisfacer al uno sin que sea a costa del otro. Para gustar de la prosa basta el tener sentimiento. Para que los versos agraden se necesita estar habituado a ellos. Luego la rima no es natural.*

El resultado de todo esto es el destierro de la rima de las letras selenopolitas, como también ocurriera en la *República* de Platón. Ya comenté en el apartado anterior que el platonismo invade buen número de la sucesión de ideas que conforman finalmente este texto. Después de la poesía, le toca el turno al periodismo, profesión sometida en Selenópolis a un severo control oficial, ejercido por el *Tribunal del buen gusto*, el mismo que examinaba a los escritores noveles a fin de encauzarlos hacia el terreno adecuado en que deberían moverse en el desarrollo de su profesión. Y para finalizar estos capítulos deja un tema que a Marqués le interesaba de manera especial: el teatro. En Selenópolis los autores dramáticos gozaban de una pensión que se acrecentaba o disminuía con arreglo a la calidad de cada una de las nuevas piezas que fueran estrenando.

El tercer bloque temático de la descripción que Arzames realiza del pueblo selenopolita ocupa tres capítulos, del quinto al octavo. En realidad se trata de un conjunto de temas genérico que reúne bajo el epígrafe de *Uso, costumbres y opiniones de los Selenitas*. En estos capítulos, Marqués introduce un tropel de datos en muchos casos inconexos sobre la vida en Selenópolis, como son el comercio, los duelos, la tortura, la defensa de los proyectistas, el suicidio, el juego, la embriaguez, la usura o la sucesión genealógica. Todos estos asuntos y algunos más aparecen amalgamados y en muchos casos solapados, en lo que constituye la parte más caótica del texto, sensación que se acrecienta todavía más cuando al final del capítulo VII y sin venir a cuento coloca la descripción del *Templo de la Verdad*. En las utopías, sin ir más lejos en la *Ciudad del Sol*, es habitual este tipo de retratos de templos religiosos, siempre situados en el apartado en que se relatan las costumbres religiosas de la comunidad ideal. Pero este no es el caso. En principio, Marqués apenas hace unas leves alusiones al hecho religioso, probablemente por temor a la censura, sino que planta al final de esa mixtura temática que, como he mencionado constituye estos capítulos, la descripción de un templo destinado a la exaltación de la Verdad donde acudían las personas de carácter sensible con el fin de alcanzar la sabiduría.

Aunque lo cierto es que Marqués no acaba ahí, pues justo a continuación interrumpe la exposición de los modos de vida selenopolitas para insertar tres cartas bajo el epígrafe de *Biblioteca particular del bello sexo*, que en realidad proceden de un proyecto de Marqués titulado *Liceo general del bello sexo*, que se encuentra manuscrito y nunca llegó a publicarse. Son tres cartas compuestas por tres damas pitagóricas, que el autor justifica mal que bien en el conjunto de la obra, en las que aconsejan a otras amigas sobre diversos temas: los celos y el perdón de la infidelidad, la virtud y el recato en el vestir y la elección de la nodriza. A causa de este capítulo, Álvarez de Miranda no duda en tildar de “auténtico chapucero” a Marqués y Espejo (“Sobre utopías y viajes imaginarios”), aunque creo que no es necesario llegar tan lejos, pues posiblemente este fuera el único medio que tuvo Marqués para que viera la luz por lo menos una parte de ese proyecto que nunca fue publicado.

En el *Capítulo noveno* Marqués vuelve a centrarse en la descripción de los usos selenopolitas, adentrándose en este caso en el mundo de la moda. Comienza analizando las causas que hicieron al hombre vestirse:

*Sean los que quieran los motivos que le hicieron vestirse, es muy cierto que solamente a esta costumbre debe él la debilidad de su temperamento y muchas enfermedades de que se viera exento su cuerpo en medio de un aire libre, entre las cuales se cuentan particularmente las fluxiones, los reumatismos, la gota, los catarros, las ciáticas y todos los demás accidentes que provienen de una transpiración interceptada por el uso de los vestidos y ligaduras, de donde nace también esta porquería, tan dañosa a la economía animal, de que todo cuerpo expuesto a un aire abierto está casi siempre preservado, y de la que no puede libertarse más que por repetidos cuidados y una reparación continua.*

A continuación expone los problemas que surgen como consecuencia del lujo, el cuál está sometido a las leyes en Selenópolis. El resto del capítulo es una crítica al modo de vestir y actuar de esos personajes que pueblan el siglo XVIII y que eran conocidos como currutacos y madamitas.

En el capítulo X se produce un cambio de escenario; ahora Arzames y el filósofo se encuentran en una comida rodeados de otros filósofos selenopolitas. Una comida que recuerda los diálogos platónicos. Juntos, los filósofos debaten en torno a la moral. Aquí Marqués enumera cuáles son los mayores enemigos de la decencia: el orgullo, revelar un secreto, la indiscreción de un amante, proteger a un delincuente, seducir a la mujer o la hija de un amigo<sup>19</sup>, robarle la inocencia a una dama soltera o defraudar las rentas reales.

El siguiente capítulo está dedicado a analizar el estado de la medicina entre los selenopolitas y los avances que éstos han conseguido en dicho terreno. El número de médicos en esta nación era muy escaso, pues habían compuesto un libro en el que explicaban el modo de curar de manera natural prácticamente la totalidad de enfermedades. Eran los selenopolitas concedores de las virtudes que podían extraerse de todas las plantas que poblaban sus bosques, gracias a una serie de experimentos botánicos que habían realizado. Sin lugar a dudas, su mayor logro había sido conseguir la vacuna contra la viruela, así como desterrar todos los males de carácter psicosomático. Aunque, como recuerda Marqués, *los verdaderos y únicos medios que están realmente en nuestro poder para prolongar el curso de la vida, son la frugalidad, la templanza, la alegría, la sobriedad y las ocupaciones útiles.*

Tras seis meses de estancia en Selenópolis, el viaje del filósofo llega a su fin y éste decide regresar a su patria. En ese momento, el relato se acelera, el filósofo se ve inmerso en un terremoto que acaba cuando despierta tirado en el suelo. Entonces descubrimos que todo ha sido un sueño. Este final resta magia a la obra, que de haber concluido de otra manera, habría sido una de las primeras muestras de ciencia-ficción en

---

<sup>19</sup> De sobra conocida era en aquellos años la relación que mantenía Godoy con la mujer de su amigo Carlos IV. A mí la alusión a este romance me parece evidente, pero dejaré que el texto hable por sí solo:

*Seducir la mujer o la hija de su amigo es abusar cruelmente de la confianza y romper el nudo más tierno de la sociedad, sembrando la discordia y el desorden en el seno de una familia a la que se tiene más obligación que a otra cualquiera de servir y respetar. ¿He de hablar claro? Pues es el colmo de la maldad.*

la literatura española. De todas formas y a pesar de todo lo dicho, tampoco debe restársele mérito al autor ni minimizarse la importancia de la obra.

#### 4. Selenópolis o el satélite ilustrado

Conocemos con el nombre de *Ilustración* a un plan de reforma y modernización de la sociedad dirigido desde el Estado, que se desarrolló durante la segunda mitad del siglo XVIII, y cuyo nuevo ideario, expresado en conceptos como *razón*, *naturaleza*, *progreso* o *felicidad*, aspira a promover un cambio en los terrenos social, económico, político y religioso; no obstante sus ideas se percibirán mejor en el campo de la cultura. Es éste el período en que se desarrolla y afianza la burguesía, si bien la nobleza continuará poseyendo la tierra<sup>20</sup>; a su vez, el poder del Estado aumenta frente al de la Iglesia lo que conlleva que el Poder Civil proponga y acometa reformas vinculadas a la educación del pueblo y su bienestar en un proceso conocido como *despotismo ilustrado*<sup>21</sup>. José Luis Peset (“Carlos III o la educación del príncipe”) valora la Ilustración como “un valeroso y prolongado intento de pacto social”, aunque olvida que el beneficiario último del mismo será siempre el Estado: el poder público asume que debe fomentar y dirigir la cultura, impulsando la iniciativa privada y la creación de instituciones, para así obtener un beneficio que redunde en el engrandecimiento del Imperio. El *despotismo ilustrado* enmascarará esta situación, convirtiéndose en garante de un reformismo dedicado a forjar la felicidad del pueblo.

Muchos de los aspectos que conforman el ideario ilustrado se filtran en el *Viaje de un filósofo*. Sin olvidar en ningún momento que estamos ante una traducción, y por tanto muchas de las ideas originales del texto no pertenecen a Marqués y Espejo, y otras muchas son tan sólo tópicos frecuentes en la época, es destacable que se atreviera a publicar una obra que en algunos momentos se torna altamente progresista, incluso para los ilustrados más comprometidos. Selenópolis es una monarquía, y desde el poder se dirigen todos los aspectos de la vida cotidiana a fin de encaminar al ciudadano a la felicidad. Veamos entonces los puntos en que podemos hallar una vinculación mayor entre el pensamiento iluminista y la obra de Marqués.

#### La verdadera religión: el Templo de la Verdad

Era habitual que los autores de utopías se adentraran en la descripción de los usos y costumbres en materia religiosa de las sociedades ideales. Sin embargo, en el caso español ocurre lo contrario; así, utopías como la *Aventura magna del Bachiller*, de Pedro Gatell, o *El arte de cultivar la razón o descripción del establecimiento de la colonia de Ponthiamas*, se deslizan apenas sobre este asunto procurando evitar cualquier atisbo de polémica. Lo mismo ocurre en el *Viaje de un filósofo*. Marqués procura obviar cualquier alusión al hecho religioso y tan sólo menciona a un Ser Supremo que protege a los soberanos en caso de conflictos. Entonces, ¿era Marqués un deísta? Es más que seguro que no. Recordemos que Marqués llegó a tomar los hábitos para dedicarse durante un tiempo a la predicación y que prácticamente sus labores al margen de la literatura estuvieron siempre ligadas al claustro. Pero es indiscutible que los

---

<sup>20</sup> En España, el desarrollo de la burguesía se producirá más lentamente que en el resto de Europa occidental, aunque a finales del XVIII podemos encontrar atisbos de pensamiento burgués; sin duda, la ausencia de una burguesía fuerte capaz de extender la Ilustración española fuera de los límites de una minoría será uno de los factores que propiciará el triunfo del absolutismo de Fernando VII en 1808.

<sup>21</sup> Indica Maravall que este concepto se crea *a posteriori* “referido, de modo general, a la comunión del rey con las reformas propuestas por sus ministros ilustrados, tales como limitar el poder de la Iglesia, reformar la educación, buscar el bien común, etc.” (445).

selenopolitas si son deístas<sup>22</sup>. De hecho, la única religión que practican se basa en la búsqueda de la Verdad como supremo bien. A este fin, han construido un templo, eso sí, alegórico, *situado en medio de un monte espeso, separado del tumulto de las cortes y grandes ciudades, mansiones poco propias para la meditación y el retiro interior*, y en el que no se practicaba ningún culto. Allí acuden todas aquellas personas ansiosas de conocer la verdad, quienes tras despojarse *de las pasiones y del uso engañoso de los sentidos* conseguían salir del templo convertidos en verdaderos filósofos.

## El modelo comercial burgués

Juan Ignacio Ferreras calificó el *Viaje de un filósofo* de “utopía burguesa” (*Los orígenes* 155), y no le faltaban razones para ello. Es fácil rastrear los orígenes franceses de muchas de las ideas del texto. La moral de Selenópolis está inspirada en la igualdad, el trabajo, la verdad y el progreso. Al mismo tiempo, el gobierno selenopolita defiende el desarrollo económico a través de medidas proteccionistas, como por ejemplo la eliminación de aduanas entre provincias, a fin de favorecer el comercio interior, se liberaba del pago de aranceles a la exportación, mientras que éstos se cargaban sobre las importaciones. Pero no sólo eso, sino que buscaban igualmente facilitar el transporte de mercancías *multiplicando a este efecto los canales de comunicación con los grandes ríos y los grandes caminos, sólidamente contruidos y conservados con cuidado*.

Durante estos años, en España se realizarán multitud de *Planes, Informes y Proyectos de Ley* con la intención de eliminar los obstáculos que impedían el desarrollo de la economía nacional. Carlos III y sus ministros fomentarán todo tipo de Programas y Leyes que faciliten la modernización y transformación de la sociedad española. Igualmente, circularán por el país una serie de escritos que incitan al pueblo al trabajo como método para incrementar la producción. Como ocurrirá en España, en Selenópolis el Soberano crea un sistema de honores que se conceden a las personas que destacan en el ejercicio de la agricultura<sup>23</sup> o el comercio. Del mismo modo, el gobierno selenopolita había eliminado las ayudas y exenciones para aquellos campesinos que tuvieran familia numerosa, pero se les había hecho ver los beneficios que podían obtener en caso de tener muchos hijos a la hora de trabajar la tierra.

En cuanto a los impuestos se refiere, los bienes de primera necesidad estaban libres de tasas. En tiempo de paz, todos los ciudadanos pagaban un impuesto, sin excepción, y de forma proporcionada a sus rentas. En tiempo de guerra, los impuestos aumentaban en razón de las necesidades del Estado. El mayor gravamen se establecía sobre los artículos de lujo. De la misma forma, el gobierno controlaba los créditos e imponía fuertes sanciones a la usura.

Todo ello contribuía a mantener en Selenópolis un comercio dinámico y una industria libre que favorecía el bienestar y el progreso del Estado y de sus ciudadanos.

---

<sup>22</sup> En líneas generales, el deísmo es la creencia en un dios creador del Universo y de los procesos naturales que lo hacen funcionar, basada en la observación y el análisis racional de la naturaleza. Así pues, es la creencia racional en un dios, sin admitir los credos y dogmas de una religión particular. El deísmo floreció durante el Renacimiento, pero se desarrolló fundamentalmente durante la Ilustración, a partir de los escritos de autores ingleses y franceses como Thomas Hobbes, Jean-Jacques Rousseau. y Voltaire.

<sup>23</sup> Los proyectos reformistas para el campo español se enmarcaban dentro de una corriente de pensamiento económico denominada *fisiocracia*. Los fisiócratas, seguidores de las ideas de Bernardo Ward entre los que se encontraban Pedro de Campomanes, propugnaban la propiedad privada y la libertad como base de una agricultura sana.

## El imperio de la moda

El XVIII puede definirse como el siglo de la moda. En el caso de España, la mayor parte de las modas en el vestido, los peinados, los complementos e incluso en el comportamiento diario, se importarán de Francia, caso del *atildamiento* o afectación, la *petimetría* y el *chichisveo*. La nobleza, por tanto, imitará a París en sus usos, mientras el pueblo copiará dentro de sus posibilidades a la nobleza<sup>24</sup>. En la segunda mitad del siglo se producirá una oleada de moda vestimentaria, sobre todo entre las mujeres de clase media. Es frecuente en la literatura de la época encontrar alusiones a la adecuación entre el traje y la condición social de su portador, y también es habitual tropezar con feroces críticas a lo que la moda supone. Esto es lo que ocurre en el *Viaje de un filósofo*, y a este asunto está dedicado el capítulo noveno de la obra. En opinión de nuestro autor, la moda surge de la vanidad y del deseo de sobresalir. El gusto por la moda estaba desterrado de Selenópolis, y así cuando una persona trataba de destacar mediante su indumentaria, era rápidamente ridiculizada. El mayor problema que tienen las modas es su inconstancia y frivolidad; así, en pocos meses cualquier moda habrá pasado, por lo que la razón debe rechazar esta inclinación.

Unido a la moda, surge el lujo, *el enemigo más declarado de la población*. En Selenópolis se dictarán una serie de leyes que tendrán como fin controlar su avance, dado que no ha podido ser extirpado. En torno al lujo, los pensadores del XVII mantendrán diversas posturas. Por ejemplo, Fenelon es partidario de una condena total del lujo, mientras por su parte, Cadalso mantiene una posición dialéctica muy propia de la Ilustración española, y que coincidirá con la que aparece en este texto. De tal modo que en Selenópolis *todavía no se ha decidido si el lujo es útil o dañoso a una gran monarquía que recoge los géneros de primera necesidad; y esta es una cuestión de donde se originan infinitas paradojas*.

## La educación

El pensamiento ilustrado atribuirá a la organización social la degeneración de un ser humano bueno por naturaleza. Como señala Hazard, una de las teorías que circulan al respecto, indicaba que “las semejanzas entre los hombres vienen de la naturaleza o de Dios, mientras que las diferencias proceden de las costumbres” (*Crisis* 205), circunstancia que se refleja en las utopías. Entonces, la naturaleza humana es maleable y la educación es uno de los caminos, quizá el principal, que puede conducir al hombre a la felicidad. La educación será concebida en el XVIII como la base de una esperada y gradual reforma del hombre y la sociedad, cuya intención consistirá en desarraigar los vicios y ejercitar las virtudes.

Por tanto, este tema será prioritario para los ilustrados. En España se escribieron en esta época un ingente número de tratados educativos y novelas didácticas. En este sentido, Eduardo Subirats afirma que en la Ilustración española prevalece “su sola dimensión didáctica” (*La ilustración* 9), por lo que los planes educativos ocuparán buena parte de la literatura del momento.

La preocupación por regenerar el sistema docente tendrá su reflejo en las utopías ilustradas, traducida fundamentalmente en forma de tratados que se cuelan en medio de las descripciones de los mundos utópicos. Es este el caso del *Viaje de un filósofo*.

---

<sup>24</sup> Es curioso que los mismos elementos que identificaban a los *elegantes* tenían un significado distinto en cada vertiente del Pirineo, pues “lo que en Francia era contrarrevolucionario se consideraba en España subversivo, simplemente por afrancesado” (Andioc 176).

Además, para dar cuenta de la importancia que le concede Marqués a dicho asunto, ocupa los capítulos primero y segundo; es decir, que para comenzar a mostrar el modelo de vida de los selenopolitas, nada mejor que empezar por conocer su sistema educativo. Esto nos ayudará a comprenderlos mejor.

Marqués describe paso a paso todos los tramos del sistema, desde la cuna hasta la edad de catorce años, momento en el cual cada uno se dedica a la profesión a la que esté más inclinado. En Selenópolis encontramos un modelo educativo muy rígido que trata de acostumbrar desde la infancia a los jóvenes ciudadanos a soportar la necesidad y la fatiga. Se instruye a un tiempo su mente y su cuerpo, con lo que se evitan muchas de las enfermedades y problemas que suelen sufrir los adultos de otras naciones. Los jóvenes son separados a temprana edad de sus padres e ingresan en Gimnasios públicos, dado que los selenopolitas prefieren la educación pública a la doméstica.

Uno de los puntos en que el texto se muestra más progresista es la educación de la mujer, pues en Selenópolis *con muy corta diferencia relativa a la constitución y a las funciones propias de cada sexo en particular, la educación de nuestra mujeres es la misma que la de los hombres*, lo cual supone un avance muy importante para la época en que nos encontramos.

También muestra preocupación Marqués por la enseñanza de la lengua materna, que debe iniciarse lo antes posible, con el fin de evitar todos los malos usos que se le dan al idioma patrio en otras naciones. Como bien hace ver Ferreras, hacia el final del capítulo segundo, el autor realiza una “crítica de los tópicos y de los idiotismos idiomáticos de nuestra lengua” (*Los orígenes* 156). Marqués se centra en analizar la lengua hablada, y llega a la conclusión *de que si se quitaran las palabras, tan repetidas como inútiles a la trabazón del discurso, quedaría en él poquísimo de esencial*.

### La polémica de las letras

A lo largo de los capítulos tercero y cuarto, Marqués realiza una enardecida defensa de la prosa. Valora la prosa como medio de expresión poético, englobando la novela dentro de las producciones poéticas. Marqués sigue los principios de la Retórica al proclamar que la prosa “es el medio de la verdad, de la razón” (Alvarez Barrientos, *La novela* 159). El principio de utilidad debe regir a los literatos; éstos deben procurar hacer sencillo para el lector aquello que quieren expresar, por ello tienen que huir del engaño para el sentido que supone la versificación:

*La precisión de sujetar un pensamiento verdadero y exacto produciendo este inconveniente, la necesidad de trastornarle, de refundirle y de sacarle de la sencillez y de la verdad que constituyen su carácter, causa indispensablemente que la versificación mejor y más brillante esté en los mejores autores llena de equívocos, de faltas de elocución, de sentido y de construcción, porque atormentado el juicio y atado el ingenio, no conciben más que fetos defectuosos y monstruos.*

Esa polémica entre poesía y utilidad estaba más que viva en el siglo XVIII, y estos capítulos son una buena muestra de ello. Marqués desprecia a aquellos escritores que pierden su tiempo en buscar una rima que halague los oídos, pues para él lo fundamental es el fondo de las cosas que se transmiten. No olvidemos que Marqués es un predicador y además un moralista, aunque no en esta obra.

En la poética de la época se unen razón y sentimiento; así ocurre en Selenópolis. Marqués desprecia la versificación y la rima, pero defiende la Poesía, cuya forma natural es la prosa. Defiende igualmente el teatro en prosa, aunando esos mismos criterios de razón y sentimiento. Los contenidos racionales se deben transmitir sólo en prosa, pues así la capacidad del lector para sentir el texto será mucho mayor. Esta opinión es compartida por otros autores de la época, como Capmany o Trigueros. Todos ellos coinciden en que es más difícil escribir en prosa, pues la rima encubre la mediocridad, pero la prosa no disimula los fallos del escritor.

La estética práctica del momento se basa en la claridad del lenguaje, expresado en prosa, con unos contenidos adecuados y un lector capaz de captar el sentimiento y la racionalidad, y a través de ello, extraer las bellezas y los contenidos de la obra literaria. Belleza y contenido se interrelacionan para ser captadas por la sensibilidad del lector. La razón solo tiene posibilidad de crecer y propagarse a través de la prosa, pues sólo esta forma de escribir es apropiada para difundir las ideas con claridad, mientras en la poesía hay más lugar para la mentira y la confusión;

Marqués exige de la obra literaria seriedad en los contenidos en una doble dirección: en la observación de la realidad y en la representación de lo observado. La prosa debe expresar la verdad. De ahí que

*las disputas y las guerras suscitadas entre la rima y la razón se habían finalizado naturalmente a favor de ésta última, que no escribía más que en prosa, estilo natural del buen juicio. La rima, igualmente que los duelos, debió su origen a la barbarie. Un siglo ilustrado debió desterrarla del imperio de las letras.*

## OBRAS CITADAS

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. *La novela del siglo XVIII*. Madrid: Júcar, 1991.
- ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro. “Sobre utopías y viajes imaginarios en el siglo XVIII español”. *Homenaje a Gonzalo Torrente Ballester*. Salamanca: Caja de Ahorros, 1981. 351-382.
- ANDIOC, René. “Personajes y rostros de fines del XVIII: el currutaco según Goya y la literatura de su tiempo”. *Francisco de Goya. El rostro espejo del alma*. Sevilla: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2000. 171-179.
- CATALINA GARCÍA, Juan. *Biblioteca de autores de Guadalajara*. Madrid: Sucesores de Rivadenyra, 1899. 301-303.
- FERRERAS, Juan Ignacio. *Los orígenes de la novela decimonónica*. Madrid: Taurus, 1973.
- GABARÁIN, GAZTELUMENDI, Iñaki. “Ficción y técnica: utopía y relato fantástico en la tradición española”. *Nuevas aportaciones al estudio de la lengua española. Investigaciones filológicas*. Ed. José Antonio Bartol. Salamanca: Luso-española de ediciones, 2001. 405-414.
- HAZARD, Paul. *Crisis de la conciencia europea*. Vers. esp. Julián Marías. Madrid: Alianza, 1988.
- HAZARD, Paul. *El pensamiento europeo del siglo XVIII*. Vers. esp. Julián Marías. Madrid: Alianza, 1991.
- MARAVALL, José Antonio. *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*. Ed. M<sup>a</sup> Carmen Iglesias. Madrid: Mondadori España, 1991.
- MARCHENA, José. *Obra española en prosa: (historia, política, literatura)*. Ed. Juan Francisco Fuentes. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1990.
- PESET, José Luis. “Carlos III o la educación del príncipe”. *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*. Manuel Sellés, José Luis Peset y Antonio Lafuente, comp. Madrid: Alianza, 1988. 9-39.
- POCH, Antonio, (ed.). *Utopía*. Tomás Moro. Trad. Emilio García Estébanez. Colección Clásicos del Pensamiento. 2<sup>a</sup> ed. Madrid: Tecnos, 1992.
- SUBIRATS, Eduardo. *La ilustración insuficiente*. Madrid: Taurus, 1981.

OBRAS DE ANTONIO MARQUÉS Y ESPEJO

*El perfecto orador o principios de elocuencia sagrada con ejemplos deducidos de los oradores más célebres de la Francia.* Valladolid: Viuda e Hijos de Santander, 1793.

*Desahogos líricos de Celio dedicados al dios Apolo: publicados como antídoto excelente contra la peligrosa enfermedad del amor.* Madrid: Mateo Repullés, 1802.

*Higiene política de España, o medicina preservativa de los males morales con que la contagia Francia.* Madrid: Mateo Repullés, 1808.

*El aguador de París. Drama en prosa.* Madrid: Antonio Cruzado, 1802. Valencia: Ildefonso Mompié, 1822. Barcelona: Agustín Roca, [s.n.]

*Diccionario feijoniano o compendio metódico de varios conocimientos críticos, eruditos y curiosos utilísimos al pueblo.* 2 vol. Madrid: Imprenta de la Calle Capellanes, 1802.

*Memorias de Blanca Capello, Gran Duquesa de Toscaza, para la historia de la virtud en la humilde y alta fortuna.* Madrid: Antonio Cruzado, 1803.

*Recreos morales del ciudadano Hekel sobre los asuntos más importantes al hombre.* Madrid: Mateo Repullés, 1803.

*Retórica epistolar, o arte nuevo de escribir todo género de cartas misivas y familiares, con ejemplos de los autores más célebres, extranjeros y nacionales.* Madrid: Antonio Cruzado, 1803. Gerona: Antonio Oliva, 1828.

*Matilde de Orleim. Drama en cinco actos y en prosa.* Madrid: Imprenta de la Calle Capellanes, 1803. Barcelona: Agustín Roca, [s.n.].

*Historia de los naufragios o Colección de las relaciones más interesantes de los naufragios, invernales, desamparos, incendios, hambres y otros acontecimientos desgraciados sucedidos en la mar desde el siglo XVI hasta el presente.* 5 vol. Madrid: Mateo Repullés, 1804.

*Miss Clara Harlowe, drama en tres actos y en verso. Suplemento a la historia inglesa del mismo título.* Madrid: Viuda de Ibarra, 1804.

*Viaje de un filósofo a Selenópolis, corte desconocida de los habitantes de la tierra.* Madrid: Gómez Fuentenebro y Cía., 1804.

*Higiene política de España, o medicina preservativa de los males morales con que la contagia Francia.* Madrid: Mateo Repullés, 1808.

*Amor y virtud a un tiempo. Drama en cinco actos y en prosa.* Valencia: José Ferrer de Orga, 1816.

*La recompensa del arrepentimiento. Drama en tres actos y en prosa.* Valencia: José Ferrer de Orga, 1816. Valencia: Ildefonso Mompié, 1823.

*Anastasia o La recompensa de la hospitalidad.* Valencia: Ildefonso Mompié, 1818.

*La filántropa, o La reparación de un delito. Drama en tres actos y en prosa.* Valencia: Domingo Mompié, 1819.

*Los compadres codiciosos. Comedia original en tres actos y en prosa.* Valencia: Ildefonso Mompié, 1826.

*Colección de viajes modernos que contienen los sucesos más útiles y agradables relativos a las expediciones y principales descubrimientos del mundo y la descripción de usos y costumbres de los pueblos.* 5 vol. Madrid: 1807.

*Continuación de la historia de los naufragios, que contiene varias entregas.* Mss. Archivo Histórico Nacional. Consejos, leg. 5795.

*Liceo General del bello sexo, o Décadas eruditas de las Damas.* Mss. Archivo Histórico Nacional. Consejos, 5566 (59).

*El plausible.* Periódico cuya licencia solicita Marqués en 1806. Archivo Histórico Nacional. Consejos, 11285 y 11287.

#### *EDICIONES DE EL VIAJE DE UN FILÓSOFO A SELENÓPOLIS.*

1. Gijón. Instituto de Educación Secundaria Universidad Laboral. XIX/27. (Ex-libris de: José Gregorio Cansi y Palacio)
2. Barcelona. Biblioteca de Cataluña. Fondo Tusquets de Cabirol. Tus-8-9463.
3. Azpeitia. Santuario de Loyola. 5018, 2-0443.
4. CSIC. Instituto de Filología. M-IFL RES CVI/630.
5. Universidad de Oviedo. Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII . -Y-.

#### *CRITERIOS DE EDICIÓN*

Sigo para esta edición la que se conserva en el Instituto de Filología de Madrid (1804). He actualizado la grafía, fundamentalmente -j- y -g-, y la puntuación, pero mantengo las fallas en el estilo, así como la sintaxis propia de la época. Igualmente, conservo las notas a pie de página y las citas tal y cómo las propuso el autor. He optado igualmente por mantener la cursiva del original, así como las mayúsculas empleadas por Marqués y Espejo al referirse a grupos de personas y a materias.

No realizo muchas modificaciones, salvo corregir algunas erratas y actualizar los topónimos y los nombres de los ríos. También separo los diálogos mediante un doble guión, a fin de clarificar y facilitar en la medida de lo posible la lectura del texto respecto del original.

# VIAGE

## DE UN FILÓSOFO A SELENÓPOLIS, CORTE DESCONOCIDA

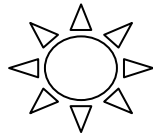
DE LOS HABITANTES DE LA TIERRA,

ESCRITO POR ÉL MISMO,

Y PUBLICADO

POR

*D. A. M. y E.*



MADRID:

POR GÓMEZ FUENTENEbro Y COMPAÑÍA

1804.

Quod vidi, pinxi

## *Relación del viaje del filósofo, que puede leerse como Prólogo.*

Aunque el fin de cualquiera filósofo que viaje sea principalmente el de instruirse en las leyes, costumbres, política, comercio y preocupaciones de las naciones que va a ver, sin embargo cada cual tiene su gusto dominante que le hace pararse más particularmente en la observación de aquellas cosas que le afectan más: el Naturalista busca con preferencia los metales, minerales, insectos, etc.; el Botánico, las plantas, flores, árboles o conchas; el Anticuário, los monumentos, las medallas y estatuas; el Erudito, los manuscritos e inscripciones; y el Astrónomo, algunas estrellas nuevas. Los espíritus puramente curiosos echan una mirada casi indiferente sobre estos objetos, pero todos tienen su manía, y la mía está y ha estado siempre por las *cascadas*, o caídas de aguas naturales. A mí me parece que el espíritu filosófico ha dirigido la mayor parte de mis investigaciones, pero no he dejado escapar ninguna ocasión de poder visitar con la mayor curiosidad todas las cataratas de esta porción de materia que se llama el mundo conocido, de donde puede inferirse que he caminado mucho.

He examinado con el mayor cuidado las cataratas del Nilo, del Rin, del Danubio, del Volga, de Albania, de Tornea, etc., y me hallo en estado de poder publicar algún día sus exactas descripciones; pero todas estas caídas de agua, así como otras varias, no son más que unas pequeñas cascadas en comparación de la de Niágara, o Nicáraga (según dicen otros), la más considerable que ha producido la naturaleza sobre nuestro pequeño planeta.

Cinco años hace que andaba corriendo los mares, cuando el bajel en que yo iba, habiendo intentado vanamente en diferentes ocasiones desembarcar en las tierras australes y buscar un paso para la China por el norte, ancló en el Canadá a la embocadura del río Niágara para tomar allí algunos refrescos; me aproveché con ansia de tan buena ocasión para ir a ver su famosa catarata por cerciorarme de lo que dicen de ella el Barón de la *Hontan*, y el Padre *Charveloix*<sup>25</sup>. Dos salvajes intrépidos me ofrecieron subirme por el río en una pequeña barquilla hecha de cueros y cosida con juncos, pero como la navegación es peligrosa y el rodeo muy considerable hasta la catarata, quise más hacer el viaje por tierra. Separéme de mis compañeros, entre los que ni uno siquiera hubo que quisiera acompañarme, y habiendo convenido con ellos en que si no volvía yo para cierto día que señalamos volverían a hacerse a la vela, se reembarcaron en efecto sin dárselos el menor cuidado de mí, y yo me puse en camino con mi guía, que después de haberme hecho atravesar unos montes y desiertos inmensos, me puso en fin sobre la orilla del río, a seis millas de distancia del paraje donde se precipita esta soberbia catarata. Me entré en un esquife y anduve alegremente sobre las ondas espumosas para admirar este objeto prodigioso por todos sus puntos de vista. ¡Qué espectáculo tan encantador para un observador de cataratas! Después de haberse deleitado mis ojos viendo un millón de arcos en el cielo, cuyos colores variaban a proporción de que mudaba yo de puesto (meteoro acuoso ocasionado por las gotas de

---

<sup>25</sup> En 1703 Armand Louis de Delon-darce, Barón de la Hontan, publica su obra *Nouveaux voyages de M. le baron de Lahontan dans l'Amerique Septentrionale* (La Haya), en la que este viajero francés narra sus aventuras por el territorio que en aquellas fechas aún pertenecía a los irokese. En su obra se mezcla realidad y ficción, si bien en Europa no se percibía ese matiz y su relato será recibido como verídico. Por su parte, Pierre François Xavier de Charveloix, jesuita de origen francés, publica en 1744 en París su *Histoire de la Nouvelle France*, donde igualmente refiere sus viajes de exploración por el territorio de los Grandes Lagos. No podemos olvidar que uno de esos Lagos es conocido como Lago Lahontan, mientras que una de las principales zonas montañosas del actual Québec recibe el nombre de Charveloix.

agua repartidas por el aire que separa los colores de la luz), y después de haberme estremecido con un gusto delicioso por el ruido que hacen al caer las aguas estrelladas contra los peñascos y por el placer de ver los saltos peligrosos que daban unos peces disformes, me acerqué bastante a la catarata para poder medir su anchura, que encontré de setecientos cuarenta y dos toesas, tres pies y nueve pulgadas, y su altura de trescientos cuarenta y cuatro pies, siete pulgadas y ocho líneas<sup>26</sup>, de donde inferí que el Barón de la Hontan había tomado sus dimensiones desde mucha distancia, y que el Padre Charveloix no la había visto sino de perfil.

Me marché después sobre la cima de la montaña para considerar a mis solas el motivo del indecible placer que acababa de disfrutar. Antes de llegar a lo alto tuve que atravesar tres montañas escarpadas por entre una niebla muy espesa, pero transparente, que se extiende dos leguas a la redonda y se comunica con las nubes. A pesar de las fatigas que había sufrido me propuse el calcular con la última exactitud la cantidad de pies cúbicos de agua que derrama este torrente impetuoso en el espacio de un siglo, aun suponiendo su marcha uniforme, su movimiento, su fuerza, su rapidez, las resistencias, y todas las demás zarandajas que hacen notable una observación.

Absorto ya en los profundos cálculos y con mi cabeza repleta de proyectos físico-metafísico-quiméricos, tocaba yo el término de mi operación cuando de repente me distrajo un susurro confuso de voces que creí bastante cerca de mí. Júzguese de mi sorpresa, sabiendo que estaba en un paraje donde me creía absolutamente solo: estuve casi tentado por creer que pues algunos viajeros habían visto peces volantes, podía muy bien suceder que me hallase en una república de peces locuaces. Sobrecogido por esta idea maravillosa, me adelanté a toda prisa hacia el sitio de donde salían los sonidos; pero, ¡cuánta fue mi admiración al encontrarme allí con un bajel de estructura singular, cuyo fondo movable podía recibir alternativamente una forma convexa o cóncava! El maderaje era de corcho, el árbol de navío de caña, las velas de un tejido muy tupido y superior por su finura a nuestras mejores telas, y todo el cordaje de estos hilos llamados cabellos de ángel: el equipaje tenía por remos unos abanicos enormes y por áncora<sup>27</sup> una especie de escarabajo con una cola tan larga como la de un cometa de la sexta clase<sup>28</sup>, llena de innumerables vejigas<sup>29</sup>.

Una infinita multitud de personas, las más del bello sexo, se estaban embarcando con mucha alegría para el país que suple algunas veces benignamente a la falta del sol sobre la Tierra, y que, en lenguaje astronómico y común, se llama la Luna. Seguí con presteza la tropa festiva, y apenas entré en el navío cuando el piloto, favorecido de una niebla espesa por donde flotaba el buque, levó el áncora y se hizo a la vela.

Fue tan dichosa la navegación (gracias a un vientecillo de tierra que soplaba verticalmente), que habiendo pasado las tempestades que se forman en la región media, nos hallamos en tres segundos y siete tercios, en los confines de la atmósfera. Allí los pasajeros físicos, después de haber calculado por sus diferentes cómputos, decidieron magistralmente que habíamos ya hecho dieciocho leguas de veinticinco al grado. Atravesamos además cerca de doscientas de aurora boreal, después de lo que, habiendo mandado nuestro jefe dejar toda maniobra, superflua en lo sucesivo y muy expuesta en

---

<sup>26</sup> Las medidas que establece el Filósofo para la catarata son de 4, 939 metros de ancho por 96,497 metros de altura.

<sup>27</sup> 'Áncora' y 'ancla' se usaban indistintamente.

<sup>28</sup> Si algo ha caracterizado siempre a los cometas ha sido su larga cola luminosa. El siglo XVIII fue verdaderamente prolífico para la astronomía, como demuestran los hallazgos de Tycho Brahe o de Edmund Halley. Todos los conocimientos sobre el universo de la época se podían encontrar en *Astronomie* de J.F. Lalande (París: 1764).

<sup>29</sup> Este término no se incorporó al *Diccionario* de la RAE hasta 1817. Se refiere a cualquier bolsa o ampolla levantada sobre un plano.

el punto del pasaje del lleno en el vacío, nuestro bajel agitado por muchos vaivenes bastante violentos, ocasionados por el choque tenaz y perpetuo entre la fuerza centrípeta y la centrífuga, padecía un movimiento oscilatorio que daba mucho cuidado al piloto. Cuando en fin a fuerza de virar y revirar, un golpe de timón dado transversalmente, habiéndonos hecho escapar por un feliz tangente, nos sentimos arrastrados por una fuerza invencible en razón directa de la masa e inversa del cuadrado de la distancia, fuerza tan real como desconocida que, aumentándose, estuvo para estrellarnos. Pero la habilidad del Piloto, intrépido calculador del infinito, habiéndonos hecho atravesar a fuerza de *X*. y de *Y*. la región hiperbórea, esquivar el Cárpatos y doblar el Tauro, llegamos en fin a la Palestina y echamos áncoras al pie del Sinaí.

Encantado yo de alegría por verme en un país que con tanta ansia había deseado conocer de diferente modo que por mi telescopio y por los extravíos de mi imaginación, me arrebaté de gozo considerando los descubrimientos maravillosos que iba a hacer allí para enriquecer con ellos nuestro globo a mi vuelta y representar en mi patria un papel tanto más importante como que podría decidir abiertamente sobre lo que había *visto con mis propios ojos, tocado con mis propias manos, oído con mis propias orejas y observado con mi propio juicio.*

Pero, ¡ay de mí! Cuánta distancia hay de la imaginación a la verdad. No podría explicar mi confusión y sentimientos cuando después de haber recorrido diferentes climas, frecuentado las cortes, visitado los sabios, los filósofos, los anticuarios y los controversistas, llegué a conocer que había emprendido un viaje inútil: que la Luna como satélite de la Tierra a la cual está sometida por las leyes de la gravitación y tal vez por el aspecto convexo de su figura, tenía necesariamente las mismas leyes, los mismos gustos, usos, costumbres, preocupaciones, en fin, que todo era allí lo mismo que en nuestra Tierra.

Su mapa-luni contenía un Mar Mediterráneo, un puente Euxino, un Peloponeso, una Sicilia, un Apenino, etc.

Las capitales de los diversos reinos que recorrí estaban inundadas de carrozas, y sus teatros parecían unas cárceles: allí había suntuosos edificios que consistían en moles inmensas, casas sobre los puentes, mercados infestados, estrechos y sin entradas, calles tortuosas, angostas y puercas, pocas fuentes, muchas modistas y cafeteros; los libreros y artistas en la mayor miseria; se habían hecho admirables descubrimientos, pero no se habían plantificado a causa de la preocupación y de la ignorancia.

Tan desesperado yo del mal éxito de mi empresa como un alquimista que ve frustrado su último experimento en la fabricación del oro, y atormentado por el deseo de volverme a la Tierra para ocultar en ella mi rubor y despecho, andaba errante por unos caminos desconocidos, hasta que en fin me hallé extraviado en un sombrío monte, agobiado de cansancio y próximo a caer en el fastidio de mi existencia...., cuando alcancé a ver a un viejo venerable cuyo aspecto me infundió respeto y admiración. Acerquéme a él con la confianza propia de los desgraciados; me recibió con bondad: --decidme (me dijo él), el motivo de la tristeza que se advierte en vuestro rostro; tal vez podré contribuir a vuestro alivio. Yo le satisfice. Y después de haberme oído con atención la relación de mi aventura: --también soy yo (me dijo él), extranjero como vos en estos parajes, aunque habitante de la Luna; pero del hemisferio opuesto a éste en que nos encontramos, país que no se ve desde la Tierra y al cuál llamamos nosotros *América*. Nuestro continente está separado de éste por unos mares inmensos cuyas costas, sembradas de peñascos escarpados e inaccesibles, cierran, digámoslo así, toda comunicación entre estos pueblos y los nuestros. Sin embargo, la industria y el valor triunfarían de estos obstáculos si no reinase entre ellos y nosotros una antipatía tradicional que no puedo atribuir más que a la diferencia de inclinaciones, gustos y

opiniones que nos han separado siempre después de tantos siglos; motivo bárbaro, pero poderoso, que en desprecio de la razón y del interés común perjudica a los progresos de los conocimientos humanos y separa en el mundo varias naciones respetables que no deberían formar más que una república de hermanos, así como se ve en vuestro mundo entre los Españoles y Portugueses, los Franceses y los Ingleses, los Austriacos y los Prusianos, los Tomistas y los Suaristas<sup>30</sup>, las Mojigatas y las Bonitas, etc., etc.

--¿Pues cómo (le dije yo lleno de admiración), cuando regularmente jamás habréis salido vos mismo de la Luna, estáis tan informado de lo que pasa en la Tierra? --Algún día os lo diré, hijo mío (me respondió él), antes voy a instruiros del motivo de mi venida a este hemisferio y de los medios de que me he valido para poder entrar en él. He empleado toda mi vida en el estudio de la Filosofía, de la Moral y de las Ciencias. Nada vanaglorioso por el grado de perfección que ellas logran entre nosotros, el deseo de aumentar mis luces, junto con el honor de la verdad que guía a los verdaderos filósofos, me hizo esperar que podría yo adquirir algunos conocimientos útiles en este país con el que teníamos en otro tiempo bastante comunicación y acerca del cuál no nos queda en el día más que una tradición deforme; pero como la naturaleza parece que ha prohibido todo comercio entre los dos continentes por la superficie de la Luna, me he buscado una senda por el centro para arribar a nuestros antípodas; y habiéndome provisto de pieles de salamandra y de sábanas de Amianto, dadas de un barniz impenetrable al fuego, atravesé atrevidamente el corazón de nuestro globo, donde el fuego central tiene un calor capaz de consumir cualquiera otro cuerpo, y llegué sin accidente particular a este hemisferio. He recorrido en él infructuosamente, como también os ha sucedido a vos mismo, todas sus regiones: me vuelvo muy afligido de no haber podido encontrar en ellas, por lo común, más que unos espíritus falsos, una metafísica capciosa, una jurisprudencia insuficiente, una física supersticiosa, una geografía limitada, el método de estudios muy largo, las artes imperfectas, las ciencias en la cuna, sistemas, incertidumbres, vanidad, miseria y preocupación por todas partes.

En la sociedad no he encontrado más que autores que escriben por ostentación, filósofos envueltos entre sistemas tenebrosos, moralistas laxos, cortesanos aduladores, protectores ignorantes, ricos crueles, pobres insolentes, etc. En fin, impaciente por volverme a mi patria, no llevo de estos tristes lugares más que la satisfacción de haber podido observar los astros que circulan por esta parte del cielo, que jamás había yo podido ver, y ya es esto algo para los progresos de nuestra astronomía.

Guiado no tanto por un motivo de curiosidad como por una fuerza secreta que me inclinaba hacia este venerable anciano, le rogué que me permitiese que le acompañara; él no se hizo instar mucho: --venid, hijo mío (me dijo abrazándome), venid a mi América; allí encontraréis un mundo digno de vuestra admiración: la curiosidad es una virtud cuando tiene por objeto el deseo de instruirse para ser útil a su patria.

Habiendo hecho los dos la provisión suficiente de vestidos para efectuar nuestro viaje sin riesgo, dejamos con gusto estos pueblos ignorantes. Nos arrojamos a un volcán profundo y fuimos llevados en pocos instantes por una línea recta (pues la Luna es una esfera perfecta), a las Antípodas, que el vulgo del país, que nosotros dejamos, ni aún se sospechaba que existiesen. En dos jornadas llegamos por unos caminos cubiertos de planchas de hierro, anchos, cómodos y con filas de árboles útiles, a *Selenópolis*, capital del imperio de los *Selenitas*, donde tenía su residencia el sabio *Arzames*. Antes de hacerme ver en lo topográfico las maravillas de esta Ciudad encantadora, quiso enterarme sin pérdida de tiempo del carácter de sus dichosos habitantes. Y después de

---

<sup>30</sup> Tanto el *tomismo*, que toma su nombre de Tomás de Aquino, como el *suarismo*, es decir, los discípulos de Francisco Suárez, son corrientes del pensamiento escolástico que centran sus polémicas principalmente en la distinción real o no de la esencia.

habernos procurado algún descanso, empezó a tenerme continuas conferencias, cuyo contenido referiré en los capítulos siguientes.

## CAPÍTULO PRIMERO

### *Educación de los Selenitas.*

--La educación de la juventud (me dijo Arzames), siendo el objeto más importante de la Legislación, pues que influye sobre las acciones de la vida, y pues que es el origen de la felicidad o de la desventura en particular y de la sociedad en general: el príncipe, ocupado como padre de familias, de la felicidad de sus pueblos, no ha omitido diligencia alguna para que los niños recibiesen una buena educación y que mamaran con la leche los principios dirigidos a formar buenos, fieles y útiles vasallos.

Según nuestro plan, se cría con dureza a los niños desde la cuna, tiempo en que la naturaleza se fuerza a toda suerte de impresiones; se les pone desnudos al ardor del sol y al rigor de las estaciones, y se les mete con frecuencia en baños fríos.

Acostumbrado así el cuerpo desde la más tierna infancia, se halla ya después exento de mil males a que le sujeta la delicadeza; mientras que unos usos contrarios para libertar a las criaturas de estas incomodidades, hacen que no puedan sobrellevar la menor de ellas en una edad más adelantada.

Así se les trata hasta la edad de los tres años en que se empieza a vestirles a la ligera y sin ligaduras<sup>31</sup>.

El cuerpo se acostumbra por necesidad a los ejercicios más trabajosos y a las fatigas más penosas. La frugalidad aumenta las fuerzas y la templanza las alimenta. El preparar con tiempo a la juventud para el sufrimiento de todos los molestos accidentes del clima es disminuir a éste su fuerza cuando aquélla tiene que experimentarlos: es lo mismo que preservarla ya de las impresiones funestas que causan los elementos sobre las constituciones débiles y salvarla de mil accidentes a que está sometido el cuerpo, más por la delicadeza de la educación que del temperamento.

La naturaleza ha formado todos los seres de modo que puedan vivir en el fluido que los rodea; ¿no es pues una necedad el sacarlos de él por ciertas preocupaciones cuya necesidad puede evitarse? La medicina, ciencia más charlatana que convincente cuyos principios son vagos, el paso incierto y el método equívoco, ciencia más capaz de formar las enfermedades que de curarlas, está demás para unos cuerpos endurecidos y acostumbrados, con tiempo, a despreciar sus remedios o a saber vivir sin ellos.

Apenas los niños empiezan a articular algunos sonidos, no se deja estar junto a ellos más que algunas personas que sepan hablar con pureza el idioma de su país.

Hasta la edad de cinco años en que entran en las aulas, aprenden a leer y escribir solamente, y la educación doméstica consiste en inspirarles sentimientos de afabilidad, de modestia, de docilidad, de sinceridad y de respeto para con sus padres y mayores. La obediencia es una obligación y el respeto un homenaje para con los autores de nuestro nacimiento, del cual recogeremos nosotros mismos algún día los frutos. Uno y otro son muy conformes al orden de la naturaleza; los primeros Reyes tomaron por modelo de su gobierno el poder paternal. ¿Cuánto debemos a nuestros padres y madres por los cuidados que nos han prestado en el tiempo de nuestra infancia y de nuestra educación, por las comodidades de que ellos se privaron para procurarnos las nuestras, por sus trabajos para adquirirnos una situación dichosa y por su paciencia en sufrir nuestros

---

<sup>31</sup> N. del A. Es una observación cierta la de que en los países donde no se usa de envolturas ni se les faja, son los hombres mejor formados, más robustos y menos sujetos a estas deformidades tan comunes en nuestra España.

defectos? La gratitud es un tributo muy débil para tales beneficios: el amor y el respeto son los únicos con que puede corresponderse. Nada está demás cuando se trata de imprimir con tiempo estos sentimientos en el corazón de los niños: ellos contribuyen a la felicidad de toda su vida. Nadie puede ser un buen ciudadano sin haber sido antes hijo tierno y respetuoso.

No se dan aquí (en Selenópolis), a los niños, muñecas: se han reemplazado estos juguetes con figuras de geometría capaces de excitar su curiosidad y que los acostumbran maquinalmente a raciocinar, aun antes de la edad que llamamos de la razón, que no despierta por lo común tan tarde sino porque se retarda su nacimiento por vicio de la educación. Entretenerlos con purchinelas<sup>32</sup> sería prolongar su infancia en lugar de avivar en ellos el uso del juicio.

Como se necesitan mayores esfuerzos para destruir una preocupación que para libertarse de ella, y como vale más dirigir el hábito que esperar la corrección de los defectos del trabajo de la razón, que se estrella fácilmente contra el escollo de las pasiones, lejos de inspirar a los niños esos miedos, esos terrores pánicos de duendes, fantasmas, aparecidos, etc., que se borran muy difícilmente de la memoria porque el alma, conmovida por lo extraordinario, conserva siempre su impresión, no se les habla de esto más que como unas cosas quiméricas, para hacerles comprender su extravagancia y su ilusión. Al contrario no se les entretiene más que con realidades, no se les habla más que de la razón, y sus mismos juguetes contienen ya las instrucciones: se les divierte con rasgos clásicos que se les explican después, para separarlos así con tiempo de las impresiones peligrosas que dejan en su espíritu las ideas frívolas de los encantos, apariciones, etc. Si se fija su atención sobre varias cosas prodigiosas es únicamente para enseñarles que el mecanismo de los fenómenos está en la naturaleza, y lo maravilloso en la tulería y el misterio que hacen de ello los charlatanes. Los niños llegan a ser filósofos, digámoslo así, en la edad en que la muñeca es regularmente el objeto de su ocupación.

Se procura hacerles ver la bajeza y desprecio de los juegos de manos, divertimentos viles para las personas bien nacidas y cuyas consecuencias son algunas veces tan funestas.

Se acostumbra a los niños al uso de las dos manos, arbitrio utilísimo cuando por algún accidente no puede una persona ejercer las funciones de la mano derecha: el querer emplear ésta con preferencia es una preocupación pueril; la naturaleza no tiene derecha ni izquierda.

Siendo los Selenitas de la opinión de que la educación pública debe preferirse a la doméstica, después de que ésta ha hecho venir con anticipación la edad de la razón, los niños entran a los cinco años en los Gimnasios públicos para empezar sus estudios, que también hay separados para las niñas.

Las escuelas, que por lo común son en todas partes unos sitios perjudiciales a la salud por el mal aire que en ellos se respira al cabo de una hora que allí se está, son unas salas muy espaciosas donde se renueva el aire continuamente.

Presiden estos Liceos unos sabios encargados de enseñar a la juventud con sus discursos, con sus escritos y sus ejemplos. Los filósofos más célebres fundan su gloria en contribuir gratis a la instrucción pública, mirando como un tráfico indigno de la virtud el sacar su sabiduría a pública subasta y el extraer un tributo de sus luces, cuyo uso pertenece a la patria.

A excepción de en la clase de los artistas, con quienes se trabaja principalmente para formar sus costumbres, para extender hacia un cierto punto las luces naturales, para

---

<sup>32</sup> El diccionario recoge este vocablo en la forma 'pulchinela'. No son otra cosa que una suerte de muñecos de trapo con los se entretenían los niños.

inspirarles amor y fidelidad para con los Soberanos, consideración para con los grandes, compasión para con los infelices, amor a la patria y gusto hacia el oficio mismo de sus padres, la educación es una misma para con todos los demás, libres en escogerse después un estado conforme a su inclinación o a sus talentos, que se procura desenvolver, pero sin forzarlos.

Después de los principios de la Religión y de las obligaciones que ella impone de un modo tan suave para con el Estado, la sociedad y para consigo mismo, el estudio de la Lógica y de la Moral es la base de todas las instrucciones. Aquí creen que se necesita ante todas cosas aprender a formar sus costumbres para poder ser buen ciudadano, pensar con rectitud y raciocinar con solidez, para granjearse la estimación y la confianza de sus compatriotas y hablar con pureza su lengua natural para amenizar y hacer agradables las conversaciones. Se enseña después a calcular y medir con exactitud; vienen luego la explicación de la esfera celeste y la física experimental, que, extendiendo la vista espiritual, pone límites a la curiosidad. En fin, los jóvenes toman también una ligera tintura de la historia, de la geografía y de la historia natural. En los ratos de recreo se da al espíritu la libertad de distraerse por medio de algunas sutilezas metafísicas, demostraciones algebraicas, experiencias eléctricas, y del estudio de las lenguas extranjeras.

En lugar de sacrificar, como se hacía antiguamente, un tiempo considerable (el más precioso de la vida), en aprender algunas lenguas muertas u otras cosas que la razón o el juicio mejor formados ya ponen en la necesidad de olvidarlas, los jóvenes, por un método de estudio muy contrario, se hallan en la edad de los diez años instruidos en todo cuanto puede serles útil en el curso de la vida, cualquiera que sea el estado que escojan. Se emplean después dos años en darles una idea de las leyes, de la política, del diseño, de la música y de las artes en general.

Por último, se destinan otros dos años a los ejercicios propios para formar el cuerpo, aumentar su fuerza y darle agilidad, como en la danza, las armas y la gimnástica. Así, a los catorce años abraza cada cual su estado según su gusto, su inclinación o su talentos (pues la ociosidad se mira como un vicio y un desprecio de las obligaciones de la sociedad), elección casi siempre dichosa, porque está determinada por este instinto natural, guía más segura que la razón misma.

Aunque el fin principal del Gobierno sea el formar buenos y útiles ciudadanos, tampoco se descuida en inspirar a la juventud el arte de agradar sin bajeza y sin lisonja, cuidado tan necesario para realzar los encantos de la vida civil.

Hasta ahora extrañarás (dijo Arzames a nuestro filósofo), que no te haya hablado de la educación correspondiente a las mujeres. Verdad es que con pocas palabras llegaré a enterarte de la diferencia que hay aquí entre la de ellas y la que has oído que se da a los hombres, pero aun así, creyéndote fatigado remito a la conversación siguiente la conclusión de este artículo.

## CAPÍTULO II.

*Continuación sobre la educación de los Selenitas. Arzames habla así a nuestro viajero sin preámbulo ni otra introducción más que dirigirle la palabra.*

Con muy corta diferencia relativa a la constitución y a las funciones propias de cada sexo en particular, la educación de nuestras mujeres es la misma que la de los hombres. Llegamos a conocer el abuso de la ignorancia con que se criaban antes las niñas sobre ciertas materias cuya propiedad y ejercicio son comunes a toda la humanidad. Se ha visto por experiencia que comunicándolas las luces de que una falsa y miserable preocupación las había privado, la carrera de las ciencias y de las artes se ha extendido, y que la sociedad gana mucho en ello, sin que pierda nada la economía doméstica, ramo perteneciente a esta bella mitad del mundo. Puede asegurarse con verdad que ellas reciben hoy una educación que tiene el medio entre la de las Sultanas y la de las Amazonas; así, se vio prontamente que no consistiendo la distinción de los dos sexos más que en la diversidad de los cuidados y de los trabajos, a proporción de la fuerza y de la delicadeza, muchas mujeres, a las cuales por una envidia baja y una ingrata política se había excluido de los Tribunales y de las Academias (donde sin embargo presidían varias veces en secreto<sup>33</sup>), tomarían en ellos en lo sucesivo su asiento, como hacen hoy ya a cara descubierta para su mayor honor y el glorioso adorno de ellos.

Una buena educación es el origen de todas las buenas costumbres, así como la descuidada es el germen de todos los vicios. En un buen natural (y hay más de estos que los que los Anales Clínicos<sup>34</sup> publican), ella fructifica felizmente; cuando menos, reprime las inclinaciones viciosas y, si no logra triunfar de ellas absolutamente, a lo menos contiene sus funestos efectos. Todos los hombres tienen en el corazón un principio de justicia que preserva al estado civil de la mayor parte de las violencias a que está expuesto el género humano. Para convencerse de que el hombre es meno malo que desgraciado y de que sus inclinaciones tienen casi siempre su raíz en la buena o mala educación, basta considerar que los estados están poblados de corazones justos y virtuosos; que en la compañía y con el trato de las buenas gentes se llega a serlo; que los soldados más disolutos no necesitan más que pasar a otros cuerpos mejor disciplinados para coger al punto su espíritu y las máximas; que cuando las pasiones llegan a amortiguarse, el corazón se corrige prontamente de sus extravíos; que nunca el vicio disfruta de una verdadera paz, y que aun la maldad más extremada jamás se ve exenta de remordimientos.

También hemos llegado a conocer (continuó Arzames), la injusticia y los riesgos que hay en encerrar a los jóvenes en las casas de corrección por algunos defectos ocasionados por las malas compañías, o por perniciosos ejemplos, tomados casi siempre en el interior de sus propias casas. Los jóvenes, susceptibles de toda suerte de

---

<sup>33</sup> En el siglo de las luces la presencia de las mujeres como miembros de las Sociedades de Amigos del País y de las Academias estaba aceptada. Buenos ejemplos de ello serán María Francisca de Sales, condesa de Montijo, Gertrudis de Hore o María Rosa Gálvez. Un caso aparte lo constituirá Josefa de Zúñiga y Castro, marquesa de Sarriá, bajo cuya presidencia floreció en Madrid entre 1749 y 1751 la Academia del Buen Gusto.

<sup>34</sup> ‘Cínicos’ en el original.

impresiones, son por su desgracia y frecuentemente víctimas de los modelos corrompidos que tienen allí presentes. Se pone inconsideradamente una mancha indeleble a su reputación cuando se castigan con demasiada severidad sus extravíos como unos delitos declarados; y la naturaleza de este castigo no produce por lo común otro efecto que el de quitarles en esos encierros la poca inocencia que allí llevaron.

Para facilitar el adelantamiento y los progresos de los estudios, hemos dado arbitrio no de aumentar la memoria (pues todos los racionales nacen con una porción suficiente de esta facultad, que no necesita más que de su ejercicio para extender sus propiedades, y de orden para recoger su fruto), sino de precaver su disminución que provienen de un uso desarreglado de las lecturas, como también de las ocupaciones de una vida agitada. Hemos reducido a principios el modo de conservarla, arreglando metódicamente en el cerebro lo que debe quedarse en él. Los materiales no pueden unirse allí, ni adquirir alguna solidez, si el juicio y la reflexión no los disponen de modo que un estudio no perjudique al otro. Para esto se necesita trastornar el orden que se ve en las plantas y darse prisa a recoger los frutos antes de adornarse con las flores.

También nos ha salido muy bien el acostumbrar a los niños a meditar, en lugar de estudiar en voz alta, porque llegamos a notar que cuando se pronuncian recio las palabras no se retienen sino los sonidos, que un torrente de ideas se lleva continuamente. En el silencio, la atención desenvuelve los pensamientos que a los principios parecían oscuros, y que enredados entre los sonidos se hubieran quedado siempre tales en la imaginación. Se coge mejor lo que se lee que lo que se oye leer. La concatenación de los racionios no se interrumpe por las distracciones y así quedan siempre unas impresiones más vivas y permanentes.

La necesidad de saber bien la lengua propia es de mucha importancia en todos los estados de la vida. El abuso de un término oscurece una idea. De la oscuridad de las ideas provienen muchos males para el corazón y para el entendimiento. ¿Cuántas guerras crueles, cuántos pleitos ruidosos y enemistades particulares han tenido su origen en un término ambiguo o en una expresión equívoca, interpretada de diferente modo en las leyes, en los tratados, en los testamentos y en los contratos?

Uno de los principales objetos de la educación es la instrucción de la lengua nativa. Ella es muy necesaria en todas las circunstancias de la vida, siendo así que el uso de las lenguas muertas u extranjeras es muy raro; suple también ella la falta de unas y otras, desde que se han hecho tantas y excelentes traducciones de casi todo lo que los antiguos y las naciones más instruidas han escrito.

Más cuidadosos que los de vuestra tierra en precaver los inconvenientes que pueden nacer de la ignorancia de la lengua materna, criamos desde la cuna (como te dije anteriormente), los niños de modo que puedan hablar con pureza. Con tanta facilidad aprenden un término bueno como uno malo. Apenas los vemos en estado de formar sentido, cuando no se les permiten las frases pesadas ni ninguna expresión viciosa, así es que no se oyen entre nosotros las palabras vacías de sentido que se repiten continuamente en vuestras conversaciones, ni aquellos términos bajos y corrompidos que usan entre vosotros aun las personas bien nacidas.

--Me admira vmd. seguramente (le dije a Arzames con una especie de vehemencia). Las personas de buen nacimiento en mi tierra hablan elegantísimamente; si aun las señoras mismas, sin estudio alguno, dan la ley a los escritores y aun a los poetas.

--Sea en hora buena (respondió fríamente Arzames), pero por eso no deja de ser vuestra opinión una preocupación. Ese es el efecto de la poca atención que ponéis allá, tanto cuando oís hablar, como cuando habláis. Sí, es el efecto de distracción habitual con que se entiende lo que se quiere decir, en lugar de lo que se dice; en fin de que no os

tomáis el trabajo de estudiar vuestra lengua que creéis poseer porque se la habla maquinalmente, tal cual en el recinto de las paredes que os han visto nacer, donde hay alguna universidad y una dosis muy suficiente de vanidad en todos. Pero desengañaos, querido mío, el conocimiento de las frases, de las delicadezas y de la verdadera significación de las palabras de la propia lengua, no se adquiere con la sola comunicación o con la lectura rápida de las novelas, sino con un estudio profundo, con el ejercicio y con una continua observación sobre sí mismo. Te lo repito, porque lo sé de cierto, que aun en la capital misma de tu nación, exceptuando la parte principal de las personas de la Corte y algunos literatos a quienes el estudio preservó del contagio, nadie más hay, sea quien quiera, cuyo estilo familiar carezca de términos corrompidos, de frases triviales y de expresiones defectuosas que echan a perder un discurso. Pon cuidado en la mayor parte de las conversaciones y te convencerás fácilmente de que si se quitaran las palabras, tan repetidas como inútiles a la trabazón del discurso, quedaría en él poquísimo de esencial. Observa atentamente esos frecuentes, *dice...* que dan náuseas; esas clavijas que aprietan a las frases sin necesidad: *positivamente...*, *yo le aseguro a vmd...*, *por último, sr. mío...*, *¿tengo razón o no?...*, *como pongo por caso...*, *¿me entiende vmd.?*, etc., etc.; ese término tan impropio y molesto de *esto*, o *cosa*, para reemplazar a los nombres que la irreflexión, la viveza o la distracción no dejan presentarse al pensamiento: *Déme vmd. esa cosa...*, *yo he sabido la cosa esta de...*, etc. Término bajo, casi siempre ridículo y por lo común indecente, que lo significa todo si se quiere, pero que no exprime cosa alguna.

No hablo aquí de esos errores de costumbre, cuyo examen hace conocer el defecto, y de los cuales debería expurgarse la lengua, como el decir: *atar las manos detrás de la espalda*, siendo así que atadas al lado opuesto no podría decirse detrás del pecho, detrás del estómago; *a caballo sobre una mula, sobre un asno...*, *la mayor parte de los hombres son inconstantes*, cuando con rigor debe decirse *es inconstante...*, *yo lo he visto con mis propios ojos*, como si físicamente hablando pudiera verse con los ajenos; *una alma bien nacida*. Nada digo de infinitos absurdos que el uso, tirano de las lenguas, ha autorizado, y que empleados en los escritos por buenos autores, deben ser recibidos y aun respetados a pesar de los gritos de la razón.

Sin duda querrás (añadió Arzames al concluir sus observaciones), que te cite yo los defectos particulares que he oído frecuentemente en el estilo familiar y en la conversación de las personas que creéis vosotros que pueden enseñaros a hablar bien; así lo haré en una de nuestras conferencias siguientes.

## CAPÍTULO III

### *Estado de la Literatura en la nación Selenita.*

Sobre el principio incontestable de que la dificultad no añade ningún mérito a una obra (como no sea en las recopilaciones e investigaciones laboriosas sobre la historia, la antigüedad, la cronología, etc., donde el ingenio contribuye muy poco), las disputas y las guerras suscitadas entre la rima y la razón se habían finalizado naturalmente a favor de la última, que no escribía más que en prosa, estilo natural del buen juicio. La rima, igualmente que los duelos<sup>35</sup>, debió su origen a la barbarie. Un siglo ilustrado debió desterrarla del imperio de las letras. Nuestros Selenitas no la empleaban más que en los principios de algunas ciencias escritos para el uso de la juventud, a fin de que se les quedasen en la memoria con más facilidad.

Se miraba como perdida la preciosa parte del tiempo que se gasta vanamente en romperse los sesos para encontrar y acoplar dos consonantes con la mira de hacer más brillantes los pensamientos que no deben satisfacer más que al talento, al corazón y la razón, y que no conducen comúnmente sino a alterar o desfigurar lo moral, el juicio y la verdad. Por otra parte, la inversión en el discurso que produce en parte el mérito del lenguaje poético, parecía tan opuesto a su verdadera construcción como se hallaría extraño un edificio en que los sótanos se pusiesen sobre el techo y los graneros en los cimientos, o como una nave cuyos remos se colocasen sobre la gavia y las velas en el fondo de la bodega. ¿Y qué desorden no deberá resultar del trastorno de las palabras, sabiendo que hay tales versos latinos o italianos de seis palabras que pueden trastornarse de mil maneras<sup>36</sup>?

El espíritu filosófico, que no admite sino lo que está marcado con el sello de la claridad y de la verdad, había sacudido el último golpe a la rima, que no es más que un juego seductor y un abuso del ingenio. No siendo el verso en sí mismo más que un adorno del pensamiento y no un arte de hablar mejor, no puede él ser de ningún modo el lenguaje de la naturaleza: un cualquiera se explica algunas veces muy bien sin estudio y un poeta raciocina mal con bastante frecuencia, a pesar de un penoso trabajo; a favor del brillante barniz de la rima pasan muchas cosas malas, así como suelen debilitarse las buenas.

La precisión de sujetar un pensamiento verdadero y exacto produciendo este inconveniente, la necesidad de trastornarle<sup>37</sup>, de refundirle y de sacarle de la sencillez y de la verdad que constituyen su carácter, causa indispensablemente que la versificación mejor y más brillante esté en los mejores autores llena de equívocos, de faltas de elocución, de sentido y de construcción, porque atormentado el juicio y atado el ingenio, no conciben más que fetos defectuosos y monstruos. Un análisis bien hecho de

---

<sup>35</sup> Durante todo el siglo XIX continuarán realizándose duelos, frecuentes durante el período de influencia del romanticismo, aunque la modernidad introduce los duelos a primera sangre como medida para salvaguardar el honor y la vida a un tiempo. Será a finales del citado siglo cuando a la prohibición de batirse en duelo se una el auge del uso de las armas para disciplinas deportivas cuando definitivamente sucumbirán esos encuentros al amanecer.

<sup>36</sup> El más claro ejemplo de este tipo de versos lo ofrece el *Poema XXV* de Porfirio Optaciano, que comienza *Ardua componit felices carmina Musae*. Se trata de una poema en el que a partir de la primera cuarteta, mediante un medido juego combinatorio, cambia el orden de las palabras para así construir nuevas cuartetos, hasta conseguir un total de 72 versos empleando siempre las mismas palabras.

<sup>37</sup> N. del A. *Aut qui non verba rebus aptant, sed res extrinsecus arcessunt, quibus verba conveniant.* (Quintil, lib. 8. cap. 3). *Institutiones oratorias*.

las obras de los poetas más célebres ha demostrado esta verdad, desengañado el oído y disipado el encanto seductor del consonante.

A los principios, el destierro de la rima había exaltado la vanidad de algunos jóvenes que se creen favorecidos por el cielo de este don superior que se llama entusiasmo poético, fuego divino, etc.; pero ellos llegaron a conocer prontamente los perjuicios de un uso dañoso a los progresos de la razón y como es más juicioso el alimentar el entendimiento con cosas que el oído con sonsonetes<sup>38</sup>. Así, se vieron brotar prontamente algunas obras admirables en todo género, en las cuales la concisión, la limpieza, la medida, la verdad y la energía encantaban seguramente; y en lugar de atormentarse neciamente para poner a Telémaco, al Avaro y a Cenia en verso, hubiera valido más traducir en prosa la Araucana, la Raquel, Virginia, etc.

El versificar cualquiera pieza Dramática es una manía de las más raras. En efecto, ¿no es extraño que el poeta se tome el trabajo de rimar una pieza, cuando el grande arte del actor al representarla consiste en hacer desaparecer del verso el consonante y la medida?

Si los primeros libros se escribieron en verso, antes que se usase el escribir en prosa, como pretenden algunos, debió ser, sin duda, con la mira de ayudar a la memoria en el estudio de la Leyes, de la Filosofía, de la Teología, etc.; pero después que los elementos de las ciencias estuvieron establecidos, este método se hizo ya superfluo.

La Poesía es un don que reparte el cielo; la versificación es un arte puramente mecánica en el arreglo de las partes de una máquina cuyo inventor es el poeta. La disposición de las letras para formar con ellas palabras y de las palabras para juntar las frases, es la tarea del operario que no fabrica sino sobre los diseños del Arquitecto.

Así que la Poesía rimada no es más que un arreglo de palabras y casi siempre un desorden de cosas que cada poeta dispone a su modo.

El uno arregla el primer verso, que por la costumbre de juntar las palabras le vienen siempre con bastante facilidad, y busca después un pensamiento para juntar con él lo que debe seguirse.

El otro principia por el segundo verso y nada se le da de su unión con el primero, de modo que muchas veces no dice lo que quisiera y dice lo que no quisiera decir.

Otro acorta o alarga un sentido perfecto para finalizar su periodo, quita una palabra necesaria o inserta un epíteto inútil, y llega así a hacerse oscuro, o a decir en dos versos lo que hubiera dicho en uno solo.

La versificación rimada, por más que digan sus sectarios, no es propiamente hablando más que el arte de engastar los pensamientos, de hacer pasar por fino un pensamiento sencillo, uno común por nuevo, y de robar impunemente sin pasar por plagiarlo. Así, con el arte de hacer un verso se pueden hacer fácilmente mil epigramas sin haber concebido un solo pensamiento.

La violencia de la versificación apaga el fuego del entusiasmo: precisado a pararse mucho tiempo sobre el mismo pensamiento y a ejercitar allí su paciencia, el ingenio se marchita y se adormece. Si por casualidad al buscar un consonante se da con un buen pensamiento, por más delicado y sublime que sea, se le desecha a causa de no poderle hacer entrar en los límites del verso o por no poderle concordar con el cascabel del asonante. La Poesía rimada sería sin duda superior a la prosa poética si pudiese agradar a un mismo tiempo y con igualdad al entendimiento y al oído, pero se queda muy atrás porque no puede satisfacer al uno sin que sea a costa del otro. Para gustar de la prosa basta el tener sentimiento. Para que los versos agraden se necesita estar habituado a ellos. Luego la rima no es natural.

---

<sup>38</sup> N. del A. *Plus sonat quam valet.* (Senec. Ep. 40). *Epístolas morales a Lucilio.*

Reflexiónese sobre esto a sangre fría y se convencerá cualquiera de que los versos rimados no tienen ni aun un aire serio y que solamente la costumbre impide el conocer sus absurdos o su barbarie.

En la prosa, lo esencial es el fondo de las cosas; en el verso lo es el estilo. Se necesita pues más talento y pensamientos en la prosa que en el verso, donde la mediocridad se encubre con el barniz de la rima. El versificador, por lo común, no es más que un artista sin talento que procura, más que agradar, seducir: hace más por cegar con falsos brillos, que separan la atención del fondo ingrato de su obra, que por encantar.

El deseo de brillar en una carrera donde todos no pueden sobresalir, anima a los jóvenes, que se cansan prontamente en la carrera y se ruborizan de haberse fatigado sin haber hecho cosa alguna. Escribir en verso es gastar mucho tiempo en componer una obra que no puede agradar universalmente, pues que no pudiendo pasar a las naciones extranjeras más que por la traducción, pierde siempre mucho de su gracia, de su energía y de su colorido, cuando el prosista se pasa allá tal vez con todas sus gracias.

Tampoco es muy común el que la Poesía se acompañe con la razón; ésta se somete con demasía al ingenio<sup>39</sup> y no consiste en la cadencia de sonidos repetidos: un buen pensamiento no es más gustoso porque esté rimado y, por lo común, como se presenta es afectado, forzado, ridículo u oscuro. No hay duda que parece uno más alto sobre zancos, pero ¿se creará andar con más seguridad?

El vencimiento de la dificultad es el mérito aparente de la Poesía rimada: los anagramas, los acrósticos, los pies, tienen la misma utilidad, pero la victoria cuesta mucho regularmente y nunca es completa.

La Poesía es para el alma, la versificación para la oreja.

Los abusos de la Poesía son infinitos. La hemos visto sembrar la superstición sobre la tierra y plantificar al crimen en el cielo.

Un epigrama ha manchado muchas veces la reputación de personas muy honradas y costado la vida o la estimación pública a varios autores.

Llegaron por último a conocer aquí, a pesar de la preocupación general, que, lejos de que se debiese a los poetas la perfección de las lenguas, ellos, por el contrario, las habían mutilado a fuerza de disecarlas y que somos deudores de sus progresos a los buenos escritores en prosa.

Como deseo que puedas hacer tus observaciones acerca del estado actual de esta nación corroborándolas con una juiciosa reflexión, la cual necesita que el hombre en la soledad se entregue a sí mismo, me parece conveniente que interrumpamos aquí nuestra conversación, que continuaremos después hasta que te enteres del estado de nuestra literatura. Yo volverá a buscarte a este efecto. Hasta después (dijo Arzames), y al punto desapareció.

---

<sup>39</sup> N. de A. *Scribendi recti, sapere est et principium et fons.* (Horat. *Art. poet.* v. 309).

## CAPÍTULO IV

### *Prosigue el Diálogo entre Arzames y el Filósofo Europeo sobre el estado de la Literatura en Selenópolis.*

Siendo la crítica (dijo Arzames), más dañosa que útil para los progresos de la Literatura cuando no se contiene en los límites de la razón y de la equidad, se estableció aquí un tribunal del gusto compuesto de personas sabias y prudentes que tenían la jurisdicción para sentenciar, sin lugar a apelación, sobre todas las disputas literarias.

Las obras se examinaban en él con todo cuidado antes de permitirles la impresión. No bastaba para esto que no contuviesen cosa alguna contraria a la Religión, a las buenas costumbres, o al gobierno, sino que se necesitaba además que se las juzgase buenas y que contuvieran algunas ideas nuevas y útiles; de otro modo no se las daba el pase. Si la producción era puramente de recreo, estando escrita con un estilo vivo, ingenioso, conciso y brillante, decretaba el tribunal que era propia *para desahogar el espíritu por un rato*.

Para sofocar las consecuencias de las disputas literarias, que degeneraran por lo común en indecencias y en invectivas poco honrosas a los Literatos, los Litigantes estaban obligados antes de entrar en la lid a establecer claramente la cuestión que se disputaba en la Academia. Sola esta precaución cortaba ya la mayor parte de las disputas en su nacimiento. Cuando dos quieren entenderse, no tardan en ponerse de acuerdo. En las disertaciones físicas sobre los fenómenos había igualmente la obligación de probar los hechos antes de someterlos a la discusión. Así, se ahorra por lo común la necesidad de buscar como Demócrito<sup>40</sup> la causa de lo que no es. El proceder de diferente modo es lo mismo que componer remedios para enfermedades imaginarias o que establecer leyes para reformar abusos que no existen.

Se dejaba así a cada uno la libertad de dar definiciones de los seres metafísicos según su gusto; esta suerte de obras servían de recreación. Por ejemplo, *se habían dado dos mil definiciones de espíritu, todas diferentes y todas justas*.

Sin embargo, se dejaba abierto el campo a la crítica; pero los maestrillos de este arte eran unos objetos más despreciables que aquellos seres indefinibles que siembran el fastidio y el disgusto en la sociedad. Por lo tocante a los plagiarios, ladrones de la literatura, se les trataba como a corsarios.

Los diaristas y los críticos de profesión sometidos por estado a la autoridad del tribunal del gusto, tenían la obligación de sostener ante él sus censuras y de hacer reparación auténtica a los autores heridos por las flechas inicuas de la envidia, de la malignidad o de la sugestión.

Se había proyectado (hacía bastante tiempo), disminuir el número de periódicos, sin consideración al comercio del papel, de la tinta y de las imprentas, para economizar el tiempo y el dinero de aquellos a quienes arruinaba la compra de semejantes obras, por la mayor parte apreciables. Para contener la multiplicación de ellas, se decretó que ningún periodista pudiese tratar las materias de que estuviese encargado otro. Así, a cierto Periodista, atrevido campeón que daba a nombre suyo dos pliegos por semana, se

---

<sup>40</sup> N. del A. Se sabe que quiso llegar a conocer por qué unos higos que le habían dado estaban dulces, y que se puso muy colérico contra su criada, quien le respondió sencillamente que ella los había tenido en un vaso donde había habido miel. Él se irritó porque ella le quitaba la satisfacción de hallar la causa de lo que no había sido.

le limitó a la simple literatura con expresa prohibición de poder hablar de ningún modo de las ciencias ni de las artes, sobre las cuales se había abrogado el derecho de discurrir tan neciamente como pudiera hablar el más inepto sobre la Filosofía de Newton: *non sacra prophanis*<sup>41</sup>. Reducida así su obra se la destinó para el recreo de las Provincias. Pero como al mismo tiempo se le obligó a la moderación en sus escritos, a la fidelidad en sus citas, a la circunspección para con los autores célebres y a la imparcialidad en sus sentencias; como asimismo se le prohibieron los equívocos maliciosos, las chanzas ofensivas y las sátiras amargas, su pobre obrilla, que había ya sido desaprobada de las personas íntegras, destituida entonces de estos ingredientes que habían hecho que la buscara la multitud ignorante, perezosa y maligna, se quedó tan insípida que prontamente disgustó hasta a los cerebros débiles; y, naturalmente, cayó en el olvido.

Otros varios diarios, de una contextura muy semejante, fueron reunidos en uno solo, y se suprimieron enteramente otros muchos.

El tribunal del gusto, depositario de la gloria de la nación, velaba con el mayor cuidado para que no se publicase ninguna obra que la marchitase. Para ocurrir al principio a los inconvenientes de la vanidad de escribir, los jóvenes a quienes estrechaba este deseo se presentaban a examen sobre toda suerte de materias y se les señalaba el género de obras para las que se les creía propios. A un tal que se inclinaba a escribir la historia se le reducía a componer romances; a otro, en lugar del coturno no se le dejaba calzar más que el borceguí<sup>42</sup>; a aquél, se le restringía a poner en prosa clara alguna pieza que su presunción le había hecho escribir en versos flojos, campanudos y oscuros; a otro que proyectaba un poema épico, se le limitaba a unas coplas; por último, a infinitos se condenaba a un silencio eterno. Puesto cada uno en su esfera, trataba así con buen éxito algunas materias que él no se hubiera elegido cuando hubiera naufragado en aquellas a que tenía más inclinación que talento.

Pero como en ciertos géneros que habían sido ya profundizados y sobre los cuales se habían agotado todos los cálculos posibles, no quedaba qué poder hacer, se permitían solamente los extractos hechos con cuidado y gusto, las máximas, los preceptos principales en las ciencias y artes. Así es que los volúmenes inmensos, cuya mayor parte se repetía bajo de diferentes títulos, se habían refundido en colecciones muy pequeñas. Estos compendios se llamaban el *elixir*, o la quinta esencia de los principios y de las reglas de una ciencia o de un arte.

Como es cosa necia y superflua el procurar inventar sobre las materias agotadas, se limitaba cualquiera a ser sabio en ellas con las luces de otros y a ejercitar su talento en asuntos que aún no se habían tratado o en que no se había conseguido el grado de perfección. De este modo, no se vieron ya gemir las prensas con el peso de tantas piezas poéticas, de historia, de filosofía, de discursos sobre la mitología, de elementos sobre las ciencias, etc.

Sucediendo pocas veces que un atleta en el calor del combate se halle en estado de conocer el momento en que sus fuerzas empiezan a debilitarse, el tribunal del gusto imponía silencio a un autor cuando la edad empezaba a enervar su ingenio para salvarle, a pesar suyo, del escollo de su gloria.

Por la misma razón, no se permitía la impresión de las piezas de teatro que debían su triunfo al único talento de los actores.

---

<sup>41</sup> No profanes lo sagrado.

<sup>42</sup> El coturno y el borceguí eran dos tipos de calzado propios de la época. Se empleaba la expresión 'calzar el coturno' para indicar que un poeta empleaba un estilo alto y sublime; en Selenópolis el tribunal del gusto limita a los jóvenes poetas a utilizar un estilo menos elevado, representado por el borceguí.

Habiendo llegado a hacerse las ciencias de una excesiva extensión en orden a la multitud de descubrimientos que se habían hecho en el discurso de varios siglos, no se exigía de ningún hombre la ciencia universal, particularmente sobre la Historia, la Física y la Cronología. Hombre de letras era aquel que con una tintura de todos los conocimientos humanos, era profundo en la parte que él cultivaba con preferencia, con un gusto seguro y siempre guiado por el espíritu filosófico.

Por medio del gusto de la sana crítica, universalmente conocido, cada cual contribuía a alentar a los talentos nacientes, en lugar de desanimarlos con una censura demasíadamente rígida o con chanzas insípidas. Las críticas, sazonadas como instrucciones suaves y útiles, conducían a los jóvenes que las recibían con más gratitud que sentimiento.

El que intentaba entrar en la carrera dramática debía presentar tres piezas en un tiempo señalado.

La caída de una tragedia nueva donde se notaban algunas verdaderas bellezas, procuraba en su autor una pensión, de la cual se rebajaba la mitad si la segunda no tenía ningún éxito. En la tercera, perdía la otra si caía, después de lo cual se le prohibía volver a trabajar para el teatro.

La pensión era doble para las comedias de carácter en cinco actos y se cuadruplicaba para las óperas, todo con proporción a la mayor dificultad en las composiciones. Bajo la protección de unos Mecenas muy instruidos y en defensa contra la crítica apasionada, vimos en poco tiempo a algunos genios llenos de un nuevo ardor llegar a la cima del Parnaso. Aquel que débil en su aurora, y a quien una censura rígida hubiera sofocado, eclipsó en su medio día a todos sus rivales.

Con semejantes medios, la emulación y el deseo de la gloria, que no excluyen el interés personal, extendieron la carrera de los talentos; el gusto se purificó y la nación se procuró unos deliciosos placeres, habiendo recogido laureles inmortales e incomparables.

## CAPÍTULO V

### *Uso, costumbres y opiniones de los Selenitas.*

El espíritu filosófico, habiendo extendido entre nosotros la carrera de las ciencias y artes, había producido en las costumbres una dichosa mutación que influyó sobre todos los estados, sobre todas las condiciones y sobre todas las compañías.

El gusto de la agricultura y del comercio, tan descuidado y aun despreciado anteriormente, se apoderó de todos los espíritus. Los honores concedidos por el Soberano a todos los que se distinguiesen en estas dos profesiones, que son la base de la felicidad de un Imperio y las dos columnas sobre que estriba todo el edificio político, habían destruido la fatal preocupación que los tenía esclavizados en una vergonzosa oscuridad. Lejos de avergonzarse de estas profesiones, se gloriaba cualquiera de contribuir por medios tan laudables a la felicidad de la patria.

La humanidad había llegado a ser una virtud natural de todos los grandes. El respeto y la sumisión a las órdenes del Príncipe, imagen de la inteligencia Soberana sobre la tierra, estaban tan profundamente grabadas en todos los corazones, que la vida de los Monarcas tenía en ellos la mayor seguridad contra los accidentes más funestos. Así es que iban siempre sin guardias y sin este aparato que en su origen no demostraba tanto la grandeza como la desconfianza del que gobierna. El amor de los vasallos para con el padre de la patria había destruido el germen de las guerras civiles.

Los duelos, cuyo furor los edictos más rigurosos no habían conseguido más que adormecer, se apagaron enteramente a favor de las luces de la filosofía: se llegó a conocer generalmente que un vasallo no debe emplear su brazo más que para el servicio de su príncipe y de su patria, y que debía confiar a la justicia el cuidado de vengar las afrentas y los agravios particulares.

Estos tribunales establecidos en su origen justa y debidamente para conservar la pureza de las costumbres y del culto religioso, estaban reducidos con la mayor prudencia a no castigar más que el escándalo, según el espíritu de su primera institución.

Los jóvenes no se hacían un honor de desacreditar a aquellas personas que estableció el ministerio para su propia defensa y la seguridad pública.

El espíritu filosófico había hecho a la nación más seria, pero sin que hubiese perdido por eso esta amable alegría que, de ningún modo, es incompatible con la razón. Así es que habían decaído naturalmente esas juntas de las casas de juego, de las fondas, de los cafés, etc.

Se notaba por todo el imperio la vigilancia y atención del gobierno para procurar al pueblo la seguridad, la comodidad, la mejoría en todo y el libre ejercicio de la industria.

Todos los caminos reales estaban plantados de dos filas de árboles útiles y las costas de mar de plantíos propios para la construcción de la marina y de los edificios.

Se había aumentado considerablemente el comercio y la abundancia que él procura por todas las partes de un estado, multiplicando a este efecto los canales de comunicación con los grandes ríos y los grandes caminos, sólidamente contruidos y conservados con cuidado. En cada milla se encontraba una pirámide de forma cuadrada, cuyos ángulos correspondían a uno de los cuatro vientos principales, con inscripciones grabadas de bronce que indicaban las rutas y que señalaban exactamente las distancias de una lugar a otro y sus correspondencias con las capitales de diez a diez millas. Había

también sobre la cima de la pirámide, un reloj a que se daba cuerda dos veces al año, y se encontraban puentes de piedra por todo paraje donde había necesidad.

Para mantener una correspondencia exacta y facilitar los viajes por toda la extensión del reino, se habían establecido, a costa del Estado, sobre todos los principales caminos, unos carruajes cómodos y diligentes, que servían en primer lugar para el porte de las cartas y donde además cualquiera podía tomar asiento y pasar por una suma bastante moderada a lo último del Imperio y, respectivamente, a los lugares menos distantes.

Los cuidados del Gobierno habían provisto a todas las necesidades de los viajeros, pero las leyes de la hospitalidad, cuyos archivos sólo se encuentran en los corazones, habían destruido naturalmente esos refugios mercenarios establecidos por el interés: en las ciudades todos se disputaban a porfía la dicha de recibir y tratar bien a los huéspedes. Los grandes y los ricos habían fundado varios hospicios, abiertos gratuitamente, en los parajes remotos o desiertos a los que la naturaleza había negado un suelo propio para ser habitado. La mayor utilidad que pudo procurar el arte hidráulico, que poseían los Selenitas en sumo grado, fue la de que todas las campiñas estuviesen cortadas por canales más altos que los terrenos cultivados y retenidos por diques. Estos canales tenían comunicación por los ríos de donde recibían con abundancia la agua que se repartía entre las tierras según su necesidad. Por este medio, los pastos eran muy abundantes y jamás se experimentaba la escasez causada por la sequedad.

Para alentar a los talentos y las virtudes útiles al bien del Estado, se elevaban estatuas, columnas o pirámides a todos los que se distinguían en la carrera militar, en los grandes empleos o en los cargos públicos, pero se contentaban con alabar la memoria de las personas honradas, al tiempo de su muerte, con elogios fúnebres útiles para la instrucción de los demás. Los monumentos reservados para la gloria y las acciones brillantes y para excitar la emulación a contribuir al bien público, no habrían venido bien aplicados a las virtudes civiles, que deben honrarse en silencio y que no causan admiración más que en un siglo corrompido. Esto sería elogiar a un hombre porque no hubiese cometido delitos. La mayor prueba de la depravación de las costumbres es el condecorar con nombre de virtud lo que no es más que el cumplimiento de sus obligaciones.

Nunca se dejaba sin recompensa una obra maestra de cualquier arte o un descubrimiento útil en las ciencias; esto se verificaba repartiendo coronas y otras distinciones gloriosas, más lisonjeras para los genios superiores que las mismas recompensas<sup>43</sup>.

Pero los autores de sátiras y de libelos difamatorios, eran deshonorados y castigados rigurosamente como asesinos y emponzoñadores, tanto más peligrosos cuanto su profesión se esconde entre las tinieblas<sup>44</sup>.

Había también varios premios fundados en las academias para la Poesía, la Elocuencia y la Física, porque es evidente que necesita el hombre de estos nobles recreos que en las almas bien formadas producen siempre algunos bienes públicos. Pero

---

<sup>43</sup> A fin de reivindicar la dignidad del trabajo manual, que los nobles se negaban a realizar por considerarlo indecoroso, los ministros de Carlos III propondrán diversas medidas para recompensar a los comerciantes destacados por su trabajo, como la concesión por parte del monarca de una *Orden de méritos*, creada en 1771. Esta *Orden* aplacaba, a su vez, los deseos de ennoblecimiento de los comerciantes, la emergente clase media, que, si bien no gozaban todavía del suficiente poder en una España eminentemente agraria, empezaban ya a cobrar fuerza en algunas Comunidades, principalmente en Cataluña.

<sup>44</sup> En 1778 se aprueba una ley que prohíbe publicar “sátiras o comentarios indecentes contra personas grupos”. Dado que este tipo de textos estaban censurados, debían imprimirse de forma clandestina, por lo que veían la luz sin fecha ni lugar de impresión.

los más considerables se aplicaban a las investigaciones y descubrimientos útiles al bien del Estado, esto es, al cultivador que hacía mayor cosecha, al artista que sobresalía en industria, al que inventaba la máquina más sencilla, al fundador de unas manufacturas, al autor de un nuevo ramo de comercio; y las artes mecánicas tenían la misma consideración que las liberales, porque se estimaba tanto, si no más, a los hombres ocupados en hacernos dichosos que a aquéllos que procuran hacernos creer que lo somos.

La costumbre que merecería sin duda se siguiese o imitase por todos los pueblos sensatos, es la de que se enviaban de diez en diez años a viajar por los países extranjeros varios sujetos escogidos para que recogiesen todo lo que pudiera haber por allá de bueno y útil para el Estado y para la felicidad pública. Los tales, debían tener cuarenta años cumplidos, un talento bueno y adornado de conocimientos, particularmente sobre las leyes de su país. Con buenos ojos se ven siempre en los viajes muchas cosas que otros no han visto, o que las vieron mal, que viene a ser lo mismo.

Estas abejas filosóficas, que se cansaban, digámoslo así, en su tierra y no se llevaban a fuera más que su inteligencia, volvían siempre cargadas con un precioso depósito de ideas y de descubrimientos útiles y propios a curar el espíritu de aquella multitud de preocupaciones nacionales que el uso, en oprobio de la razón, consagra y perpetúa tanto más cuanto el hábito no permite que se las conozca.

Habiéndose fijado los ojos de los Príncipes sobre el comercio y la población, se habían, como dijimos ya, multiplicado por toda la nación Selenita los canales y caminos que facilitan el transporte de las mercancías y géneros de comercio. Éstos estaban sujetos a unos impuestos ligeros que no excitaban al fraude, pero los de primera necesidad estaban absolutamente exentos: los objetos de lujo eran los únicos que pagaban, y la industria, libre siempre, lograba sus exenciones, aunque nunca privilegios exclusivos.

La exportación estaba exenta de todo derecho, al contrario que el género extranjero introducido, sobre el que se cargaba bien; pero tampoco pagaba más que a la entrada del reino. La multitud de aduanas de una provincia a otra es odiosa y perjudicial a unos vasallos que obedecen a un mismo Soberano. Ella es un impedimento para la circulación del comercio interior, cuya libertad procura la abundancia a todas las partes del Estado.

Siendo el crédito la alma del comercio, el móvil de las fortunas y de los arbitrios de la nación, las leyes habían determinado sabiamente todo lo que podía mantener la confianza y asegurar la suerte de los acreedores. Se castigaba con severidad a los usureros, pero no se trataba de usura; al contrario, se miraba como una puerta abierta a la industria todo contrato en que es mejor la suerte del que recibe en préstamos que la del que presta.

Tantas veces se había intentado inútilmente favorecer a la población por medio de exenciones concedidas a los que diesen mucho número de ciudadanos al Estado, que se resolvió por último suprimirlas enteramente; pero por medio de protecciones singulares y de socorros efectivos dispensados a la agricultura, se había hecho ver a los labradores el mucho número de hijos como un bien real, necesario para el cultivo. Allí no había más privilegios particulares que los concedidos a las madres que por sí mismas sustentaban a sus hijos.

En tiempo de guerra, el comercio permanecía libre entre las naciones beligerantes. Se contentaban las partes, según las rigurosas reglas del desgraciado derecho de la guerra, con no hacerla más que entre los soldados. Ni aun a los equipajes se tocaba. En los sitios sólo se dirigía el ataque contra las fortificaciones. La ruina de las

tierras y el incendio de los edificios se miraban con horror. Esto era hacer un mal que se juzgaba necesario, del modo menos funesto que fuera posible.

Los príncipes se respetaban en las declaraciones o manifiestos de la guerra. Éstos, cortos siempre, contenían sencillamente la exposición de los derechos, los agravios y los motivos para tomar las armas, sobre los cuales, sin citar acusaciones e injurias poco dignas de la majestad, reclamaban los Soberanos, en virtud de la justicia de su causa, la protección del Ser supremo.

La horrorosa máxima de ciertas naciones políticas que admiten el derecho de gentes de ofrecer premio por la cabeza de un enemigo, irrita la humanidad. Esto sólo puede tolerarse para con un vasallo rebelde o con un traidor a su patria, monstruos condenados ya por las leyes y de los cuales permiten la razón y el interés de la seguridad pública libertarse por los medios más violentos.

Los analistas, diaristas, en una palabra, todo autor periódico, contenidos con prudencia en los límites del respeto que se debe a todos los Soberanos, no se arrebatan en tiempo de guerra contra sus sagradas personas pro medio de rasgos indecentes, de sátiras odiosas y de calumnias atroces, que en tiempo de calma arrastran consigo la vergüenza y el arrepentimiento. Las injurias no tienen que ver con el derecho y las invectivas le degradan. El soldado, animado solamente por el amor de la patria y por la defensa de su amo, no se veía excitado con su valor brutal y forajido, sino solamente conmovido a sostener por su honor la justicia de la causa común, motivo más que poderoso que el de la venganza para producir acciones gloriosas contra unas naciones enemigas por un instante, cuya amistad volverá a buscarse en cuanto los derechos respectivos se aclaren, y a las que habrá la precisión de respetar en cuanto se haga la paz. Permita el cielo que estos sabios principios de los Selenitas ilustren algún día el corazón de todos los pueblos del universo.

## CAPÍTULO VI

### *Continúa la descripción de los usos, costumbres y opiniones de los Selenitas.*

Para acostumar al pueblo a no dar a las noticias públicas más que un cierto grado de creencia, a lo último de cada año se repartía una gaceta con todas las falsas que habían corrido en aquel espacio de tiempo.

Un principio de justicia y de equidad había hecho establecer un impuesto que en tiempo de paz formaba la mayor parte de las rentas públicas. Todo poseedor de bienes raíces le pagaba, sin que ningún privilegio pudiera eximirle; sola la industria estaba exceptuada, con tanta más justicia cuanto ella aumentaba también su producto. En tiempo de guerra, la décima, la vigésima y hasta la quingentésima se cargaba sobre el producto limpio de los mismos bienes, según las necesidades del Estado. La percepción de estos impuestos se hacía con la mayor economía. Ellos son los más equitativos y justos y los menos expuestos a contradicción, cuando el propietario tiene la elección de pagar en especies o numerario. Una repartición proporcionada a nadie agobia, ni excita quejas: el verdadero ciudadano jamás debe creerse más dichoso que otro sino mientras puede contribuir más que él a las necesidades del Estado.

Cuando éstas se aumentaban, se establecían loterías<sup>45</sup>, donde concurre la voluntad libre cebada por el propio interés.

La preocupación no había logrado sofocar neciamente a aquella clase de sujetos conocidos comúnmente con el nombre de *proyectistas*<sup>46</sup>.

Es muy propio de los entendimientos cortos el figurarse que todas las cosas han llegado a su perfección, -las ciencias, las artes, la lengua, etc.-, a pesar de que el grado de perfección no se halla más que en las obras de la naturaleza. Esta opinión cubre con una especie de desprecio todos los espíritus sistemáticos.

El filósofo ve por todas partes más cosas por hacer que las que hay hechas. Si él se halla por casualidad a la frente de un gobierno, sabe acoger con bondad todos los proyectos que se le presentan y se aprovecha de lo que tienen de bueno, relativamente a las circunstancias en que él se halla o puede hallarse. Ha habido algún proyecto que ha causado la fortuna de un Estado o le ha salvado de su ruina, y era tan sencillo, que no podía concebirse cómo no habían caído en él a un mismo tiempo todas las cabezas capaces de pensar. El motivo que los concibe es, a la verdad, por lo común el efecto del acaso, algunas veces de un sueño, frecuentemente del esfuerzo de la indigencia, rara vez del de la gloria y siempre del interés particular, que influye sobre el general porque hay

---

<sup>45</sup> Será 1763, concretamente el 10 de diciembre, cuando se celebre el primer sorteo de la Real Lotería en España. La lotería, procedente originariamente de los Países Bajos, se introducirá en la Península tras su afianzamiento en Francia e Italia. Precisamente será el modelo napolitano el que se dispondrá para este primer sorteo, premiándose el acierto de cinco números de entre noventa. El éxito de este juego fue rápido a pesar de que el premio mayor apenas llegaba a 250 reales. El beneficio para la Hacienda Pública fue muy alto, lo que permitió, a los seis meses, aumentar la cuantía de los premios. Por otro lado, la lotería era una manera de obtener dinero para atender necesidades sociales, y así, según el Real Decreto fundacional, los beneficios serían destinados a la fundación y atención de “hospitales, hospicios y obras pías y públicas en que se consume anualmente muchos caudales de mi Real Erario”.

<sup>46</sup> Esta defensa de los *proyectistas*, figura presente hasta la saciedad en la literatura satírica del Siglo de Oro en la forma de los *arbitristas*, supone una justificación de las reformas que plantea Marqués y Espejo en su obra, muchas de las cuáles si se llevaran a buen término contribuirían al engrandecimiento de la nación.

menos almas generosas que mercenarias; pero, cualquiera que sea el origen de una buena acción, ella es siempre estimable cuando puede utilizar a la humanidad y al Estado.

En la firme persuasión de que no hay proyectos, por raros y por estafalarios que parezcan, que no contengan algunos principios de utilidad, se recibían todos con bondad:

*Da un necio algunas veces*

*Un importante aviso.*

Sus autores eran llamados para que los defendiesen contra las objeciones: al inventor de un proyecto bien recibido se le recompensaba siempre con proporción a la utilidad que procuraba. Aun a los autores de los proyectos que, buenos en su esencia pero defectuosos o poco susceptibles de ejecución por entonces, presentaban algunos objetos de utilidad para lo venidero, se concedían algunas ligeras recompensas.

Así, se premiaba el mérito de la invención, que no suele ser siempre el fruto de los grandes hombres de los primeros empleos públicos, en quienes la sabiduría, la prudencia y el deseo del bien general son circunstancias más apreciables que la de tener un genio creador.

Los estantes de los Ministros suelen estar llenos de proyectos que se les ha presentado en tiempos y que, cubiertos de polvo, perecen allí, con la memoria de sus autores en un vergonzoso olvido. ¡Qué plantío tan excelente para cualquiera estadista, celoso ciudadano, que sacrificase algunos instantes del día para hacer su revista! ¿Qué abundante cosecha no pudiera él hacer, tan utilísima para la reforma de los abusos, para la gloria de su Soberano y para la prosperidad del Estado?

En acordándose de que se deben a unos dichosos acaso los más sublimes descubrimientos y a las observaciones de los genios, separados de los negocios públicos o muertos en la oscuridad, las utilidades que se han sacado de ellos, ¿puede dejarse de hacer caso de todo proyecto, cualquiera que sea la mano que le presente?

Las prudentes medidas tomadas por el Gobierno para acostumbrar sin violencia al mendigo al trabajo, los socorros concedidos al agricultor, el oprobio y el desprecio aplicados a la ociosidad, habían hecho desaparecer los crímenes que ocasionan la indigencia y la pereza. La sagacidad que precave los males vale mucho más que el arte que enseña a curarlos.

El número de enfermedades se disminuyó en los hospitales, porque los males que nacen de la ociosidad, de la porquería y de la disolución, se habían eclipsado por el trabajo y la aplicación.

En el supuesto de que la pobreza es un vicio y de que no falta el pan sino a los holgazanes, se había disipado la raza de esos mendigos de profesión a quienes no hay cosa que pueda reducir al trabajo, encerrándolos en unos parajes donde se sujetaban a ciertas faenas según sus fuerzas o su aptitud, y donde no podían lograr de la menor conveniencia, como ellos no se la procurasen a fuerza de aplicación y de industria.

La pena de muerte no se aplicaba a ningún reo, menos a los del delito de parricidio o de lesa majestad; se creía castigar a los malhechores de un modo más sensible privándolos para siempre de la libertad y empleándolos en las galeras, en las minas y en los trabajos más rigurosos pero útiles a la sociedad, cuya buena armonía habían alterado.

Aunque estaba el país lleno de minas de toda especie de metales, no se aplicaba en su trabajo más que a los criminales, sin atreverse a sacrificar allí a varios vasallos más útilmente empleados en el cultivo de las tierras, para extraer algunos metales inútiles por sí mismos, pues que no son más que las señales de las riquezas y cuyo valor

disminuye con la abundancia; así es que, no teniendo más que un valor ideal y levantando el precio de los géneros a proporción de su masa, su cantidad no produce más que una opulencia imaginaria para el Estado y los trabajos de las minas una pérdida real de ciudadanos.

Bajo del principio de la ley natural de que para el mantenimiento del orden y de la seguridad pública ningún delito debe quedarse sin castigo, se había cerrado todo recurso de que un malhechor pudiera escaparse de la severidad de las leyes.

No se concedía refugio alguno en los países extranjeros a los reos de asesinato, de robo, de raptó, de lesa majestad, etc. Únicamente se amparaba a los que se habían encontrado en algunas circunstancias desgraciadas o complicados en asuntos graves, con tal que el designio premeditado no hubiese tenido parte. Se entregaban los criminales a la demanda de los Soberanos, que tenían el derecho de castigarlos. Esta recíproca convención cortaba muchos desórdenes y delitos muy repetidos anteriormente con la esperanza de hacerlos impunes.

La cuestión o tormento del cual un malvado vigoroso<sup>47</sup> escapa y donde se queda un inocente de complexión delicada<sup>48</sup>, se había abolido y dejado únicamente para los reos, ya condenados, de quienes se quiere tener la confesión de sus cómplices. Tantas sentencias precipitadas y tantas memorias muy contestadas, habían desmentido la certidumbre de descubrir los crímenes por estos medios crueles, que no podía comprenderse cómo tanto tiempo después de los siglos bárbaros se había continuado con un uso tan monstruoso; ¿cien semipuebas pueden jamás ser equivalentes a una prueba evidente? El tormento es cierto y el delito no. ¿Puede haber una cosa más preciosa que la sangre de una criatura humana? ¿Podrá bastar la probabilidad fuera de los casos en que el riesgo de engañarse no es de consideración? ¿No vale más exponerse a salvar veinte culpables que a sacrificar a un solo inocente?

Con el miedo de envilecer la más noble profesión, jamás se maltrataba a los soldados: no se les castigaba más que con la privación o la suspensión de sus funciones y de los privilegios unidos al título honroso de defensor de la patria.

Está tan impreso en todos los corazones el amor de la libertad y es la inconstancia tan natural en la condición humana, que los accidentes que de aquí resultan llevan consigo una especie de excusa. Bajo de esta sabia consideración, a los desertores no se les castigaba con rigor, sino solamente con cárcel y dejándolos con la nota de ignominia hasta tanto que hubiesen reparado su cobardía por alguna acción valerosa. Si huían armados, se les trataba como ladrones, y al que se cogía después de haberse pasado al campo enemigo, se le castigaba como a un traidor a la patria.

Los hijos inocentes de un culpable no eran castigados, ni en su persona como verdaderos criminales, ni en los bienes que les correspondían por patrimonio de su trabajo o de su industria; sí que se les declaraba inhábiles para la sucesión en los bienes y ventajas que sus padres habían adquirido a título de gracia, como pensiones, honores, dignidades, nobleza, privilegios, etc.

El oprobio, los castigos, la infamia, no recaían de ningún modo sobre la familia de aquél a quien se le habían aplicado. Los delitos son personales, como igualmente las acciones vergonzosas. Al contrario, se daba la enhorabuena a los parientes del reo ajusticiado por haberse libertado de un miembro corrompido, sujeto indigno de la sociedad.

Los cuidados patrióticos del Gobierno para mantener las fortunas contra los abusos peligrosos y funestos del juego, habían dado lugar a la publicación de ciertas leyes que se ejecutaban sin remisión contra los que se entregan a los juegos de suerte.

---

<sup>47</sup> En el original, 'rigoroso'.

<sup>48</sup> N. del A. *Etiam innocentes cogit mentiri dolor* (*Ex Plublli Syri Mimis. v. 131*).

El juego es, por lo común, una guerra entre amigos, de donde se ahuyenta la compasión y donde no se hace el menor escrúpulo de desnudarse recíprocamente. Es difícil que reine la buena fe donde el interés predomina y se permite la trampa, donde la destreza y la combinación dan a los unos sobre los otros ciertas ventajas que destierran de allí la equidad.

Los juegos caseros y de tertulia estaban tolerados como recreos, pero aun así las personas de una probidad delicada se abstendían de ellos, porque consumen un tiempo precioso, mejor empleado en otras ocupaciones útiles y agradables, y porque son, por más que se quiera decir, un tráfico perpetuo de sutileza y de perfidia donde se saca partido de la ignorancia y de las distracciones de los otros; robillo que se cree que no hiere la conciencia, siendo tal la corrupción, que se llega hasta el punto de apreciar la habilidad de aquel que sabe (como suele decirse), echar la zancadilla.

No hay más que los juegos de ejercicio, estimulados por un ligero interés, que puedan merecer una aprobación universal.

Los juegos de suerte, donde el talento ni la habilidad no tienen parte alguna, donde la igualdad de la suerte está establecida entre los jugadores, suponiendo la necesidad del juego, serían los más permitidos, si no fuesen al mismo tiempo los más peligrosos.

Como diversión puede ser permitido el juego, como ocupación es ya vergonzoso, pero como comercio es odioso y villano. Él ha sido varias veces el origen de las acciones más abominables; él ha ocasionado la prostitución, la ruina de las familias, la pérdida del honor, el robo, la muerte y el suicidio; pero como las máximas del Gobierno se dirigían más a corregir por medios suaves y sensibles que no a castigar a los que se les probaba que habían jugado a semejantes juegos, se les condenaba por la primera vez a restituir las sumas ganadas, con destino a los hospitales de los locos y simples. En caso de reincidencia, se les tachaba de infamia.

Había además en la nación Selenita una multitud considerable de usos y costumbres que, aunque no todos fuesen de una importancia absoluta, no dejaban de ser por eso menos respetables. Continuaré copiando aquéllos de que me acuerdo según los oí a Arzames y comprobé por mí mismo.

## CAPÍTULO VII

### *Prosíguese con la relación de las costumbres y opiniones de los Selenitas.*

El gusto de las ciencias y de la verdadera filosofía, juntamente con el estudio de la naturaleza, había producido el mayor de todos los bienes entre los Selenitas, que es el de que no hubiese quedado entre ellos ni un solo ateaísta. Había llegado a un punto muy alto su ilustración para que pudieran serlo.

No se permitía en Selenópolis emplear indiferentemente los términos de *suerte*, *destino*, *acaso*, *fatalidad*, *azar*, etc.; y cualquiera juramento que no estaba autorizado por el juez, era ya una blasfemia o profanación.

La astrología judiciaria, las varitas de las virtudes, el arte de interpretar los sueños, el secreto de la transmutación y la virtud oculta de los nombres, eran artes o ciencias tan generalmente despreciadas que ellos llevaban a sus secuaces al hospital de los insensatos y de los impostores.

Se habían quitado de las diversiones públicas los saltadores y bailarines de maroma, que no procuran más que un gusto simple y aun inhumano, pues que nace menos de la admiración de la habilidad que del peligro en que están. Se habían prohibido también los espectáculos de fieras<sup>49</sup> que no pueden producir otro efecto más que el de familiarizar al pueblo con el derramamiento de la sangre.

Se habían desterrado, igualmente, de las casas grandes los bufones y los tontos: no se admitían en ellas más que los verdaderos sabios de un natural jocosos, que con la libertad de hablar se adquirían el derecho de instruir sin ofender, con atrevidos equívocos, muy ajenos de los grandes espíritus. El número de estos Esopos era muy corto, porque se necesita de mucho ingenio y prudencia para representar este papel y poder agradar.

Cuando se trataba de erigir un monumento o edificio público, se admitía a cualquiera sin distinción al concurso, con libertad de presentar sus planos o ideas. Al autor del proyecto elegido se le recompensaba con una medalla de mucho valor y se le coronaba públicamente. Muchas veces sucedía con grande admiración de los mejores artistas, que se les quitaba la corona por unos simples apasionados a quienes no podían menos de tributar también sus elogios.

Para precaver los efectos funestos de la seducción, a aquél a quien se le convencía de haber ofrecido algún regalo a un ministro o a un juez, se le castigaba como a reo de lesa equidad. Si se había tomado el regalo, se degradaba al sobornado y sufría la misma pena que el corruptor, pero no había memoria de hombre que se acordase de semejante caso.

Toda solicitud era considerada como un insulto hecho a la virtud, una duda ofensiva del discernimiento del bienhechor o de la integridad de un juez, y los regalos, como instrumentos inicuos de corrupción. Para explicar lo que nosotros entendemos por las palabras de *gracia*, *favor*, *beneficio*, *protección*, no había en la lengua Selenita otro término que el de *justicia*, en el cual estaba comprendido el de *equidad*. El hombre más

---

<sup>49</sup> En estos años brotará en España una pasión desenfadada por los toros, espectáculo criticado por buena parte de los ilustrados. A pesar de todo, Carlos III se verá obligado a consentir la celebración de festivales taurinos benéficos. El beneplácito regio con las corridas de beneficencia provocará que sea éste el momento en que más corridas de toros se lidiarán en nuestro país.

oscuro, del nacimiento más bajo, con talentos y virtud podía aspirar a los puestos más altos. De aquí provenía aquella emulación laudable para ascender y la colocación útil y justa de tantos genios que, sofocados por la preocupación del nacimiento, hubieran sido perdidos para el Estado. De aquí aquellos servicios señalados hechos por los Esopos, Faber, Bart, Dugue-trouin, Vauban, Catinat, Ximénez, Pereti, Barceló<sup>50</sup>, y otros infinitos.

No se encerraban más que los locos peligrosos o forajidos. Por lo regular, quitando la libertad a los que tienen el espíritu desconcertado se les vuelve furiosos; al contrario, dejándoles en sociedad lograr de las ventajas de la locura, se contribuye a hacerles dichosos. ¿En qué estado de los de la vida no se siente el hombre inclinado algunas veces a envidiar una felicidad exenta de los males a que suelen exponernos los extravíos de la razón? Poseer sin cuidados tesoros inmensos, gobernar sin inquietud imperios muy vastos, mandar todo el mundo sin temer las revoluciones, gozar de todo sin penas, sin cuidados, sin disgustos, ¿no es esto realizar la imaginación? ¿Pues qué cosa más feliz sucede a un sentido tranquilo que deje de ser igualmente obra de la opinión? Nadie es dichoso o infeliz sino mientras cree serlo y no cesa el delirio.

Como la embriaguez cuando ataca las facultades del cuerpo enerva las del alma, se prendía a los embriagados de cualquiera condición que fuese: se les soltaba luego, después de haberles hecho tomar una bebida que les daba para siempre disgusto y aversión por todos los licores capaces de dañar a la salud, de debilitar el cerebro y de desconcertar la razón. Esto se llamaba volver los hombres a sí mismos; así curaban sin sentirlo. Ojalá que hubieran podido encontrarse otros tantos remedios antipáticos para todos los vicios de la sociedad, como para el odio, la murmuración, la ingratitud, la indiscreción, el abuso de los talentos, etc.; estos específicos no se hallan más que en el estudio y la práctica de la filosofía y por desgracia muy pocos temperamentos están dispuestos de modo que los puedan poner en uso.

Aquella pasión ciega que se llama avaricia, cuyos efectos son incomprensibles a los que no la tienen, que hace que un hombre se prive de todo para que nada le falte, que no posee las riquezas tanto como ellas le poseen a él, que, necesitado e indigente, siempre en el seno de la opulencia toma por un bien real lo que no es más que el medio de atraer, que se hace esclavo del pródigo, que, nunca rico con sus tesoros y siempre pobre con sus deseos, no prueba más que algunos placeres posibles; esta pasión vergonzosa, que no nace tanto de la sed de las riquezas, lo cual es codicia, como de la satisfacción insensata de hartar su vista con ellas, había sido la causa de que se estableciesen tutores públicos, que cogiendo la administración de semejantes simples, los precisasen a contribuir al bien del Estado con la posesión de las comodidades de la vida; pero para indemnizar a aquéllos cuya enfermedad estaba más en los ojos que en el corazón, se les paseaba todos los días por medio del tesoro real y se les concedía continuamente la posesión visual. Allí contemplaban a satisfacción el color, la dureza y la multitud de estos metales queridos, hasta tanto que, vueltos en sí de su letargo o curados de su locura, consentían en vivir como hombres y ciudadanos.

Por lo tocante al avaro usurero, se le castigaba como a cohechador.

Si hubiese algunos defectos nobles, así como los hay excusables, la prodigalidad podría colocarse entre el número de las virtudes bajo del nombre de generosidad, así

---

<sup>50</sup> Se trata en todos los casos de hombres de procedencia humilde, pero cuya valía era bien conocida en el XVIII. De todos estos nombres, sin duda el más conocido sea el de Esopo, ese esclavo griego liberado convertido en fabulista; por su lado, Nicolás Catinat, Vauban o René Dugue-trouin, ninguno de ellos nacido de noble cuna, son buenos ejemplos de heroicidad militar, y lo mismo ocurre con Antonio Barceló, quien por sus propios méritos obtiene el puesto de Teniente General de la Armada y comanda una exitosa campaña contra Argel.

como la avaricia se cubre con el de economía; pero todo extremo es un vicio que un Gobierno bien reglado tiene el derecho de abolir. Bajo de este principio, el Estado, tan atento a precaver la disipación como a favorecer la circulación y a mantener el equilibrio en las fortunas, había sometido los pródigos, igualmente que los avaros, a la inspección de los tutores públicos, quienes para sacarlos de su error, les hacían sufrir por algún tiempo los horrores de la situación a que estaban expuestos inevitablemente presentando a su vista el cuadro terrible de los crímenes a que conduce la desesperación. Corregidos algún tanto por estas lecciones sensibles dadas a tiempo, volvían a entrar en la administración de sus bienes, asustados de los males y escollos a que está expuesta la virtud cuando desde el colmo de la fortuna se ve cualquiera precipitado en el abismo de una absoluta miseria.

El suicidio, considerado como un acto de debilidad más bien que de fuerza de espíritu, aunque parecía estar permitido, se obligaba al que lo intentase a pasar por ciertos experimentos que apagasen insensiblemente este frenesí y disipasen este delirio a que algunos sabios insensatos han llamado temerariamente remedio de las enfermedades del alma. El demandante, después de haber expuesto los motivos que le precisaban a separarse de la sociedad, era entregado a los Filósofos y los Médicos, quienes con suaves remedios y sólidos argumentos le iban desasiendo de los vapores e ilusiones que tienen adormecidos los espíritus animales y le despedían siempre cubierto de vergüenza de haber proyectado por un acto temerario acortar unos días cuyo término, no estando a disposición ni al conocimiento de la criatura, es únicamente de aquel de quien recibieron el ser.

Para evitar el desorden y la confusión en las genealogías, se juntaba siempre el apellido con el nombre del feudo o dominio que se tomaba: la vanidad de los nuevos nobles debía sentir esto, sin duda, pero no confundíéndose los estados con la usurpación de un nombre ilustre inserto en una familia plebeya, los árboles genealógicos se formaban sin dificultad ni error y los grandes disputaban sin orgullo ni inquietud la consideración debida al nacimiento noble, que realza el mérito y virtudes de los que lo sostienen con honor.

Entre padres e hijos no había necia vanidad de tratarse como unos extraños con las palabras frías e indiferentes de *Señorito* y *Excelentísimo Señor*, en lugar de los dulces nombre de padre y de hijo, que inspiran la unión y la confianza y vivifican entre ellos los tiernos sentimientos de la naturaleza.

Cuando los abusos son necesarios y no se les podría destruir sin peligro, vale más someterlos a algunas leyes que abandonarlos a sus propios desórdenes. Cuando no puede extirparse el vicio, se necesita sujetarle a lo menos. Por la certeza de estas máximas, para preservar el honor de las mujeres virtuosas de la violencia y de la brutalidad, se permitían las inmorales; pero su estado era sometido a tantos oprobios y a tan bajas humillaciones, que el Gobierno quedaba plenamente justificado sobre la triste y desgraciada necesidad de sufrir un mal menor para evitar otros mucho más considerables. Éstas infames, excluidas de la vida civil y privadas de las utilidades de la sociedad, no podían tener ninguna comunicación aun entre ellas mismas y eran castigadas ignominiosamente a la menor señal de desorden o escándalo; pagaban además cierta suma, cuyo producto se aplicaba escrupulosamente a la manutención de aquéllas que abandonaban tan detestable y villana profesión.

Se habían formado varias academias útiles; entre ellas, una de comercio, otra de agricultura, otra de moral, con otra de política. En esta última se estudiaba con cuidado el conocimiento de los hombres, de sus pasiones y de sus luces. El examen de lo pasado, combinado con lo presente, es el único que puede conducir para leer en lo futuro. Éste es el único ramo de la astrología judiciaria cuyo uso se ha permitido y que pueda

justificar el tiempo. Se tenían muy a menudo en cada academia varias conferencias donde se disputaba contradictoriamente lo que se llama *preocupaciones*, como un medio cierto de destruir los errores y las vulgares opiniones que degradan el espíritu humano, deshonran la noble facultad de pensar y dañan a la felicidad; pero no se abolían ciertas preocupaciones que, sujetas a unos ligeros inconvenientes, son por muchos lados útiles al bien del Estado y a la felicidad de los particulares, como el honor, la valentía, el miedo del oprobio, la pesadez de los cumplimientos, ciertas etiquetas, etc.

Ningún vasallo podía despojarse de su libertad hasta la edad en que la ley le autorizaba para disponer de sus bienes.

Concluiré ya este artículo con la descripción del templo alegórico de la verdad, erigido por el Emperador actual de *Selenópolis* en reconocimiento de las estimables ventajas que él había sacado de ella para su felicidad y la de sus pueblos, habiéndola franqueado un libre acceso junto a su mismo trono.

### *El Templo de la Verdad.*

Los poetas han colocado la verdad en lo profundo de un abismo inaccesible al espíritu humano; esto es ya un hipérbole: mejor hubieran hecho en ponerla en un desierto árido, rodeada de monstruos que impiden acercarse a ella, monstruos tales como las pasiones, el interés, la adulación y las preocupaciones, los que se necesita vencer para llegar a ella.

A pesar de que la verdad está rodeada de nubes, cuando se la busca con el ingenuo deseo de hallarla, se la encuentra, a lo menos, del modo posible a la inteligencia humana, pero siempre de un modo suficiente para la necesidad.

Por este principio, harto innegable, los Selenitas habían erigido a la verdad un templo de una estructura sencilla pero noble, en el cual, para quitar toda sospecha de idolatría, no había ningún culto. El edificio estaba situado en medio de un monte espeso, separado del tumulto de las cortes y grandes ciudades, mansiones poco propias para la meditación y el retiro interior. Las estatuas con que estaba adornado, hechas por los artistas más hábiles, representaban por un lado el odio, la envidia, la lisonja, la sátira, la ambición, la idolatría, el fanatismo y la superstición, encadenados y atormentados por las furias; y por el otro, la justicia, el desinterés, la sinceridad, la sumisión al Soberano, el respeto por las leyes, la amistad y la beneficencia, coronadas de flores por las musas.

En el fondo del templo se veía, sobre un altar que se alzaba majestuosamente, a la verdad cubierta de un velo ligero. Este ser metafísico, considerado como emanación del Ser Supremo, atraía allí las personas de un carácter dulce y sensible, devotos de la verdad y ansiosos de conocerla. Con este deseo concurrían al templo, pero rara vez salían de él sin conseguirlo, si antes de entrar allí se habían despojado de las pasiones y del uso engañoso de los sentidos.

Se respiraba por todo aquel circuito un aire puro y tranquilo, pero bastante agitado y fuerte para apartar del santuario aquellos tiranos vencedores de los débiles mortales, los errores, las opiniones y las preocupaciones.

Este templo era en todas sus partes el emblema del gabinete de los verdaderos filósofos.

## CAPÍTULO VIII

### *Biblioteca particular del bello sexo Selenítico, por la que se arregla su moral.*

--Por no alterar el mejor orden de nuestras conferencias (me dijo una mañana Arzames), creí no deberte hablar de nuestras mujeres por artículos separados que te pudieran enterar sobre algunos de sus procederes en diferentes ocasiones de su vida civil. Sin embargo, será bien que sepas cómo el resultado de sus conocimientos literarios las ha puesto en el caso de poder hallar en sí mismas las luces convenientes para ciertos lances en que se suelen encontrar. Esto han debido a su cuidado en formarse una biblioteca<sup>51</sup> donde han reunido los papeles más raros y propios de su sexo. Lo más exquisito de todos los idiomas y de los pasados siglos se halla custodiado en este archivo de conocimientos útiles, y para que puedas tener alguna idea de los manuscritos antiguos que conservan y de que se aprovechan con aplicación, te voy (hijo mío), a presentar algunos de ellos. (Aquí sacó Arzames una cartera grande que puso en mis manos. Los tres primeros pliegos que extraje y leí eran unas cartas, cuyas copias traducidas fielmente del griego, son las siguientes).

### *Carta de Theano<sup>52</sup> a Nicostrata.*

Ya ha llegado a mi noticia, mi querida Nicostrata, el extravío de tu marido. ¡Con que en fin le tenemos apasionadísimo por una cortesana y a ti rabiando de celos! A muchos hombres conozco contagiados del mismo mal. Las tales mujeres tienen una habilidad muy particular para cogerlos en sus lazos, retenerlos en ellos y hacerles volver el juicio. Pues el tuyo tampoco está muy bueno: te atormentas a todas horas, dejas que tu pesadumbre te devore y no piensas más que en proyectos de venganza. Cuidado con eso, querida mía; ese partido nada tiene de bueno. No consiste la virtud de una mujer en ser alcadesa de su marido, sino su compañera; y una compañera fiel debe saber sobrellevar aun la demencia del compañero de su suerte. Él busca el deleite en los brazos de una bastarda, pero después del acceso de su delirio, junto a su mujer será donde buscará a su amiga.

Sobre todo, no agraves un mal por otros mayores, ni una locura por otra. El fuego que no se sopla se apaga por sí mismo, viva imagen de las pasiones: si las combates, se irritan, mas si las disimulas se extinguen.

¿No llegas a conocer el extremo de tu imprudencia? Tu marido procura ocultarte el ultraje que te hace y tú eres insensata hasta el punto de quererle dar a entender que lo sabes bien. ¡Ah! ¿Pues no conoces, que desgarrando el velo, ya nada se le dará de

---

<sup>51</sup> Durante la Ilustración el aumento en el número de lectores se debió entre otras cosas al acceso a los libros de la mujer. Existía un público lector femenino, y así las principales damas de la sociedad mantenían surtidas bibliotecas, en las que destacaban novelas de corte sentimental o novelas de aventuras llenas de guiños amorosos, que en la mayoría de los casos los autores realizaban pensando precisamente en ese potencial público.

<sup>52</sup> N. del A. Theano era mujer de Pitágoras y dejó algunos escritos.

ofenderte a las claras? No te fies en su pasadas caricias, sino en su probidad; en ella consiste todo el encanto de la unión conyugal. El atractivo del placer le hace doblar las rodillas ante una extraña, pero cuando él se vuelve hacia a ti, la compañera de su vida es a quien busca y a la que quiere encontrar. Su razón te ama, aunque su ciega pasión le arrastra hacia tu rival. Pero, créeme, las pasiones duran muy poco; prontamente se las subsigue el hastío; un instante las enciende y otro las apaga.

A no ser un hombre enteramente libertino, no conserva mucho tiempo su afición a una mujer despreciable. No tarda en renunciar a unos criminales placeres que cuestan siempre muy caros. No tardará tu marido en llegar a conocer que se perjudica a sí mismo, que se arruina y que pierde su reputación. Es de bastante talento para que se obstine en su pérdida. Él conocerá sus daños y sus peligros. Los derechos de su esposa volverán a atraerle hacia ella: entonces ya te sabrá apreciar, no podrá sobrellevar el rubor de su pasado proceder y volverás a hallarle arrepentido y digno de tu amor.

Pero lo que te encargo muy particularmente, mi querida amiga, es que dejes para las cortesanas el arte que las conviene. La modestia, la fidelidad, el cuidado de su familia, la ternura por sus hijos, sus consideraciones para con los amigos de su esposo, estos deben ser los objetos de una mujer honrada.

Ella se debe avergonzar de publicar sus celos por una mala mujer. Otra emulación más noble es sola digna de ella: el procurar superar en virtud a las mujeres más virtuosas. No abrigues en tu seno un funesto resentimiento: créeme, manifiéstate siempre pronta para la reconciliación. No te olvides de que las buenas costumbres nos reconcilian la benevolencia de nuestros mismos enemigos. Ellas solas nos honran, nos hacen más fuertes que nuestros esposos y nos dan sobre ellos una superioridad invencible. Escoge entre estos dos partidos, u obliga a tu esposo a que te respete o confórmate a servirle humildemente como a tu dueño.

Un medio te queda para que le echés en rostro su conducta; éste consiste en tu virtud. Con ella debes hacer que él se cubra de rubor y con ella debes obligarle a que consiga de ti el perdón. Él te amará mucho más cuando llegue a conocer su injusticia lo poco que la merecías y lo grande que era la pérdida que estaba expuesto a sufrir renunciando a tu ternura. Después de la enfermedad, se conoce mucho mejor lo que vale la salud; así igualmente, las discordias de los que se aman producen los más dulces encantos sobre su reconciliación.

¿En qué quedamos? ¿No me quieres creer? Pues bien, entrégate al torrente de tus celos. El juicio de tu marido no está cabal; haz ver que tampoco el tuyo está sano. Él expone su reputación, pierde tú la tuya; él arruina su fortuna, ayúdale a echarla por tierra. En una palabra, castígate a ti misma por querer castigarle a él.

Pero aún te queda otro mejor medio. Abandónale, divórciate, échate en brazos de otro nuevo esposo que a poco tiempo te será igualmente infiel y al cual tendrás que volver a dejar también... Pero, ¡qué digo yo! No, mi querida Nicostrata, guárdate de estos extremos, disimula los sentimientos de tu corazón, súfrelos con paciencia; éste es el modo de atajarlos, y lo que desea con tu salud y prosperidad.

*Theano.*

*Carta de la Pithagórica Melissa a Cleareta.*

Se ve claramente que la naturaleza se ha complacido en plantar en tu corazón el gusto de la virtud. En una tierna edad en que tus semejantes reducen todos sus cuidados al único objeto de su adorno, a ti se te da tan poco del tuyo que le sometes gustosísima a mis consejos; esto es darnos a entender con anticipación y desde la aurora de tu vida que sabrás dedicar ésta a la prudencia y a la sabiduría.

Una mujer honrada y prudente debe buscar siempre para su adorno la modestia, huyendo de todo lujo. Procura manifestar en su traje la mayor limpieza, arreglándose a la más rigurosa decencia, y desprecia esos adornos superfluos, inventados por el lujo y desaprobados por la razón. Dejemos para las cortesanas esas ropas brillantes de púrpura, bordadas con talco y oro: estos son los instrumentos de su infame oficio y las redes con que cogen a sus amantes.

Una mujer que solo quiere agradar a su esposo encuentra su adorno en su virtud y no en su tocador: no procura atraerse y cautivar los votos ofensivos de los extraños. El atractivo de su prudencia y de su modestia la presta muchos más encantos que los que pudiera sacar del oro y las esmeraldas; su colorete no es otro que el amable encarnado del pudor. Sus cuidados domésticos, su atención en complacer a su marido, su afabilidad, su dulzura, tales son los adornos que realzan su belleza.

Una mujer estimable mira como una ley sagrada la voluntad de su esposo. Ella le lleva en dote su prudencia y su sumisión, pues las virtudes y la hermosura del alma deben anteponerse a ciertas gracias que se marchitarán bien pronto y a los regalos seductores y pasajeros de la fortuna. Una enfermedad borra la belleza de las facciones, pero la del alma solo se acaba con la vida.

### *Carta de Myia a Phyllis.*

Estás próxima a verte constituida en el estado de madre, y todos tus cuidados deben emplearse ahora en la elección de una buena nodriza<sup>53</sup>. Procura que se predomine en términos que pueda negarse constantemente a las caricias de su marido, que sea limpia y modesta, que no tenga la pasión del vino ni sea muy dormidora, que sea su leche pura y nutritiva. De esta elección que vas a hacer depende toda la vida de un hijo amado.

Una buena nodriza debe emplear todos los instantes en el cumplimiento de sus deberes. Debe consultar con la prudencia y no con su capricho sobre las ocasiones en que ha de presentar el pecho a la criatura; así es como le fortificará la salud. Tampoco es menos necesario que ella espere para entregarse al sueño a que el niño desee dormirse.

Ten gran cuidado con que no sea de un humor colérico; también sentiría yo que llegase a mi noticia el que fuese tartamuda. Debes procurar que haya nacido en la Grecia, no sea que por imitación contraiga tu hijo un acento vicioso. Sobre todo, que sea prudente en la elección de sus alimentos y que no coma, ni aun de los sanos, sin mucha precaución.

Importa mucho que después de que las criaturas se han atracado de leche, se la deje dormir: este agradable descanso, indispensable a su debilidad, hace su digestión más fácil. Si fuese absolutamente indispensable el darle algún otro alimento además de

---

<sup>53</sup> N. del A. Nos ha admirado que esta Pitagórica Myia no aconseje a su amiga que criase por sí misma a su hijo. Después de tantas obras como se han publicado sobre este mismo asunto, esta carta no enseñará a la verdad nada de nuevo, pero hemos creído que dará gusto a nuestros lectores el saber los cuidados que tomaban las madres en aquel tiempo para el primer alimento de sus hijos. Nota del Editor.

la leche de su ama, acuérdate de que debe ser simple y ligero. A mí me parece que el vino es una bebida demasiado fuerte para ellos; si le dices algo, mézclale a lo menos para que se aproxime a la suavidad de la leche.

Yo no te aconsejaría que le bañases todos los días; bastará de cuando en cuando, porque es muy esencial el acomodarse a su temperamento. Ni observes con menos atención cual debe ser el aire que respire tu niño: que no sea excesivamente caluroso ni tampoco muy frío. Su habitación no debe estar ni muy cerrada ni muy expuesta al viento, ni la agua que beba deberá ser demasiado ligera, ni muy pesada.

No le pongas unos pañales ásperos ni pesados, y sean bastante anchos para que puedan envolverle bien, pero no tanto que le incomoden. Debe atenderse siempre a la naturaleza; ésta pide que se satisfagan sus necesidades, pero sin superfluidad ni magnificencia.

He creído deber darte desde hoy estos consejos para la crianza física de ese deseado hijo. Espero darte algún día otros correspondientes a su educación.

## CAPÍTULO IX

### *De las modas, consideradas según su estado en el país de los Selenitas.*

¿Es el vestido necesario al hombre? Esta es una cuestión; mas, sin embargo, podemos pensar que si hubiera debido estar siempre vestido, lo hubiera estado por la misma naturaleza, así como lo están los animales con pelo, cuero, conchas, plumas y con cuanto es necesario a la conservación de todo ser viviente.

La decencia, término desconocido durante muchos siglos de candidez, ha podido pedir por convención que ocultase el hombre algunas partes de su cuerpo; pero el cuidado de su propia conservación, exigía que no privase a las otras de las benignas influencias del elemento en que está destinado a vivir. Sean los que quieran los motivos que le hicieron vestirse, es muy cierto que solamente a esta costumbre debe él la debilidad de su temperamento y muchas enfermedades de que se viera exento su cuerpo en medio de un aire libre, entre las cuales se cuentan particularmente las fluxiones, los reumatismos, la gota, los catarros, las ciáticas y todos los demás accidentes que provienen de una transpiración interceptada por el uso de los vestidos y ligaduras, de donde nace también esta porquería, tan dañosa a la economía animal, de que todo cuerpo expuesto a un aire abierto está casi siempre preservado, y de la que no puede libertarse más que por repetidos cuidados y una reparación continua. ¿Llegará a creerse que sea imposible al hombre sacudir un yugo tan funesto a la salud para recobrar su primera constitución si la desgraciada costumbre, que no es, como se dice erradamente, una segunda naturaleza, no triunfase siempre impunemente de la reflexión<sup>54</sup>? El famoso Zar Pedro el Grande, aquel genio célebre del siglo pasado que procuró las experiencias hasta el punto de obligar a todos sus marineros a que no bebiesen más agua que la del mar, por lo que murieron todos, omitió el intentar ésta, que era menos expuesta. Tal vez el buen éxito hubiera justificado la empresa. Aquel Soberano era seguramente muy propio para dar este ejemplo a lo demás de la tierra.

¿No consiste en la manía insensata de multiplicar sus necesidades, más bien que en el rigor del clima, el que los Europeos y los habitantes civilizados de la Zona Tórrida se vistan, mientras que naciones enteras que habitan en unos rigurosísimos climas exponen su cuerpo a la intemperie del aire y de las estaciones y gozan sin embargo de mejor salud y de una vida mucho más longeva que la nuestra? ¿No podemos decir con verdad que es más bien por costumbre que por necesidad el cubrirnos ciertas partes de nuestro cuerpo, al mismo tiempo que dejamos otras enteramente descubiertas? Las más sensibles, como son las manos y el rostro, van descubiertas; los ojos, esta parte tan delicada, se burlan del aquilón y de las escarchas. Algunos cenobitas, con la cabeza y los pies desnudos andan con plena seguridad. ¿Por qué no habían de andar los hombres con el pecho descubierto, igualmente que las mujeres, cuya complexión es mucho más

---

<sup>54</sup> N. del A. Confieso que, según el estado de nuestras costumbres, semejantes preposiciones pueden y deben parecer descabezadas. Esto consiste en que el hombre en sociedad no ve más que los obstáculos que no existen realmente en el estado de la naturaleza. Así, escribiendo sobre esto, no tengo más intención que dar a conocer los perjuicios evidentes del vestido, que veo, como todos, que es ya imposible dejar enteramente, pero en el cual sería muy fácil hacer una reforma de la que pudiese el cuerpo humano sacar muchas ventajas, como la de llevar siempre a la cabeza, pecho, brazos y pies descubiertos, quitar todas las ligaduras, dar una hechura ancha como la de los orientales a las ropas, etc.

delicada? El deseo de agradar o de seducir en este sexo es pues más poderoso que el cuidado de nuestra conservación, a la que, por otro lado, se sacrifica todo.

En el estado actual de las cosas, esto es, con el temperamento alterado que nos han transmitido nuestros antepasados por la fatal costumbre de vestirse, la limpieza en nosotros ha llegado a hacerse ya una sujeción o, llamémosla de otro modo, un cuidado necesario, que no exigirían unos vestidos sencillos, cómodos y de precaución contra el frío y la intemperie de las estaciones, si la vanidad, que entra hoy en todas las combinaciones, no hubiera inducido al hombre a que juntase el arte con la pura necesidad; después de esto, la apariencia y, por último, el deseo de sobresalir, de donde nacieron las modas.

Éstas, sujetas a la inconstancia por el gusto natural que tiene el hombre por la variedad, le hicieron esclavo de mil necesidades ficticias; y el lujo acabó de poner a esto el sello.

Todavía no se ha decidido si el lujo es útil o dañoso a una gran monarquía que recoge los géneros de primera necesidad; y esta es una cuestión de donde se originan infinitas paradojas. La austera Lacedemonia era más dichosa, aunque menos floreciente, que la voluptuosa Atenas. Una y otra han producido hombres muy grandes con costumbres enteramente opuestas, y Atenas ha llegado a tenerlos en mayor número que Lacedemonia<sup>55</sup>. Según los unos, el lujo consiste en la suntuosidad de los edificios, los muebles, los equipajes, vestidos, mesas, etc. Según otros, en el abuso de las riquezas; el moralista rígido le hace consistir en todo lo que no es necesidad absoluta, en cuyo caso un vestido hecho únicamente de la piel de cualquiera animal es ya un lujo.

El lujo es el enemigo más declarado de la población. Los brazos empleados en sacar y trabajar el oro, se desdeñan de las verdaderas producciones de la tierra. Por sostener el fausto, hay quien se niega a los votos de la naturaleza: se quiere más aumentar el número de sus criados que el de sus descendientes, y como que se destinan los pocos hijos que se tienen a que vivan algún día en la miseria.

Lo cierto es que cuando el lujo ha llegado a extender sus raíces por un estado opulento, es muy difícil de contener. Las leyes suntuarias solo le ponen un freno pasajero, de que la vanidad y la industria procuran libertarse.

Para contener los progresos del lujo en los objetos más importantes, se habían publicado entre los Selenitas varias pragmáticas de las que muchas lograron un buen éxito, principalmente la sancionada acerca de las comidas. En lugar de ponerse a determinar el número de los platos y cubiertos, la calidad de los manjares, etc., se había limitado el número de convidados que podían juntarse y se prohibió la entrada de la especería en el reino y el uso de los licores fuertes. Ese reglamento hizo desaparecer en pocos años los males de estómago, las jaquecas, los vapores y otras epidemias de moda; disminuyó el número de semejantes enfermedades, aumentó el duplo las riquezas y exterminó la raza femenina de los Parasitas<sup>56</sup>.

Por lo tocante a las modas de traje y adorno, estos vástagos del lujo que ejercen un imperio secreto aun sobre los espíritus más prudentes, seducidos por una falsa urbanidad y arrastrados por la multitud, no se había podido destruirlas sino ahogando las nuevas modas en su nacimiento. En cuanto una persona, de cualquiera condición que fuese, se presentaba con un vestido brillante y de un gusto nuevo, se la representaba inmediatamente sobre el teatro con una máscara muy semejante, acompañada de todo el

---

<sup>55</sup> La comparación entre la Lacedemonia virtuosa de Pericles y la Atenas voluptuosa de la Baja Grecia aparecerá ya en la obra de Tucídides.

<sup>56</sup> Se está refiriendo tanto a los petimetres como a las demás víctimas de esas modas relajadas que procedían del otro lado de los Pirineos.

peso y ridiculez capaces de hacerla el objeto de la irrisión pública, y al original se le trataba como extranjero en su propia patria, hasta tanto que abjurase su frivolidad.

Después de haber intentado vanamente en diferentes ocasiones someter toda la nación a un vestido sencillo y uniforme (lo que solamente es practicable en una pequeña república), hubo que contentarse con establecer una pragmática reglada sobre la distinción de las condiciones, haciendo muy pocas clases. Todos llegaron a conocer que la demasiada sujeción a este delirio del espíritu, que el gusto de la superfluidad alimenta, no sirve más que para dar un aire de ridiculez o prestar un carácter de *inconstancia* a una nación por otros lados muy respetable; que una prudente economía puede de su superfluo formar la colocación de muchos hijos; que es vergonzoso que una parte del Estado viva de las locuras del otro; que el lujo no hace más que multiplicar las necesidades; y que jamás hay brazos suficientes para las artes de necesidad.

Si se fijase a cada cosa su justo valor, ¡qué poco tiempo subsistirían el lujo, el frenesí del bello espíritu y el imperio de la moda! Las modas tienen de particular que el que se presenta con un traje nuevo parece raro, y que después hace ridículo al que le lleva aun cuando él le ha dejado<sup>57</sup>.

¿Hasta qué punto de extravagancia lleva la moda la tiranía? Ha habido algunas épocas en que ella ha influido en la salud; entonces nos parecía bien el estar sano, si no se quería ser confundido con las gentes groseras. En otras, eran de moda los vapores<sup>58</sup>: entraba en el buen tono el quejarse y aparentarles continuamente; y el cuidado que se tenía por hacerles creer, procuraba una enfermedad real, a la que no llegó a faltar más que el nombre. Un estómago arruinado, un aire de debilidad, anunciaban una persona de condición, un tono de nobleza que hacía distinguirse del bajo pueblo, privado en demasiada delicadeza de sentimiento, y aun de bienes, para adquirir estas nobles enfermedades.

La moda es contagiosa; sin embargo, tiene un distrito tan corto que es extranjera en todas partes, menos en aquellas en que está admitida. La razón que debería excluirla no lo es en ninguna, sino en la de los poetas.

¿Puede hallarse cosa alguna en la naturaleza a la que alimente la frivolidad y sobre la cual la nada ejerza cierto poder, como no sea el hombre?

Pues, ¿qué virtud tienen los vestidos magníficos para fascinar los ojos de los que los llevan y de los que los admiran? ¿Curan los trajes la gota, la jaqueca, los vapores? Al contrario, ¿no son ellos su habitación privilegiada?

Esta falacia del espíritu, que hace que se estime más el adorno que la persona, la única que se debería hacer agradable, ¿no la deberíamos poner en la clase de los gustos bastardos?

Si la barba es una señal de virilidad cuya privación expone al escarnio general aun a los hombres más bien formados; si ha sido puesta por la naturaleza sobre el rostro, igualmente que las cejas; si nos causa admiración en ciertos personajes, igualmente que en los retratos de nuestros antepasados; si sirve de adorno en algunas naciones, ¿por qué nos la quitamos hoy con tanto cuidado, después de haberla arreglado o cortado en diferentes tiempos de diversos modos? ¿No es este un ultraje completo que la moda, el capricho y la opinión hacen a la naturaleza? ¿Cómo puede creerse que se hermosea ésta desfigurándola?

---

<sup>57</sup> N. del A. Lo que estamos acostumbrados a mirar como un adorno de buen gusto, nos parece a poco tiempo una figurería ridícula.

<sup>58</sup> Eran estos vapores una especie de vértigo o desmayo que se atribuía a humores procedentes del estómago o la matriz y que subían hasta la cabeza provocando un desvanecimiento. Este acceso hipocondríaco que sufrían los personajes de las novelas sentimentales se puso de moda entre las clases pudientes en el siglo ilustrado.

¡A cuántas fantasías se han sometido también los cabellos! Unas veces largos, otras cortos; rizados, lisos, afeitados totalmente o en parte, empolvados, teñidos, enmantecados, con coleta, con bolsa, sueltos, etc., han sufrido ya todos los metamorfosis posibles.

Pasemos por un instante a recrearnos con el análisis de la piel, querido objeto de las complacencias del animal por excelencia, que goza exclusivamente del privilegio y de los inconvenientes de vestirse. Veamos las utilidades que él ha sacado de esta necesidad que se ha impuesto y con qué industria ha suplido a la avaricia o a la omisión que la naturaleza ha tenido con él. No hablemos de la sujeción de hacer y deshacer cada día su obra para tenerla que volver a hacer a la mañana siguiente, trabajo penoso que aumenta a proporción del número de las piezas que componen su traje.

Yo le veo, en primer lugar, agarrotado con un calzado redondo, puntiagudo o cuadrado, en el cual el pie que no tiene ninguna de estas formas, ha de ir por fuerza rabiando.

Le veo después dando traspies sobre un plano inclinado por medio de un tacón, que alzando la planta por un lado, pone al pie fuera del caso de poder gobernar el peso que sostiene.

Por último, le veo oprimido por todo su cuerpo con ciertas ligaduras que detienen la circulación de los fluidos, retardan el crecimiento y oprimen la respiración.

Si se dejase en un pueblo salvaje uno de estos adornos de la cabeza de una europea, ¿no le pondrían ellos en el gabinete de las curiosidades raras sin que pudiesen dar en qué o para qué servía aquello? ¿No sería esto para sus filósofos (pues también los hay entre ellos, aunque no todos lo sean<sup>59</sup>), un problema insoluble?

El traje del hombre, aunque más sencillo que el de nuestras mujeres, ¿no sería igualmente para aquellas pobres gentes un enigma indefinible y capaz de atormentar en vano sus mejores ingenios? ¿La erraríamos con persuadirnos a que si se les obligara a que se pusiesen cada una de las piezas de nuestro ropaje, uno se pondría los calzones en la cabeza por chupa y otro la camisa por encima del vestido? Otros se creerían que de la camisa, de la camisola, de la chupa, de la casaca y sobre todo de la capa, habría lo suficiente para que se vistiesen seis personas, en el supuesto de que un solo vestido bien grueso o bien forrado serviría por todas las dichas piezas para libertarse del pretendido rigor de las estaciones. Aquellas gentes los tendrían por muy pesados para el verano, por muy ligeros para el invierno, y por unos obstáculos perjudiciales para la actividad y la carrera. Los unos, se pondrían las medias por guantes, el corbatín por manillas, las hebillas por adorno de la cabeza, la peluca antigua por almohada y la moderna por red para cazar moscas. Con un poco más de discernimiento sobre el uso de estas cosas, ellos hallarían las mangas de la casaca incómodas y estrechas, y las de la camisa demasiadamente largas y anchas; la talla del vestido, superflua, igualmente que los pliegues; la faja, muy apretada, y las guarniciones tan extravagantes como superfluas. Quitarían sin duda los botones que no han de ponerse en unos ojales cerrados; pero en lugar de llevar el sombrero debajo del brazo o en el bolsillo, tendría la habilidad de ponerse sobre la cabeza después de haberle soltado las alas.

Cuando hubiesen hecho un juicioso examen sobre todas las partes que forman esta máquina, ¿qué idea nos pensamos que se formarían los salvajes del juicio de los

---

<sup>59</sup> Rousseau propone en pleno siglo XVIII una imagen del “buen salvaje” como representación de un estado de bondad natural previo a la civilización. Este feliz salvaje que deambula en taparrabos por los bosques es capaz de embelesar al hombre (y a la mujer) blanco con sus profundas reflexiones que desarrolla en torno a elevados discursos de los que tan sólo serían capaces los mejores filósofos de occidente.

pueblos que sujetan voluntariamente su cuerpo al yugo<sup>60</sup> de un adorno tan complicado y cuya postura debe costar tanto tiempo precioso, quitado al empleo de la pesca o de la caza? Seguramente que no se persuadirían a que esta máquina estuviese en uso en un país donde hormigean los filósofos y los geómetras. Tal vez su reflexión haría que sentenciasen a sus reos malhechores a que se vistiesen toda su vida a la europea.

Pero, ¿cuánta sería su admiración si llegasen ellos a saber que el arte de saber llevar todas estas superfluidades sirve de mérito para con unos y casi de virtud para con otros, y que se atiende a esto mucho más que a la persona? ¿Habría mayor tormento para aquellas gentes sencillas que verse condenadas a tener que asistir al tocador de una madamita de nuevo cuño, o de un currutaco?

---

<sup>60</sup> N. del A. El salvaje, lejos de llorar su desnudez, diría más bien lo que un anciano, que hallándose en una feria, donde reunidos infinitos curiosos, ajustaban mil cosas raras, exclamó: *Quam multis rebus non egeo!*

## CAPÍTULO X

### RASGOS DE MORAL

*Ut nemo in se se tentat descendere, nemo* (Persio. *Sátiras*. 1. v. 23).

En una comida que me dio Arzames, en compañía de varios filósofos de sus amigos, llegó a proponernos (como en otro tiempo *Platón*), que examinase cada cual de nosotros en su interior si había allí uno tan sólo que no hubiese merecido el castigo de muerte a lo menos una vez en toda la vida. Todos confesamos de buena fe que ninguno de nosotros se hubiera debido escapar y que ni aun la más austera filosofía se hallaba exenta de pagar este tributo a la humanidad, no a causa de esos delitos horrorosos que castigan las leyes, sino de estas otras acciones que la preocupación nos pinta como inocentes y que justifican al parecer el interés y la pasión, pero que, contrarias a las leyes de la exacta probidad, no dejan de ser muy criminales aunque queden impunes.

Los crímenes no son solamente acciones contrarias a las leyes, sino también a la justicia. Así, los vicios reprobables no son solamente aquellos que infestan la sociedad, sino también los que perturban o destruyen su armonía y buena fe.

Si las leyes no han señalado penas contra estos vicios, consiste en que no pudiendo obligar a las virtudes opuestas, debieron ellas dejar a los individuos mismos de la sociedad el derecho de castigarlos por medio del oprobio y del desprecio.

Las acciones criminales o vergonzosas que se quedan sin castigo son muchas más de lo que comúnmente se piensa. Hay un medio tan sencillo como infalible para conocer su mérito; no se necesita más que suponerse en el puesto del ofendido, con el derecho y el poder para vengarse. A fin de aclarar más mi proposición, me contentaré con trazar aquí algunos rasgos de los vicios impunes que, para bien de la sociedad, deberían colocarse entre el número de los crímenes y estar sometidos como ellos a todo el rigor de las leyes.

Aunque la gratitud no es de pura obligación, porque en este caso sería el efecto de un contrato que aniquilaría el beneficio, por esto la ingratitud no deja de ser un vicio vergonzoso, formado por el orgullo, que procura destruir todo sentimiento de beneficencia en la sociedad; es verdaderamente una bajeza de alma, una injusticia de corazón y una fealdad del entendimiento. ¿Ha habido jamás en el mundo quien se haya atrevido a confesarse ingrato?

La revelación de un secreto es un sacrilegio y la dádiva injusta de un depósito sagrado, aun hecha con un amigo. El abuso de una confianza es un crimen bajo y vergonzoso: cuando se hace por propia utilidad es un robo, y si por la de otros, es una perfidia.

Una sátira, que en un Grande es siempre cosa indigna de su estado, ha manchado la reputación o arruinado por lo común la fortuna de varias personas de honor.

La indiscreción en un amante dichoso es siempre una vanidad despreciable y un borrón contra la probidad: es pagar el beneficio con una injuria, es atentar contra el mayor de todos los bienes, como es la reputación, es querer hacer honor de un vicio odioso, que por lo común recibe de la venganza el castigo que no pueden, y que deberían, aplicarle las leyes.

Proteger a un delincuente pícaro, intrigar a su favor, ¿esto no es quebrantar las leyes naturales y civiles, oprimir al inocente y hacerse culpable de las funestas consecuencias del delito impune?

Seducir la mujer o la hija de su amigo es abusar cruelmente de la confianza y romper el nudo más tierno de la sociedad, sembrando la discordia y el desorden en el seno de una familia a la que se tiene más obligación que a otra cualquiera de servir y respetar. ¿He de hablar claro? Pues es el colmo de la maldad. ¿Y podrá creerse que hay algunas naciones en que la corrupción de las costumbres ha subido a tal punto que este horroroso crimen, disfrazado con el nombre de galantería, se trata y tiene por gentileza<sup>61</sup>? Disfrazar la verdad que se conoce con la máscara de los términos equívocos que la representan, es un crimen contra la probidad que no disputa ni duda, crimen tan feo como el del adulador, que corrompe la verdad para fomentar el vicio, aplaudiéndole.

Abusar de la triste situación de una soltera para robarla su inocencia, o de la desesperación de una casada sumergida en la miseria para deshonorarla y echarla a una y a otra en el desorden, es una vileza brutal, una bajeza indigna, acreedora a los mayores castigos; pero faltar después a sus promesas, es añadir el robo a la injuria y declararse vergonzosamente trasgresor de la ley más sagrada de la sociedad: la palabra, que es un juramento de buena fe y entre las personas de honor vale mucho más que una escritura.

El discípulo de Hipócrates que sin los conocimientos necesarios de su facultad, se pone temerariamente a curar el cuerpo humano, no es más que un vil interesado, culpable hacia el estado de todos los homicidios que causa por vanidad o por impericia. Es un bandolero que proyecta a sangre fría mil asesinatos.

Un abogado que toma la defensa de una causa que llega a reconocer por mala o injusta, compromete su honor o su buena fe: él proyecta engañar o al juez o a su litigante. Culpable en uno u otro caso, si cree perder su causa, él tuerce las leyes, y si confía triunfar de la inatención o de la impericia de los jueces, se hace ya cómplice de conjuración.

El escribano, que por los rodeos inicuos del litigio eterniza un pleito, es un monstruo que desola igualmente el campo del aliado que el del enemigo.

Defraudar las rentas reales es volver a su propio provecho el del bien común y cometer una injusticia contra toda la nación. Los tributos que las necesidades del Estado hacen forzosos y de los que el Soberano tiene la administración, están establecidos sobre la justicia y la equidad; son justos por cuanto se emplean en la conservación del orden, de la tranquilidad y de la seguridad pública; y son equitativos por cuanto son distributivos con que se deben pagar escrupulosamente, porque son parte de las rentas del Estado. Ésta es una contribución que nadie debe eludir. En vano, los transgresores se creen justificados por las penas pecuniarias o aflictivas en que incurren; éste es siempre un robo hecho a la masa del Estado y a sus conciudadanos, los que, por falta del recobro necesario, se ven injustamente cargados con nuevos impuestos.

---

<sup>61</sup> El *chichisveo*, cortejo o galantería es una más de las modas importadas de la Francia previa a la Revolución. Se trata de un uso amoroso que se daba entre las clases pudientes. Así, no había aristócrata que se preciara que no tuviera un cortejador, sean ambos casados o no. Tras abanicos y cortinajes, se extienden notitas perfumadas y el rozar de dedos entre el galán y su dama, con el consentimiento tácito de maridos y esposas.

## CAPÍTULO XI

### *Uso de la Medicina entre los Selenitas.*

La medicina, que entre los pueblos ignorantes no es más que una práctica de experiencia reducida a preceptos sin ningún conocimiento de la anatomía, conoce pocas enfermedades, pero las cura prontamente; entre los pueblos ilustrados, es una ciencia conjetural que ayuda algunas veces a la naturaleza, pero las más la destruye.

Esta ciencia, tan útil como que tiene por objeto la parte más interesante al hombre, es decir, su reparación y conservación, había llegado entre los Selenitas al mayor punto de perfección.

Desasida del fárrago pomposo de los términos tan oscuros como brillantes que la acompañan en otras naciones, y limitada a un pequeño número de principios seguros, la medicina, que es el arte de añadir y quitar, se había reducido a la observación, esto es, a dejar obrar la naturaleza, ayudarla rara vez, y a no apresurarla nunca.

Un corto número de hombres célebres, instruidos todos igualmente en la anatomía, la botánica y la química, componían la escuela de la medicina. Ellos despreciaban ese fastuoso talento que pretende someter el cuerpo humano a la geometría y que, reduciéndolo todo al cálculo (hasta el movimiento de los sólidos y de los fluidos, por la mayor parte supuestos y desconocidos), conduce temerariamente por demostración los enfermos a la muerte. De esta escuela salían todos los médicos para lo restante del imperio.

Un honorario muy considerable señalado para estos ciudadanos dedicados al servicio de la humanidad, los dispensaba de recibir ninguna paga del Público.

Tenían ellos a su cargo la dirección de una farmacia completa, mantenida a expensas del Soberano. Ésta se renovaba todos los años y proveía abundantemente a las necesidades de la capital y sus cercanías. Cada provincia tenía otra igual en su ciudad principal y los demás pueblos venían allí para proveerse.

Bajo de este principio incontestable de que la naturaleza se mantiene por el equilibrio y, por consiguiente, procura repararse por sí misma con arreglo a las leyes de la economía animal, se hacía un uso muy discreto de las drogas, que en otras partes eluden sus mismos esfuerzos cuando ella tiene que cuidar a un mismo tiempo de curar la enfermedad y de combatir con los remedios que se oponen a sus operaciones.

Sin embargo de que el número de los médicos era muy corto para todo el imperio, aún así había de más, pues tenían muy poco que hacer desde que este cuerpo respetable, lleno de celo por la humanidad, había compuesto con cuidado un librito que contenía los remedios más experimentados, más sencillos y más útiles para toda suerte de accidentes y de enfermedades, remedios que debían emplearse siempre con mucho tiento y en los casos en que la naturaleza, necesitando de ayuda, demuestra claramente su uso, lo que, con el estudio de su propio temperamento<sup>62</sup>, un régimen fácil, y con la dieta en caso de necesidad, ponía a cada particular en estado de poderse pasar casi siempre sin los socorros de la facultad.

---

<sup>62</sup> El estudio del 'temperamento' como método de análisis clínico es una antigua teoría aceptada como irrefutable y desarrollada de modo magistral por el médico navarro Juan Huarte de San Juan a mediados del siglo XVI con su *Examen de ingenios*. Esta teoría gozará de plena vigencia en Europa hasta principios del siglo XX; no en vano, Charles Fourier planifica la vida en sus 'falansterios' en base a la armonía entre el temperamento de sus habitantes.

Este libro, que a pesar de la variedad y multitud de los males a que el cuerpo humano parece estar sujeto, era de un pequeño volumen y había sido extractado de los libros de Salomón sobre las propiedades de las plantas, cuyo original se halla en el gabinete de las cosas perdidas sobre la tierra<sup>63</sup>.

Pero lo más maravilloso fue el reconocer que las plantas más despreciadas que cada país produce, contenían las virtudes de aquellas otras que antes se iban a buscar, a fuerza de gastos, a las regiones más distantes, y que la naturaleza, esta madre bienhechora, las había trasplantado en todos los climas, muy propias para las enfermedades que reinan en ellos. Antes de este dichoso descubrimiento, todos los remedios eran paliativos únicamente, a excepción de la quina, el opio, el emético y el mercurio, los solos capaces de producir virtualmente la curación.

Aún así, no se desdeñaban los descubrimientos de ciertos específicos simples o compuestos que un feliz acaso suele procurar algunas veces, más bien que el estudio y la investigación más ventajosa; y cuando la utilidad de un remedio aprobaba por la facultad, al inventor se le recompensaba siempre a proporción de su importancia, desquitándole el estado de la privación del privilegio, que no podía vender el inventor por sí mismo; y el secreto se publicaba inmediatamente. Así es como el empirismo había caído por sí mismo, como toda profesión sin ejercicio.

Para dar a los pocos remedios que se usaban aquella virtud que por lo común no obra sobre el cuerpo más que relativamente a la disposición del alma, se empezaba por curar a los enfermos curando las enfermedades de su espíritu, que se oponen a su eficacia; y esto se hacía atrayéndoles a la alegría por medio de algunos entretenimientos inocentes y fortificando su constitución con ejercicios moderados. Con este método se vieron desaparecer en poco tiempo los estéricos<sup>64</sup>, hipocondrías, obstrucciones, melancolías, etc.

Una orden prudentísima del Soberano había abolido el uso peligroso del cobre para las fuentes domésticas y otras vasijas donde se preparan los alimentos. La provincia misma que poseía estas minas, había solicitado la prohibición por un generoso sacrificio de su propio interés al bien general.

Sin consideración por las sumas crecidas que podía prometerse el Soberano del consumo del tabaco, no se detuvo en prohibir el uso de esta planta antes que se hubiese adquirido su peligrosa costumbre, porque su olor es amoniacal y su virtud narcótica. El tabaco es perjudicial a la limpieza, es un gasto superfluo y causa a los artistas la pérdida de una sexta parte de su trabajo<sup>65</sup>; produce unos efectos más dañosos que saludables, pues que altera la memoria, deseca el cerebro y disminuye el olfato. Esta droga se redujo a la clase de los remedios.

Sacando los hombres consigo al nacer un principio de muerte, que es el de las viruelas, de que pocas personas se libertan y que con su desolación arrasa la cuarta parte del género humano, apenas la vacunación fue descubierta con la sola mira de salvar a la

---

<sup>63</sup> La mítica sobre los tesoros perdidos del rey Salomón se conservaba intacta en el XVIII. No en vano, durante los siglos XVI y XVII nos topamos con periplos como los de Pedro Sarmiento de Gamboa y Álvaro de Mendaña y Neira en busca del mítico islario de Salomón a través de la llamada *Quarta pars incognita* del globo, es decir los mares australes. Pero no sólo serán españoles y portugueses quienes recorran estos territorios, sino que los holandeses y británicos pretenden extender igualmente su dominio por esta Cuarta parte del orbe. Por otro lado, conviene recordar que Francis Bacon denomina 'Casa de Salomón' a la principal institución científico-educativa de *New Atlantis*.

<sup>64</sup> El estérico era conocido en aquella época como 'mal de madre'. Este padecimiento nervioso que provocaba convulsiones y sofocación y en principio se suponía tan sólo propio de la mujer, comenzó a convertirse en una moda más entre las clases pudientes en este amanerado siglo de las luces.

<sup>65</sup> Vid. Luxán Meléndez, Santiago y otros (eds.). *El mercado del tabaco en España durante el siglo XVIII*. Las Palmas: Servicio de publicaciones ULPGC, 2001.

belleza del naufragio, cuando se conoció felizmente la importancia de este hallazgo para la conservación de la especie humana<sup>66</sup>. Ella sufrió a la verdad infinitas contradicciones, pero sostenida por los elogios de la facultad y apoyada en el ejemplo del Soberano, que la practicó con toda su familia, triunfó de las fútiles preocupaciones que se oponían a su establecimiento en la capital, de donde se fue extendiendo con felicidad por las demás partes del imperio; y por un cálculo exacto, se notó con alegría que en menos de medio siglo el número de habitantes se había aumentado una octava parte, lo que obligó al Gobierno a favorecer los progresos de una operación tan saludable y consoladora, a pesar de las declamaciones pueriles de esas almas débiles y de esos perspicaces fanáticos prontos siempre a echar por tierra los establecimientos más ventajosos, interesando la religión en unas materias que no la tocan.

Para curar esta enfermedad imaginaria que se llama rabia, se había empezado curando la imaginación, y después algunos inocentes remedios acababan la curación.

Por el estudio profundo de la naturaleza, de su paso y de su inclinación a la crisis, había enseñado la experiencia que las enfermedades incurables en la edad media son una quimera y un refugio, o el último arbitrio de los médicos ignorantes, que, amontonando sobre el cuerpo los remedios, hacen las curaciones imposibles. La cura del espíritu acarrearía muchas veces la del cuerpo, como se dejase a la naturaleza el cuidado de curarse.

La botánica se había perfeccionado por la atención con que se había examinado la conducta de los animales, que en sus enfermedades van a buscar por instinto el remedio que les conviene. A beneficio de estas observaciones, se había llegado a conocer la virtud de muchas plantas que se habían escapado de la sagacidad humana.

Se habían hecho en las plantas reputadas por dañosas unas experiencias muy continuadas que habían destruido las opiniones vulgares acerca de sus pretendidas propiedades peligrosas; y como no hay en la naturaleza producción alguna inútil, algunos simples, reconocidos efectivamente por venenosos, se habían hallado al contrario, en virtud de su análisis y experimentos, antídotos ciertos de varios males, como entre nosotros sucede con el emético, el opio, la cianuro, el antimonio, el arsénico, el sublimado, etc.

Se prohibió expresamente bajo graves penas el componer ni vender estas drogas e ingredientes, que la vanidad y el deseo desarreglado de agradar tienen por muy propios para reparar en la tez los ultrajes de la naturaleza y del tiempo. A los charlatanes se los castigaba como autores y cómplices de los fraudes y artificios que las mujeres emplean impunemente para seducir a los hombres; y el mismo bello sexo había aprobado con gusto los cuidados de la facultad, que había hecho ver que los cosméticos más simples perjudican a la salud y que este arte raro obra directamente lo contrario de los que se espera, no dando a una cierta edad en que son inútiles sino un poco más de resplandorcillo. En fin, que todo cosmético es una máscara engañadora que apresura el eclipse de la belleza natural y un agrado ficticio que sólo engaña a los necios.

Únicamente faltaba para la perfección de la medicina entre los Selenitas el hallazgo del remedio universal, pero estaban demasiadamente instruidos para que se detuviesen a buscarle, y demasiadamente prudentes para que intentasen luchar contra la experiencia de todos los siglos. El cuerpo humano es una máquina en movimiento cuyos resortes deben precisamente desgastarse con el tiempo; pero esta máquina, al contrario de todas cuantas ha inventado la industria humana, procurando repararse de los desórdenes que la sobrevienen, se necesita no multiplicar los obstáculos para perpetuar

---

<sup>66</sup> En Europa, a finales del siglo XVIII la viruela llegó a causar hasta 400.000 muertes por año, quedando por otro lado ciegos el 30% de los supervivientes. Fue en 1796 cuando Jenner inicia las pruebas de vacunación contra la enfermedad y esta auténtica epidemia va disminuyendo.

su movimiento hasta el término señalado a su destrucción<sup>67</sup>. Así, todo el arte consiste en evitar un frotamiento demasiado fuerte, en entretener el libre curso de los fluidos y la flexibilidad de los sólidos; esto, menos con el uso de ciertos alimentos que con la privación de otros muchos.

Pero los verdaderos y únicos medios que están realmente en nuestro poder para prolongar el curso de la vida, son la frugalidad, la templanza, la alegría, la sobriedad<sup>68</sup> y las ocupaciones útiles: esto precave las enfermedades, el ejercicio las disipa, y la moderación en los placeres ahuyenta su disgusto, su amargura y saciedad. La lectura es el antídoto del fastidio y la música de la melancolía. El medio físico de estirar nuestro ser (como dice *Montaigne*), consiste en acostumbrarnos desde niños a no dar al sueño más que el preciso reposo que exige la naturaleza para reparar las fuerzas perdidas. Los ratos que se pasan en el sufrimiento, los que se prolongan en el fastidio y los que vuelan en el sueño, son otros tantos días quitados del número de los que tenemos que vivir.

---

<sup>67</sup> N. del A. Ello es que hay mil señales ciertas de muerte, y ninguna que pueda asegurar la salud y la vida. Un solo camino nos lleva a ésta y hay un millón de sendas por donde se sale de ella.

<sup>68</sup> N. del A. No hay realmente más que las gentes sobrias que gusten de los placeres de los sentidos en toda su extensión.

## CAPÍTULO XII Y ÚLTIMO.

### *Fin del Viaje.*

Ya se habían pasado unos seis meses de mi residencia en Selenópolis, cuando pude lograr por empeño de Arzames que se sirviese responder aquella célebre academia a infinitas cuestiones que para el bien de mi patria llegué a hacerla. A muy pocos días me fui a ver con el secretario, quien en efecto me entregó un paquete bastante abultado y cerrado con el sello de aquel tribunal respetable. Solamente se exigió de mí que no le abriese hasta que me hallara de vuelta sobre la tierra. Sometíme a esta condición con alguna dificultad; pero en fin, muy ufano de un botín tan precioso, ya no pensé más que en mi partida de aquel país. Empleé el poco de tiempo que pensaba estar aún en Selenópolis en poner con cuidado por escrito todos los conocimientos que había adquirido y los descubrimientos curiosos para el bien y utilidad de la humanidad, con la mira de enriquecer con ellos mi país. Contento del buen éxito de mis trabajos, concluía ya con mi último período, cuando por un accidente, el más funesto, sintiendo repentinamente que temblaba el suelo donde yo pisaba, y viendo venirse abajo los templos y los palacios y que se abría la tierra para enterrarme en sus profundos abismos, me tiré precipitadamente a una ventana para saltar al patio. Mas por una desgracia mayor aún que de la que procuraba escaparme, me hallé debajo de mi cama, tendido sobre los ladrillos, con todos mis miembros quebrantados y casi sin movimiento; sin embargo, sintiendo menos el dolor que me procuraba mi caída que la pena de saber que la mayor parte de mis dudas quedarían por siempre para mí sin solución, y que cuanto había visto y oído no era más que el efecto de un sueño vano, imagen triste pero fiel de la mayor parte de las felicidades de la vida, exclamé así:

*Eppur troppo é la vita  
Un sogno.*

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS  
CONTENIDOS EN ESTA OBRA

*Relación del Viaje, que puede leerse como prólogo*.....

CAPÍTULO I  
*Educación de los Selenitas.*

CAPÍTULO II  
*Continuación del antecedente sobre la educación de los Selenitas.*

CAPÍTULO III  
*Estado de la literatura en la nación Selenita.*

CAPÍTULO IV  
*Prosigue el discurso entre Arzames y el Filósofo sobre el estado de la Literatura en Selenópolis.*

CAPÍTULO V  
*Usos, costumbres y opiniones de los Selenitas.*

CAPÍTULO VI  
*Continúa la descripción de los usos, costumbres y opiniones de los Selenitas.*

CAPÍTULO VII  
*Prosiguese con la descripción de los usos, costumbres y opiniones de los Selenitas.*  
*Descripción del Templo de la Verdad.*

CAPÍTULO VIII  
*Biblioteca particular del bello sexo selenítico, por la que se arregla su moral.*  
*Carta de Theano a Nicostrata.*  
*Carta de la pitagórica Melissa a Cleareta.*  
*Carte de Myia a Phillis.*

CAPÍTULO IX  
*De las modas, consideradas según su estado en el país de los Selenitas.*

CAPÍTULO X  
*Rasgos de Moral.*

CAPÍTULO XI  
*Uso de la Medicina entre los Selenitas.*

CAPÍTULO XII Y ÚLTIMO  
*Fin del Viaje del Filósofo.*

